

Poesía IV

Jens Bücher

Der.Res. © Jens Bücher

No.Inscripción 198927, 218698, 243851

A Jennifer

- página en blanco -

Índice

El Abuelo	7
El Busto	47
El Escultor	113
El Vagabundo	297
Los Pinos	351
El Yerbatero	399
El Perro	459

- página en blanco -

El Abuelo

- página en blanco -

Avanzo
entre troncos, colihues,
lianas y helechos,
cada paso es una pequeña conquista
así como lentamente
hago camino
hacia río o caída de agua
que intuyo muy cerca ya de mí.

El aire está lleno de olores:
a tierra húmeda, a humus,
a peumo, a algo dulce como boldo,
quien sabe,
y a algo ácido, a veces,
sutil y ligero,
una mezcla de aromas
renovada en cada feliz inhalación.

Múltiples sensaciones
cruzan mi mente,
la expectativa de llegar y ver,
un coro desordenado
de ruidos y llamadas,
asombro y reverencia
en mi corazón palpitante,
el creciente cansancio
de mis piernas
y la luz maravillosa
en cada color
de hoja, sombra,
tierra y corteza.
Me siento
sobre una rama quebrada.

La riqueza de la vida
inunda mis sentidos.
Pongo un tallo pequeño
entre mis labios
y miro hacia adelante
por entre arbustos,
hacia arriba,
hacia las altas copas,
hacia el cielo visible
aquí y allá.

Siento la cercanía
de algún abuelo mío,
mil veces abuelo
de mi abuelo real,
sentado como yo,
descansando,
viendo la riqueza
de su entorno,
percibiendo
la exquisita validez
de su existencia
desplegada ahí,
su mano jugando
con un tallo sostenido
entre labios sensibles.

He llegado al agua,
un arroyo rápido y ruidoso
que se sumerge allá abajo
en la profundidad del bosque.

Me acerco
a una salida de tierra
que aprovecho para inclinarme
y recoger agua en mis manos.

Mojo mi cara,
el cuello, la frente,
antebrazos y codos,
sintiendo el placer de lo fresco
sobre la piel acalorada.

Tomo unos sorbos
que recorren la boca como
limpieza y transparencia,
y en mi mente se perciben
altos, erectos y espirituales
como luz sagrada.

¿Qué habrá pasado
en el corazón
de ese abuelo cazador-recolector
cuando tomaba agua
en un lugar parecido a este?

Y al retornar donde los suyos
¿qué habrá sentido?

Sus días transcurrieron
entre árboles, sobre pastizales,
a orillas del agua -
jugando, bailando, dibujando,
siguiendo la huella de animales,
o yendo
guiado por estrellas o gaviotas
o donde su corazón indicaba.

Yo en cambio apenas sobrevivo
rechazando demandas y ofertas
que inundan mi presente,
apenas sobrevivo distanciándome
de la avaricia de emprendedores,
del afán de inmaduros
y de los incontables sustitutos de la vida
que quieren que adquiera para mí.
Pero similar a él se me ha dado hoy
el sentarme y respirar
junto a aguas rápidas y limpias,
se me ha abierto la oportunidad
de gozar la naturaleza
así como despliega
su riqueza multidimensional,
de fantasear y de reflexionar, de auscultar
lo que en mi intimidad emerge
como sorpresa o confirmación,
recuerdo, anhelo o imagen querida.

Todo en torno a mí
- insectos, plantas, musgos, pájaros -
busca crecer, madurar y expresarse.

Abierta está la hora.

No tuvieron mucho tiempo para sí,
 antaño, nuestros abuelos,
dos décadas, a veces tres, y eso era.
 Pero iban de riqueza en riqueza,
 inmersos en una vida ebullente
 de emoción en emoción,
 - a veces
dudando, probando, corrigiendo -
y de nuevo fluyendo entregados.

 Tiempo:
 nosotros tenemos más.
 Pero desprenderse
 de prejuicios y modas
 e ingresar al medio
 del torrente de vida,
 pero expresar
nuestra natural manera de ser:
 cuán difícil -
día a día en medio del ruido.

 Sin embargo:
 mira, a veces nos resulta.
Se hacen señas, los amigos.
 Una pareja
 lo dice en la oscuridad.
 Un anciano
escribe penas y anhelos.

 El tiempo de la riqueza,
aquí en el presente apremiado,
 en medio de la tensión -
 estos momentos de plenitud,
 de naturaleza y sentido.

Su casa era el mundo:
ladera, bosque, bayas, fruta,
atardecer y la piel querida.

Pero nuestro mundo
está lleno de conceptos, ideas,
referencias abstractas
evaluadas en pesos o segundos,
demandas con poco sentido
y un permanente esfuerzo
¿dime, para qué era al fin?

Cuando
él tomaba buril o maza,
hacía un lazo, prendía fuego:
era él y unos pocos cerca
a quienes él servía.

Tan fácil me resulta verlo
sentado de pies cruzados
- como yo aquí junto al agua -
tal vez jugando con un bebé,
hijo o hija,
la cabeza apoyada en sus pies,
riendo o cantando,
haciendo cariños,
ambos
compartiendo el sol regalado,
así,
inmersos en el instante feliz.

A ambos nos pasa,
cada uno en lo suyo:
el pudor antecede
a la nueva emoción,
al nuevo hacer entre dudas,
¿podré, no podré?

Y después
el lento entusiasmos
a acciones felices y seguras,
como ola surgiendo
y después de a poco volcando,
cada paso desarrollado
en un tiempo íntimo y personal,
lanzados hacia adelante,
conquistando, asegurando,
el pulso agitado aún,
o la risa finalmente
a este lado de la experiencia.

Y delante de nosotros:
el mundo abierto
a nuestra vista serena.

Abuelo mil veces,
nieto mil veces,
los dos compartiendo
manzana o mora,
mirándonos a los ojos
sonrientes,
¡qué amistad!

No nos costaría mucho
entendernos claramente,
ni a ti adoptar lo mío,
pero yo vivir como tú,
claro, no sería fácil,
alejado como estoy
de las costumbres
de bosque, animal y frío.

El nieto viejo,
el abuelo joven,
¡qué par!,
pero sabríamos
ver objetivos comunes,
compartir todo sin pensar
y jugar con los otros
como desde siempre.
Quizás alguien mostraría
sobre el parecido
de sien o nariz,
de caminar o reír,
y harían bromas,
casi no creyendo
que sea posible,
después de tanto tiempo.

Y de noche
las mismas estrellas,
la misma brisa
desde los cerros altos,
y de quienes duermen
el mismo tranquilo respirar
hacia el lento amanecer
de un nuevo día.

Invitarías al viejo
a la fogata esta tarde,
a juntar leña,
a tensar tambores,
a unirme a la fiesta
con que festejan
caza o nacimiento,
amistades lejanas,
o el camino de sol o luna.

Reunidos en torno al fuego
vería una fiesta de antaño,
una fiesta de mis ancestros,
muchachos y muchachas
bailando excitados,
los pies descalzos
girando, golpeando, volando,
caderas delgadas y fuertes,
caderas anchas y sensuales,
el pelo flameando
y las sonrisas
llenas de gracia.

Ya tarde
me iría a dormir
junto a los niños,
pero ustedes seguirían
la fiesta
hasta más tarde aún,
felices, ruidosos,
o algunos alejados
amándose en silencio.

He pasado un buen tiempo
mirando el agua cayendo
de posa en posa
limpia, rápida, ruidosa,
pensando en este abuelo lejano
y en mi propia vida,
en semejanzas y diferencias,
en la maravilla del vivir,
y en el siempre renovado anhelar
que emerge en el pecho,
por nada quizás, porque sí,
como nostalgia de algo,
como hambre de más,
de lo distinto, adicional,
un viento del alma
que lleva por encima de la hora
hacia un futuro alcanzable,
suave insatisfacción
de algo aún no consciente
que tal vez me llevará
a escribir, a dibujar,
a decir un sentir muy íntimo -

y me he preguntado si tú,
allá antaño,
bajo la salida de una roca,
a orillas de un lago,
al atardecer, al amanecer,
si tú sentiste en horas solitarias
un tal hambre, una nostalgia,
un no-sé-aún-qué
con que un viento del alma
te empujó al futuro próximo,
el corazón caliente

y los labios cerrados,
si tú llevabas adentro
esta pujanza migratoria
hacia un paisaje nuevo y fecundo,
si fuiste consciente también
de tu alma de artista,
de enamorado,
si fuiste intenso
en cuanto hacías.

Miro hacia atrás,
hacia el pasado,
y veo tu descendencia,
abuelo,
cambiando sutilmente
de hijo en nieto,
pero íntimamente iguales
el uno al otro
hasta aquí en el presente
hasta quien yo soy,
anhelos, osadías, nostalgias,
sufrir y avanzar,
la larga cadena entrelazando
bosques, hielo, cavernas,
caza y recolección,
risas de alegría, chacotas,
juegos en amistad
y el querido compromiso
con bisontes, renos y caballos,
unos más leales,
otros más jefes,
artistas o médicos,
santos o sabios,
amantes todos
y poetas al atardecer -
abuelo,
esta preciosa cadena
también detrás de ti
hacia el profundo pasado,
ingenua y bella,
uniendo personas
de mirada despierta.

Somos
como el agua ahí
cayendo de posa en posa,
amando de esposa en esposa,
- el agua fresca y transparente -
y nosotros activos y paternales,
hacia un abajo
de bosque y profundidad
que no sabemos ver
concentrados como vamos
ahora aquí.

Pero a veces se me da un intuir
hacia los propios nietos
mil veces lejos
jugando y riendo
en medio de su existencia,
y quizás por ahí
mirando hacia atrás a quienes
hemos sido mil veces abuelos
y otra vez mil veces abuelos
de ellos,
tan parecidos
los unos a los otros.

¿Qué sería este abrazo
de abuelos de abuelos
con nietos de nietos?

¿Qué sería el puente
cruzando cien mil años,
un millón de años,
mojados los ojos,
lágrimas de felicidad

corriendo inesperadamente
mejillas abajo?

Y más tarde,
sentados por ahí,
mirando a los ojos,
de pronto la risa igual,
- libertad, unión, cariño -
el respeto por el otro
desde el fondo del alma,
golpes en la espalda
o estando sentados
golpes sobre los muslos,
incrédulos de la simpleza,
respirando fuerte,
brillando.

O más tarde aún,
tal vez solos,
reflexionando,
pensando la vida,
lo que nos une,
lo que nos hace parecidos,
este ir enamorados
de día en día,
este modo
humilde y flexible
pero a veces orgulloso,
auscultando, percibiendo,
hacendosos creando,
alabando sol y noche
entregadamente.

¿Qué sería?

Nada te ata las manos
y rápidas van ellas
a armar, soltar, traer,
tocar o apoyar,
solucionando cosas
mil veces distintas -
pero más tarde,
sentado, mirando,
se te abre el tiempo
como un templo
expandido sin medida
hacia lo lejos
desde tu cara silenciosa.

En tu respirar
emerge una calma ancha y suave,
y en esta paz madura tu realidad,
se hace profunda, plena,
recorre tu piel como bendición
y en tu sentir hace
hogar, resonancia, sentido.

Las aguas corren como siempre,
niños llaman
y hay más cosas que hacer -
pero tú vas distinto
y tu mujer lo sabe:
la abrazas y la quieres.

Te imagino musical
mucho antes que puedas hablar,
 milenios y milenios atrás,
encantado por sonidos bonitos
 al soplar en huesos huecos,
en conchas, en manos cruzadas,
golpeando pieles tensas, troncos,
 o gritando hacia el fondo
 de una caverna mágica.

Cómo te habrás sorprendido
al escucharlo: el sonido limpio,
 sostenido un tiempo
y desvaneciendo después
 con delicadeza.

Otra vez, de nuevo,
 mil veces otra vez.

Me da por creer que supiste elegir
los tonos profundos, las frecuencias graves,
 que amaste esta resonancia
retenida y poderosa de todo lo que ves,
la ola majestuosa que lleva cuanto haces,
 el bello trasfondo
en que arraigan anhelos y acciones
 de tu corta vida
 llena de contenidos.

No podrías creer
lo que hemos hecho
estos últimos diez mil años,
lo que inventamos,
producimos, conectamos,
cuánto hemos guerreado,
robado, impuesto, depredado,
cuán desacralizada
nos está la existencia -
no podrías creerlo,
no podrías.

Y yo apenas logro intuir
cuán a salvo estuvo tu vida
junto a tigres y leones,
en el amanecer o en la tarde
cuando todos reunidos
se acurrucaron para dormir,
cuán a salvo estuviste
de todo nuestro tóxico
modo de vivir,
de nuestros propios peligros
tontos y totales,
cuán grande y limpia
se te abría la existencia
a cada paso que dabas,
cuán intenso puede haber sido
el vivir
de cara a la naturaleza entera,
a la externa y a la propia,
cada segundo
de nuevo y de nuevo -
apenas lo logro intuir,
claro,
aquí donde estoy.

Mientras
más aseguramos lo nuestro
más lo perdemos,
como arena entre los dedos
se nos va lo precioso, lo único,
el tiempo regalado,
el encanto del vivir
en la tierra maravillosa,
esta nuestra,
tan abierta como es
de cara al universo en noches profundas
o de día, iluminada,
llena de aromas, colores y acción.

Si supieses
lo que es un gallinero,
abuelo lejano,
los palos que tiene,
y la jerarquía que establecen ahí
las gallinas con ellos,
cómo reirías.

Si supieses
que también nosotros
vivimos como gallinas,
peleando por jerarquías,
por lugares privilegiados
o al menos aceptables,
unos encima de otros:
la apoteosis de la tontera.

Cómo callarías.

Viviste antaño
a orillas de bosques,
abuelo lejano,
entrando en ellos, saliendo de ellos
según tu corazón te lo indicaba.
Y ahora,
si en la intimidad de nuestras almas
hay bosques como en los que vivías,
si los hay también adentro,
entonces están hechos
de asombro, de luz,
de un sentir ascendente
limpio y transparente -
entonces hay aguas
que corren confiadas entre
raíces, piedras y musgos -
entonces hay
animales de sangre tibia
caminando con cuidado
por huellas angostas
en medio de su presente -
entonces hay vientos sutiles
que desde lejos traen noticias vivas
y las comunican
en claros o sombras -
si hay bosques
en nuestra intimidad,
bosques altos, salvos -
entonces, abuelo,
al soñar de noche
que caminabas por un bosque
¿con cuál de los dos soñabas?

¿Dónde caminabas?

Desde adentro la viviste,
tu vida,
desde dentro de la naturaleza,
bosque y río fueron tu hogar,
vientos y estrellas
te decían el significado
de las horas por venir.

Nosotros vivimos prestados
hacia los artificios
que nombramos casa,
y encontramos de vuelta
sólo rara vez,
huérfanos y arrogantes
- ridículamente arrogantes -
flotamos lejos de lo que nos es.

Huellas
fueron importantes para ti,
ruidos lejanos, el color de las nubes,
vientos cortos o sostenidos,
pájaros huyendo, un grito entre árboles
o largos silencios: todo era tuyo.

Llenaste tu conciencia
con sinfonías de vida,
cada minuto contándote
la verdad del ahora -
y tú, tal vez,
ibas entretejiendo tu propia verdad
a la externa,
inmerso en lo propio
como ibas mil veces.

Quizás tu mundo
estaba lleno de dioses
y tu vida fue oración
en cada latido
de tu atento corazón:
la diosa de la miel,
la del parto,
la de la paz,
el dios de la luz,
el de la fuerza,
el de la furia,
la divinidad del amor,
la de los frutos,
cada segundo mil dioses
yendo contigo,
cuidando los tuyos,
favoreciendo
recolección o dormir,
agua o protección.
Quizás fueron
incluso las fieras
hermanas a la distancia,
sagradas fieras
que había que adorar
y no contrariar
en su paso por el bosque
o la llanura abierta.
Imágenes
fuertes y simples
en tu corazón sensible
si ibas rezando:
devoto en medio
de todo lo divino.

Cómo habrán sido
tus chacotas, aquí o allá,
con amigos o hermanos,
las risas contagiosas,
la libertad
entre personas queridas,
las ideas locas,
los juegos nuevos
nacidos del instante,
explosiones de buen humor
en medio de la mañana,
por nada, por ganas,
así no más,
porque no se podía
de otra manera,
brazos abiertos
y ojos brillantes.

Cuando nosotros reímos
alguien pierde,
se siente herido
y quiere retraerse.

Me parece escucharte:
tus llamadas
invitando a participar,
a jugar junto al río
o arriba de roca o árbol,
juntos,
alegres y solidarios,
una marea de luz
impregnando las redes
de quienes se quieren
y ahora ríen.

Hoy
entre quienes somos
andan algunos intuyendo
nada bueno hacia adelante
entre tanto poder y engaño -
miran con recelo
todo invento ingenioso
y toda promesa engañosa:
pero aparte
mezclan temor y humildad
y hacen lo justo.
Cuidan aire y agua,
reservan terrenos y humus,
cuentan abejas o mariposas
y les dan protección;
dicen que en tus días había
un saber más sabio
que todo lo que ahora se conoce
en millones de datos.
Proponen
volver a las raíces
y hacer la paz por fin.
Les veo con agrado
cuando anhelo
que mis mil veces nietos
tengan tierra sobre la que vivir,
sombra bajo árboles
como tú y yo pudimos gozar,
rocío por las mañanas
y en la tarde
una mirada bella
hacia el sol poniente,
llena de futuro.

El agua corre a mi lado,
va siempre cayendo,
va siempre hacia adelante,
pero yo tengo pausa,
puedo mirar y pensar,
recordar y anhelar,
en medio de la quietud
puedo meditar
sobre origen y futuro,
tengo más tiempo
que el que tuvieron
muchos otros ayer y hoy -
y así miro y siento,
reverencio
mi entorno boscoso
y puedo agradecer
con toda calma.

¿Lo tuviste tú, abuelo lejano,
tiempo para ti?
¿Te sentaste a orillas
de una vertiente rápida
y jugaste con imágenes
como lo hago yo?
¿Qué vino a tu mente?
¿El cuidado de los tuyos?
¿Melancolía de algo
aún desconocido a tu corazón?
¿Ganas de acariciar?
El sol se ha movido
con las horas tranquilas
y ahora la sombra
es distinta y más larga.
Algo muy bello
rodea el lugar.

Hoy la vida
es fácil, es cómoda,
tantas cosas hay
que no podrías imaginar,
pero es peligrosa
de otras muchas maneras.

Sin embargo
más me sorprende
el significado de vida y acciones,
intenso allá y débil acá.
Vivimos en abstracciones,
nuestras urgencias
son relaciones de conveniencia,
son tendencias de poder,
no son aromas de fruta,
no son los olores de primavera
o los que advierten de una fiera,
no son las luces en el cielo
que anuncian frío o sol,
no son intuiciones de paz
o de un próximo encuentro.

En la naturaleza ibas inmerso
pero aquí apenas la recordamos,
apurados como vamos
temiendo perder oportunidad o plazo,
agitados, deprimidos, más de uno
cual animal ciego, hambriento,
antes de morir dando vueltas.

Tú, me imagino,
ibas con las manos rápidas
y lleno el corazón.

Cuánto pudor
habrá ido por delante
de tus pasos,
al acercarte a la mujer,
al tomar un bebé en brazos,
al sepultar un anciano
o al matar la fiera
para comer los días por venir -
abuelo muchacho
allá en el pasado lejano,
cuánto pudor habrá pesado
en tu corazón ingenuo
al desafiar tus potenciales
frente a una realidad
sentida aún más grande que tú.

Día a día
aprendiendo costumbres
de bosque, animal y clima,
día a día
confiando otro poco más
en tus acciones dirigidas,
día a día
conquistando paz
para tu corta vejez.

Y por encima
del valle mirando a veces
hacia la lejanía
con tu mirada juvenil,
reflexionando,
tus emociones profundas
bien asentadas
en medio de ti.

Junto a la inteligencia
nos creció la arrogancia
y ahora andamos lejos
de todo lo real.

Pero imagino
que tú anduviste
de encanto en magia,
de desagrado en temor,
de pena, risa o asombro
en otra emoción cercana
según mirabas, sentías,
escuchabas o intuías,
inmerso en la hora
válida e intensa.

Se nos fue el sabor de la vida
saltando de idea en idea,
temiendo temores
y sufriendo posibilidades,
un álgebra perverso
de relaciones de poder
que jugamos ya
milenios, siglos y años
siendo cada vez más eficaces
y menos genuinos.

Te costaría creerlo, abuelo lejano,
nuestros días
tan sin sentido, tan sin gusto,
abstracción sobre abstracción
que no entenderías -
o antes preguntarías
por tu camino de vuelta.

¿Cómo habrán sido
tus momentos de pena?

Una muchacha que no te quiso
y te abandonó.

Un hermano que no volvió
nunca más.

O un bebé muerto
que tu mujer
en la oscuridad de su desesperación
arrastró por días
sin saber despedirse.

Quizás cómo fueron esos días
de pecho apretado y ojos mojados.

Días en que nada resulta
y los árboles, camino y río
están más lejos que de verdad.

Tardes en que la noche
se demora en llegar
y el amanecer
no quiere llegar más.

¿Cómo habrán sido?

O en los otros,
en los momentos de alegría,
cuánta risa habrá ido de cara en cara,
chacota en el corazón,
juegos y ruidos,
igualdad de frente
a tus hijos sorprendidos,
pieles o fruta volando por encima
de sus pequeñas cabezas
como pelotas luminosas,
brazos abiertos -
o corriendo, esconderse y pillar,
alcanzar lo difícil
y de vuelta en rapidez
creando otro juego que une a todos,
a viejos y tranquilos,
a bebés y niños,
gritando y señalando en otra dirección
o a una idea nueva,
turnos y atención, a ti, a ella,
toma, devuelve,
o con agua
a orillas de lago o río
salpicando y chillando,
carreras y abrazos,
ingenuos y felices
y ya sin aire
cayendo en la arena
a tomar sol y descanso,
cariño y luz
en el corazón agitado:
tu verdad alegre.

Quizás cuánto tiempo observaste
animal, río, nubes,
dejando que cada uno
cuenta su conducta, su modo de ser,
y así puedas imaginar
el futuro cercano
de caza, cruce o protección.

Entonces - sabiendo -
fueron tus acciones cortas y exactas,
justo lo necesario y con gracia precisas.

Ver, saber, hacer -
tu mantra natural.

Las otras cosas
que siempre hay que hacer, las rutinas,
las realizaste con dedicación tal vez,
con paciencia y cariño,
horas más, horas menos,
el suave pasar del tiempo
junto a los tuyos.

Con vecinos
uniste esfuerzos en tareas pesadas,
quién ayuda
dónde, más y mejor,
quién aporta, quién sujeta,
quién termina.

Y más tarde
- de nuevo -
te sentaste a observar.

Quizás
recuerdas a tu padre
cuando le enseñas a tu hijo:
cómo dar forma a la piedra,
cómo sacar chispas,
cómo nadar bajo el agua,
cómo atar o pegar,
cómo hacer trampas,
cómo lanzar la lanza,
dónde esperar,
cómo ingresar al bosque.

El chico levanta las cejas
y te sigue atento, no pierde gesto
y te imita muy serio.

Lo miras hacer.
Te da ternura ver
su empeño, sus errores,
sus logros pequeños
llenos de significado
para su corazón agrandado.

Te alejas, pero te sigue,
quiere más, te quiere a ti,
que no te vayas.
Lo tomas en brazo
y lo llevas como a ti
algún día te llevaron
de vuelta al hogar,
y tú mirabas pelo y hombro
de quien te cargaba
cariñosamente.

Que pertenecemos,
y que nada nos pertenece,
cuán bien lo habrás sabido,
muchacho ancestro,
allá atrás en el pasado
entre bosques, hielos, ríos
y siempre cerca de familia y amigos,
que nada es nuestro,
que somos parte
y algo nos presta
al tiempo precioso y finito.

Que detrás de peligros serios
y de placeres exquisitos
hay algo que nos tira
con osadía al momento presente,
como jugando, como intentando,
a ver si resulta una vez más
el milagro de vivir,
de sentir y de hacer, de querer y anhelar,
a ver si en la descendencia
se expresan de nuevo
porte y gesto parecidos.

La playa asoleada en verano,
o en invierno
la belleza de la nieve,
estrellas, valles,
nostalgias que toman el corazón,
sonrisas regaladas a tu mirada,
hijos preciosos -
y a esto se nos ha dado
pertenecer.

Más belleza,
menos belleza -
cicla nuestra vida entre
peligros y pérdidas,
generosidad y paz.
Porque siempre
cae todo de vuelta
al vaivén de lo bello,
al vaivén de la armonía
amplia y profunda,
de la melodía
en el corazón enamorado
cuando vas al encuentro
de la persona querida,
del sentido en alimento o sueño,
del cambio entre día y noche,
cuando vas al momento
de reflexión y gratitud.

Belleza
en más o en menos
mostrando el camino,
la dirección correcta,
la vía hacia lo sano,
lo natural, lo salvo.

Lo sentía incluso
quien de ti fue
ya mil veces abuelo
y mucho antes:
lo bello disminuyendo,
lo bello aumentando.

Quienes piensan,
los filósofos
- los más serios -
dicen lo correcto
cuando les mueve en el corazón
la corriente bella,
la relación de la sangre,
la raíz profunda
alcanzando los límites
de nuestro común origen
tierno y vulnerable
allá lejos
en el pasado desconocido.

Tú lo sabías,
abuelo ancestro,
sin saber de filósofos
ni de pensadores:
que la vía
es lo propio, lo natural,
eso que aquí
adentro en el pecho
rechaza o confirma,
sabías que el futuro
lo construye el sentir,
la intuición de lo bello,
la convicción del alma.

Quizás también lo sabe
la pantera cuando decide,
el águila, el delfín,
y en sus acciones
sólo confirman
la verdad del sentir.

Hemos inventado hoy
juegos en la mente,
pequeñas inteligencias
sumadas a otras previas,
y con todas ellas armamos
artificios útiles y cómodos.

Pero la vida
rehuye nuestros usos,
como arena entre los dedos
se nos va el contenido
de cuanto hacemos.

Muchos no saben lo que quieren,
cansados y tensos deambulan
por paisajes de jerarquías y conceptos,
conocen bosque y lago por dibujos,
canto de pájaros en imitación,
y no tienen paz.

Unos dominan,
otros ayudan,
el resto los sufre.

La naturaleza,
si pudiese hablar ¿qué diría?,
¿que somos una aberración,
un experimento fallado,
la gran desilusión?

¿Qué diría?

Cómo habrá sido tu mundo,
he preguntado muchas veces,
la familia extendida,
aquí y allá un extraño,
una mujer de otro lado,
reuniones en torno a la fogata,
señas y regalos,
peleas simuladas y serias,
amores juveniles a toda hora,
los niños, tarea de todos,
día a día
desafíos osados, juegos alegres,
caza, recolección,
expediciones, descubrimientos,
paz entre los más viejos,
y de noche centinelas.

Vida emotiva yendo
de anhelo en satisfacción,
de necesidad en conquista,
despierta, intensa, cómo habrá sido,
impetuosa, pujante,
mareas del sentir amplias y poderosas
cada hora del día,
incluso al observar
cómo habrán ido los golpes del corazón
majestuosos y serenos,
me cuesta imaginarlo
aquí en el presente en el que vivo.

Lejano abuelo
allá en nuestros orígenes:
¿cómo habrá sido?

La tarde llegó
y decido ir de vuelta.
Jugué con imágenes, con fantasías,
y contrasté en el tiempo
la larga cadena
de personas que somos
ascendencia y descendencia.
El agua sigue corriendo
aquí delante de mí
sonora, limpia, veloz,
ya no hay viento
y el bosque a mi alrededor
parece respirar aromas y salud.

Me inclino reverente
ante la imagen interna
de un abuelo lejano,
el antecesor quien vivió
inmerso en la naturaleza
que hoy nos está lejana,
la externa, la interna,
y quien las respetó
en humildad y lealtad.

Me voy
con el corazón partido,
intuyendo cambios en mi vida.
Lentamente camino de vuelta
entre troncos, colihues,
lianas y helechos.
El aire, tibio e inmóvil,
parece envolverme
con tolerancia y paciencia.

- página en blanco -

El Busto

- página en blanco -

El acuerdo
fue obvio y natural,
te pidieron a ti
la creación del busto,
al hermano artista,
al profesor y guía
de tantos escultores,
qué mejor coincidencia,
comentaron,
y eligieron ya el lugar
donde erigirlo,
a la entrada,
a la derecha,
homenaje, respeto y gratitud
a nuestro músico
que llenó de vida y fama
el gran teatro
de esta ciudad,
dijeron,
orgullosos de cuanto
ocurría bajo su mando,
a ti, a quién otro,
al hermano,
si lo conocías
como nadie más.

Pensaste en la máscara
que volcaste en yeso
durante su último yacer
allá en la mitad de la sala,
su cara relajada
y terriblemente ausente.
Pero tenías retratos también,
en lápiz, en carbón,
nacidos de momentos felices
muchos años atrás.

Claro,
lo puedo hacer,
pensaste.
Mas una pared
se erguía delante de ti,
una muralla voluminosa
que te volvía serio
y parecía bloquear
todo mañana.

Cerrados los labios,
la espalda pesada,
inhalando con fuerza
y suspirando aquí y allá,
dudaste trabajar,
querías estar lejos,
no tener que ver a nadie
por días o meses
y dejar que algo cambie.

Tampoco quisiste
ir a la escuela,
no querías enseñar

ni explicar ninguna cosa,
pero que te dejen solo
con todo esto otro
que resolver
y sin poder saber.

Juegos en la infancia,
imágenes brillantes
de colores alegres,
tu hermanito despierto
persiguiendo una pelota
ladera abajo,
su carita de sorpresa,
luego desilusionada,
y la pelota lejos.

Una noche de lluvia
no quería comer
y lo retaron,
igual no comió
y miraba casi con culpa
pero se impuso con fuerza
e infantil determinación.

Recordaste el gorrión
que se agarró a su camisa,
y él lloró de susto o sorpresa,
y tú le mostraste
la feliz ocurrencia -
y se le pasó el llanto.

El cello infantil
con que jugaba día tras día,
su amigo del alma,
y con quien conversaba
en silencio
moviendo sus labios,
y después te contaba
historias del cello
con ojos abiertos,

años, sí, unos años antes
de su primer piano.

Fuiste
su ángel de la guarda,
su guía, su maestro,
sin que él lo notara
le indicabas
dirección y sentido,
lo volvías a
verdad y simpleza,
a las leyes del mundo,
al orden de vida y fluidez.

Quizás con él
ejercitaste tus dones personales,
tu capacidad de motivar,
de abrir al aprendiz
la magia de lo propio,
de desarrollar y expresar
verdad y claridad
desde su vida emergente -
estos dones
que te harían fuerte
de adulto más tarde,
quizás de niño
ya los fuiste ejercitando
aquí con tu hermanito
de ojos rápidos
y abiertos al mundo,
con este niño
sin más guía que tú -
tus dones
generosos y nutrientes
sin igual.

Ángel, guía, maestro,
hermano como pocos,
sin más premio
que tu conciencia satisfecha,
claro,
creciste hacia el ideal
que tú generabas silencioso
desde tu propia nobleza.

Y más tarde,
cómo te pesaba
su rápida inteligencia,
su falta de arraigo,
cómo hacía él
locuras sin meditar,
se lanzaba sin frenos
hacia adelante,
a ver qué ocurre,
y se ponía en peligro.

Pero a veces te escuchó,
más tarde,
y enmendó rumbos,
porque, claro,
que te respetaba no había duda,
te sabía más sabio
y apreciaba en ti
tu desprendida elegancia.

Pero sus locuras,
cómo te desarmaban.

Con los años
cambió su arrojo
y volcó la osadía
hacia lo profundo,
hacia su corazón,
hacia emociones y contenido,
hacia lo difícil,
hacia las riquezas del alma.

Ya tenía en esos años
un cello grande

y este cello lo hacía cantar
como que fuese una orquesta,
soltaba al aire
las fuerzas de la vida,
remecía las bases
de sus juveniles convicciones
con su canto poderoso.

Tocaron juntos
felices tantas veces,
te acompañaba en el piano
lo que tú hacías
en tu viola enamorada
y sutilmente anhelante,
improvisaba y volvía,
te daba el pase
y tú cantabas otra vez,
humilde y seguro.

Más tarde
separaron caminos,
él siguió
inmerso en ríos de música,
tú tomaste lápiz y papel,
trabajaste con greda,
con yeso, con madera,
quisiste ir sin prisa,
más callado, menos pretencioso,
te parecía,
querías dedicar tiempo
al esfuerzo silencioso,
ser generoso
con tus manos rigurosas.

Claro,
después fue la piedra,
piezas de mármol,
siempre practicando
el saber lo justo,
la lenta transformación
en tu delicado corazón
hacia la transparencia,

hacia la luz dadivosa
de formas y perfiles,
hacia un hogar
de anhelos limpios
y sin doblez.

Pero él,
más terrenal,
quizás no lograría seguirte
jamás.

Lo viste hacer
mil cosas,
errores, enmiendas,
osadías incomprensibles,
pero se encontraban de nuevo,
en asuntos de música,
de expresión, de reserva,
hermanos al fin,
no podía ir muy lejos de ti,
había terreno común
aquí y allá.

A veces entraba
al taller y te miraba,
observaba tus piedras,
tus maderas,
te pedía más dibujos,
o guardaba silencio
por largos minutos,
siempre sentado,
a su manera,
descansando,
pero su alma
estaba prendida siempre,
una hoguera de sentido
quemando a cada segundo.

Años iban
y tú adelante hacia la madurez,
más tarde hacia la vejez,
siempre más sereno que él,
con más experiencia,
con más aire y paz
en torno a tu frente sincera,

haciendo camino
que él a veces también
seguía respetuoso.

A veces.

Desaparecía.
Se perdía de tu vista,
te decía viajes,
más y más conciertos,
vacaciones, retiros,
y tú no sabías de él
por meses, incluso años.

Le tomaba
un viento de alma
y cuando volvía
lo percibías distinto.

Te sonreía
y te deseaba el bien,
pero algo había cambiado.

Te preguntaba
al medio de tu corazón
y te desconcertaba,
no sabías cómo tomarlo,
qué decirle -
preguntaba más,
pero después callaba.

Incluso su música
te costaba entender,
leías, tocabas,
repetías tratando de madurar
melodía y armonía,
serio te dabas tiempo
y con suerte algo se te abría,
pedazos, trozos
de sentido humano
en los que lo reconocías.

Te preguntaste
muchas preguntas,

dudando, esperando,
trabajando tus respuestas,
sin saber si admirarlo
o si tenerle más paciencia.

Abriste la carpeta
donde guardabas retratos,
cariñosos dibujos
de amigos, de parientes,
a veces de extraños
que ya no recordabas.

Sacaste aparte
los de tu hermano,
varias hojas
con perfiles, vistas de frente,
junto a su piano,
tocando el cello,
arimado a una mesa.

Esa frente bien trazada
y que te costaba entender.

Manos viriles,
más anchas que las tuyas,
y como las tuyas sinceras.

La mirada -
su mirada captada
con tus trazos exactos
diciendo algo
que se te iba
como arena entre los dedos.

¿Quién fue mi hermano?
Mientras más buscaste
entre los dibujos
más lejos parecía
irse la respuesta.

¿Qué supo?

¿Hay algo aquí en mi corazón
que algún día sabré como él?

¿De qué
estaba hecha su seguridad?

¿Qué conquistó
con su natural osadía?

La muralla -
en mil versiones.
Siguieron días
en que no quisiste
preguntar ni saber,
horas sueltas
por semanas y más semanas,
caminaste largos paseos,
mirando, observando,
pero sin aprehender
la figura esquivada.
Su mirada misteriosa
que no sabías recrear
en el centro de tu intimidad,
los silencios en que te envolvió
cuando no le seguías al ritmo
de su intensidad ardiente,
lo amargo en su música
de a poco mutando
en seguridad y felicidad
cuando lograbas llevar a término
alguna extraña frase musical,
su alegría triunfadora
que ya parecía contagiarte
pero la frenabas, apenas,
inseguro de ti -
y de nuevo se escapaba
su fuerte esencia
cuando era ya casi tuya.
¿Cómo, te preguntaste,
cómo lo represento,
si no logro asirlo?

¿Qué no sé?

Miraste a la lontananza
sobre los últimos techos
hacia el campo,
hacia pradera y colinas,
hacia las montañas a lo lejos.

Fue su vida esta luz, pensaste,
este enfrentar erecto
la seriedad de cada momento,
el resistir frente a la duda,
el no claudicar,
el intentar una y otra vez
la maduración
de todo débil inicio.

Fue él la matrona
de su propia intimidad,
con mano convencida
ayudó a nacer cuanto sentido
quiso intuir en su alma sensible.

Cruzó los tiempos
con la frente alta
viendo lo que apenas ahora
comienzo yo a ver, te dijiste,
avanzó hacia lo ignoto
convencido y seguro,
y en la música,
en la música de él,
más tarde,
copió lo vivido.

Como un toro joven
arremetió contra todo,
por placer,
por descubrir los límites,
por expresar
los excesos de su alma,
arremetió él
contra el sufrimiento,
contra lo disperso,
contra el futuro.

Eso está en su música,
en los cientos de pentagramas,
en los miles,
la apuesta humana,
que sí, que somos capaces,
que podemos resistir y cruzar,
que es nuestro el universo,
el corazón primero pusilánime
ahora feliz al otro lado
de la lograda experiencia.

Y lo que yo a veces
siento al marcar la greda
con mi sello personal, pensaste,
él lo sentía a diario,
de acorde en acorde,
cruzando melodías,
creando silencios sagrados
y bendiciones
terrenalmente santas.

Jugó
con lo difícil,

fue, volvió,
de nuevo y de nuevo,
su osadía por delante.

Sí, pensaste,
maduró antes,
y yo no lo supe.

Era fácil decirse
es un exceso,
pero ahora, reconocías,
es duro ver
que estuve equivocado.

Mis dibujos
captaron la mirada profunda
pero no su sentido,
ese sentido que a mí ahora
parece emerger del alma
al recordarlo.

Mi vista adiestrada
a conjunto y detalle,
a volumen y sombras,
a fuerza y delicadeza,
mi vista famosa
entre amigos y críticos
no supo ver.

Como culpa
pesa en mi respirar
la falencia vergonzosa,
el vacío irreparable.

¿Cuántas horas
de conversación interesante
no aborté con mi ligereza,
con mi lejanía inexcusable?

Y él,
al no recriminarme,
al no empujarme,

¿quiso protegerme?
¿quiso ser generoso?

Creen
que hacer su busto
es una cosa de horas,
de días cuando más, meditabas,
que retratarlo es juntar bocetos
y elegir el mejor,
trasladarlo a greda y yeso,
vaciarlo en bronce y ya, listo.

Saliste a caminar,
a seguir largas avenidas,
a ver árboles,
a sentir viento y cambio de hora,
no podías dibujar,
no querías saber de tu oficio,
de tu graciosa facilidad
para crear espacios y verdad.

Caminaste con labios cerrados
y frente seria por entre gente
lejana a tu corazón.

Creen
que hacer su busto
es cosa de manos expertas,
de materiales,
de horas ocupadas.

Como los árboles
que ibas dejando atrás
tienen arraigue firme
en la tierra que los alimenta,
sentías tus propias raíces
crecer hacia lo profundo de ti
en busca
de alimento y reciedumbre,
anhelabas cobijo y hogar,
un tiempo generoso en piel y alma,
una mano protectora
que a tu corazón nutra cariñosamente
con robustez y claridad,
soñabas con clemencia y gracia,
querías ya casi percibir
una voz de ánimo, una seña buena,
un gesto apenas -

así como ibas
de cuadra en cuadra,
dejando atrás árbol tras árbol,
estos árboles altos
al lado de tu camino,
árboles
firmes y queridos.

Intimidante
como esa muralla en Orange
que quita el aire
y aplasta esperanzas,
aquí tu propia muralla
socava tus fuerzas,
te impide seguir,
oscurece el futuro
y te niega entender.

Qué no sé,
qué no sé hacer,
te preguntaste mil veces,
por qué no sé abrir y entrar,
por qué me pasa a mí,
por qué ahora.

Ejercitaste la renuncia,
el humilde llevar la carga
sobre tus hombros viriles,
practicaste el dejar que sea,
te rendiste de nuevo y de nuevo,
pero no, seguía igual
la imponente muralla
delante de tu sentir,
cerrando, negando,
impidiendo empatía o sentido,
la figura del hermano
sentida y ya propia,
al fin -
no, nada de eso, sino
el peso sobre el corazón,
el aplastado,
a través de horas sin fin.

Claro,
él sabía lo de los tiempos, sentiste,
no me empujó, no me recriminó,
sabía del lento avanzar del corazón
por los paisajes del alma, insististe,
y me dio tiempo para madurar,
tiempo sin apuro, claro,
esperó sin decirlo.
Lo tiene que haber sabido
todo esto, desde luego -
íntimamente.

Y ahora era tu turno.
Caminar con el corazón inmaduro
y la mente llena de preguntas,
anhelando y no sabiendo,
tu turno ahora,
caminar por los caminos
que hizo tu hermano
en la soledad de su hora,
el osado,
derecho en contra de lo difícil,
aprendiendo
este otro aprender sin palabras
y en medio del corazón,
tú dudando ¿seré capaz algún día,
sabré como él
en medio de mí?

Buscaste
entre sus cosas,
papeles, notas,
leíste aquí y allá,
fuiste al piano,
quisiste tocar, mover tu alma,
pero no, nada fluía.

Una tarde te sentaste
en su sillón preferido,
en la mesa de arrimo
tenías música
de sus últimos años.
Algo había en el aire,
en el ambiente amistoso
de este día tranquilo,
cierta paz
en que te sumergiste
siguiendo acordes y armonía,
líneas melódicas apenas insinuadas
y bellas infinitamente.

Fueron horas recogidas
en que te dejaste ir
en tu lectura musical,
horas cercanas
a tu hermano creativo,
horas en que se abrieron cosas
a tu corazón sensible,
historias de desarrollo,
de un avanzar maravillado,
claro, suspiraste,
el reverente de mi hermano,
solo como fue.

Adagio
para piano y orquesta.

Una introducción del piano
en acordes profundos,
llenos de vida,
diciendo y quitando,
seguro y dudando,
una orquesta
que de a poco se une,
casi no queriendo,
invitando, apoyando,
pero dejando que sea.

Y entonces el canto.
No sabías
que un piano puede
lo que ibas leyendo,
cantar como esto,
paz y seguridad
en las notas limpias
de esta melodía sostenida
por nuestra naturaleza,
por la sangre que somos,
canto
de quien sabe callar,
de quien sabe respirar,
pero ahora canta
de tono en tono,
de verdad en verdad
humanamente.

Lo leíste de nuevo,
admirando

compás tras compás.
Cuando saliste de su casa
tu cara iba blanda
y afuera era noche.

Cuarteto para flauta,
viola, cello, timbal.
Lo has leído horas, días,
casi una semana ya,
y no puedes dejarlo,
la misteriosa pieza
que atrae y frena,
dice y esconde
a tus oídos inciertos
algo que fue caro
a su corazón despierto.

Timbal y flauta,
quién lo hubiese creído,
timbal y cello,
por dios, mi hermano,
o amigos leales
flauta y cello,
melodías, quiebres,
acordes de paz
o hacia adelante,
fuertes,
cambiando el mundo
con el poder del vivir,
pariendo alegría de la pena,

golpeando el sufrir
o soltando hacia lo libre
las cadenas del anhelo.

¿Cuándo escribiste esto,
hermano,
cuándo?,
y yo no sabía.

Y afuera, caminando,
no podías alivianiar
hombros o pecho,
suspiro tras suspiro,
frente a la pérdida
sin vuelta.

Envidiaste tan a menudo
a los simplones, a los insensibles,
a los ciegos de alma,
así como hacen y viven
sin responsabilidad en el corazón,
ensuciando, despilfarrando,
depredando a quien
cruza su camino arrogante,
negociando, escalando,
riendo del amor,
felices, despreocupados,
creyentes
en la manipulación y la ventaja
implícitas en su evangelio retorcido.
Ser tan distinto
a como he querido ser, te dijiste,
claro, a veces dan ganas
de ser ciego, liviano,
ir por la vida
despreocupado, desconsiderado,
sin saber de seriedad,
raíces o profundidad,
sin saber de resonancia
ni empatía para con el débil,
volar por la vida
como dueño de la verdad,
dan ganas, claro,
no saber de desánimo,
de falta de fuerzas,
de desafíos
que parecen más difíciles
que todo lo que puedo,
claro, a veces,
como hoy.

Pasos adelante, pasos atrás,
parece jugar la vida
con nosotros
a ver qué sale
con sus dados extraños,
qué combinación,
qué fortaleza nueva
surge al día
desde estos animalitos
débiles e ingeniosos
pero a veces
honestos sin igual.

Árboles queridos un día,
odiados otro,
vaya uno a entender,
vaya uno a saber
si adentro algo madura
después de todo
y esto vale la pena.
Leías,
caminabas feliz,
leías más,
caminabas destruido,
queriendo saber
en el corazón aún pusilánime,
queriendo saber en piel y vista,
desde las entrañas y sin dudas,
así como enamorado tal vez,
seguro y poderoso,
queriendo saber
lo que tu hermano supo bien
en su corazón solitario
tanto antes que tú.

Cello solo.

Cascada de armónicos bajando,
cayendo al fondo de la paz,
bendito discurso
uniendo el mundo con notas simples,
melodía generosa
diciéndolo de nuevo, de mil maneras,
hay paz, hay belleza,
hay canto reverente
emergiendo de serenidad y gratitud,
bondadosa esperanza
anudada al arco que va y viene,
sutil poder de vida
vibrando en la madera.
Ancha se hace la hora,
amplia y profunda,
casi no lo puedes creer,
mar de felicidad terrenal,
mar de luz espiritual,
lágrimas cayendo
desde tus ojos claros
sobre mejillas inexpertas,
sorprendido tomas conciencia,
las manos cruzadas
sobre el bajovientre.

Apoyaste al débil,
le enseñaste a confiar,
a ver lo que ven sus ojos,
a trazar lo obvio
y no agregar a la verdad,
hiciste tu camino
como profesor exacto,
como guía generoso
hacia la fuerza
residente en cada alumno,
en él y en ella,
te empeñaste
a tu elegante manera
en construir en el arte
un mundo más limpio
para hijos y nietos -

pero ahora,
avanzados los años,
desde la tumba
tu hermano te mostraba
un mundo más fértil aún,
una realidad nacida
de la ausencia de empeño,
de la gratuidad,
de algo más obvio aún
que todo lo visible -

qué vuelco, por dios,
qué giro en tu vida
honesta y seria,
ahora, tarde, solo,
sin poder compartir -

sino algún día, pensaste,
decirlo en la greda
o con un lápiz,
la verdad del corazón.

Decir, claro,
decir lo propio, pensaste,
así como uno avanza
a lugares más profundos,
más naturales,
así como uno madura,
si puede, si quiere,
y siente distinto
en el corazón perceptivo.

Marcar la greda
de otra manera,
más suelto, más liviano,
y que se exprese la fuerza,
no la de uno
sino otra más grande.

El lento vuelco
a tu edad avanzada,
la transformación paulatina
a la que expones tu alma,
el cambio emergente
de frustración e impotencia,
de días felices
o más tarde oscuros de nuevo.

¿Arte?
¿Salud?

Y a los alumnos,
¿se les puede mostrar?

Enseñar
un silencio,
el cruzar dudando,
el caminar impaciente
sin saber,
educar a vivir el callar
antes de trazar labios cerrados,
¿se podrá?,
a avanzar
tratando de ser osado
cuando tiembles y no quieres más.

O tal vez se logra
sólo con algunos,
mostrarles el camino
y dejar que elijan,
hacerlo como tu hermano,
esperar
y esperar
y esperar.

¿Qué será de mi trabajo
si continúo,
si abandono lo antiguo, lo conocido,
qué será de mis alumnos?

Claro,
todo parece moverse
debajo de los pies,
en la mente,
alrededor de la vista.

¿Qué será
si no continúo?

Sonatas para piano
escritas
como cartas a la amada,
más y más,
solos para violín,
para cello,
una sinfonía aquí o allá
esparramada en los años
de su vida como si nada,
dos misas a su manera,
sin dios pero
más devotas y espirituales
que muchas otras,
cuartetos extraños,
profundos, misteriosos,
extraídos
desde los orígenes de la vida -
legado musical
expuesto en libreros,
sobre el piano,
un montón de borradores
apilado en la silla,
otros varios en el suelo.

Y ahí su cello.

Qué muerte
más incomprensible,
sentías,
qué corte monstruoso
en medio del tiempo,
amputación maldita
- y yo llegar tarde
a todo esto -

antes de comenzar,
antes de comprender
y de compartir
horas y horas
con el hermano
osado y querido.

En el taller
las herramientas
parecen esperarte,
parecen estar ansiosas
que quieras trabajar,
que quieras usarlas
como en tiempos pasados
cuando todo era fácil
y de las ideas
al volumen afuera
el camino era corto,
más un asunto de claridad,
de rigor, de honestidad
y de empeño manual.

Entraste
sintiendo distinto,
percibiendo
tu actitud cambiada,
alegrándote
de todo lo que había ahí,
la riqueza
de herramientas, de útiles,
todo dispuesto a iniciar
algo nuevo quizás,
algo nunca intentado
en este espacio creativo
de tantos años.

Incluso
los baldes con greda,
las bolsas con yeso
y el cajón con restos,
todo parecía preguntar

algo que no supiste
poner en palabras,
una pregunta
infinitamente abierta
en medio
de tu corazón artista.

Quisiste empezar.
Tenías decidido
hoy sería el día.
Pero algo se quebró
a mitad de camino,
algo no quiso
en tu intimidad,
algo dijo todavía no.

Siguieron
frustración y rabia.
El desánimo
tiñó tus acciones,
cayó sobre tu ánimo
como lluvia
en medio del invierno.
No podías creerlo.
Habías supuesto
estar tan cerca por fin
del flujo creativo,
de poder expresar
el sentido
de tu hermano ido.

Indignado
quisiste renegar
de todo honesto empeño,
quisiste estar lejos,
quisiste no saber
del desafío autoimpuesto,
no podías entender
lo que te pasó,
y tu mente estaba llena
de palabras y preguntas.

Como un niño chico
odiaste el mundo.
Y de noche
no pudiste dormir.

Habían pasado tres meses
y mandaron a preguntar,
querían saber
cómo iba la obra,
si había posibilidad de admirar
lo hecho hasta la fecha -
sin molestar desde luego.

Enviaste saludos,
que no, no todavía,
que habías tenido atraso,
que avisarías
a debido tiempo.

Más grande aún
te pareció
tu muralla imaginaria,
ahí estaba de nuevo
más maciza y pesada.

Enojo te sobrevino
y saliste a caminar
con más determinación,
buscaste otros rumbos,
nuevos barrios,
avenidas desconocidas
por entre gente
del todo lejana.

Una tarde,
de vuelta a casa,
intuiste su frente,
una luz en perfil,
qué sorpresa,

un comienzo,
esto es verdad,
dijiste,
y se alegró tu corazón.

Tiene otros ritmos
el arte,
otros tiempos,
madura de a poco
según el alma
crece y se muestra.

Como estaciones del año
tiene su clima
las marcas de un ciclo,
se recoge, para,
inicia lo nuevo
y después da frutos.

Sólo la mente
juega a diario
sus juegos livianos,
salta y une
y traza caminos,
pero no sabe nada.

En lo oscuro del alma,
en lo profundo,
ahí recién nace
lo que mañana es luz,
línea, volumen,
acorde o canto.

Antes lo supo
tu hermano menor,
y ahora vas atrasado
por largas avenidas
recuperando de a poco
lo que ayer

se te fue de las manos.

Atrasado,
asombrado,
devoto y callado.

Ibas camino a tu arboleda.
Un hombre y un perro
te antecedian:
el perro era joven,
quería ver y oler todo a su paso -
el hombre, inexperto,
quería adiestrarlo,
tironeaba de la correa
y le apretaba el cuello.
A más enojo de uno
más desesperación del otro.

Te identificaste
con el pobre perrito
y saltaron lágrimas a tus ojos claros,
lágrimas
apenas insinuadas ya idas.
Sorprendido, sin saber bien,
pero indignado aún,
te sentaste en un banco.

Paulatinamente te reconociste
en el extraño juego.
¿Tironeabas de ti?
¿Te impedías
ser curioso y juguetón
como ese perro juvenil?

Se te apretó la garganta.
Te levantaste y caminaste
hacia la arboleda,
doblaste en la otra dirección
y llegaste tarde a casa.

Claro, recordaste,
tu hermano siempre jugaba,
iba de locura en locura,
casi gracioso, la risa presta,
desordenaba y revolvía,
probaba, ajustaba,
se ponía serio y algo le pasaba
en su alma.

¿Cuándo juego yo?
¿Cuándo desordeno?
Si mi vida ha sido
este laborioso ordenar,
este edificar y construir
para ejemplo y bien de los otros,
¿cuándo he jugado?,
¿lo sé hacer?

Intuiste una gran pérdida
en los años ya idos,
y hacia adelante
una gran dificultad
para aprender esto fácil y natural,
este ser curioso,
este perder el tiempo
siendo inútil, feliz e inocente.
Y en su música,
viste de pronto,
está aquí y allá el juego,
el desorden primero
y después
sus maravillosos frutos,
liberados
y plenos de sentido.

Te sentiste cansado
al día siguiente, cansado y feliz,
algo había pasado,
tu corazón iba ligero,
tu andar liviano,
no podías creer tanto cambio
gracias a un perro sano y curioso
que quería conocer
entorno y mundo.

Qué hubiese dicho él,
mi hermano, pensaste,
de mi conversión en la calle,
cómo hubiese reído, claro,
después de verme
empeñado y estricto
año tras año,
cómo hubiese asentido
feliz, relajado,
y mirando hacia adelante,
cómo habría confiado
- así como le gustaba hacer -
presagiando para mí
días felices y fructíferos,
el bien intencionado, claro,
hubiese gozado más que yo ahora,
así como lo conocí
desde temprana infancia
allá lejos
en la casa arriba del cerro,
así como recuerdo su mirada curiosa,
su mente creativa y en el corazón
su buen querer.

La tarde estaba preciosa,
te quería parecer,
la luz derramaba dulzura
sobre árboles y tierra,
niños corrían,
se perseguían gritando
y se miraban llenos de vitalidad -
y hacia la distancia
el camino parecía invitarte a ir,
a seguir para siempre
al encuentro sereno
de más y más felicidad.

Al otro día,
cuando entraste al taller,
te sorprendieron
los olores de greda y yeso,
nítidos y amistosos,
como dando bienvenida
a tu llegada,
el orden de útiles,
espátulas, lápices, trapos,
las tablas, el agua,
todo pareció saludarte
en disposición y paz.

Confirmaste algo,
una constelación propicia,
miraste, reflexionaste,
decidiste tomar distancia,
no arrojarte con prisa
sobre algo que venía
de todas maneras,
tarde o temprano,

mañana, la próxima semana,
quién sabe,
pero que venía, venía.

Fue un desayuno
grandioso, alegre,
amarillos y naranjas de fruta,
el aroma del pan caliente,
la luz del sol
sobre mantel y florero,
una fiesta simple y poderosa
en el corazón rebosante.
Más tarde te sentaste afuera
y miraste el prado,
arbustos y árboles
de tu jardín querido,
la vista yendo de cosa en cosa
sin intención ni fin,
como paseo de tu alma feliz
por instantes acordes.
¿Hace cuánto tiempo, te preguntaste,
no me siento así, paz en el alma,
a ser, a no preguntar,
a no decidir,
a no enmendar ni corregir,
a dejar que todo sea,
y a participar
de la noticia de vida
que fluye en mi entorno?

Apoyada tu cabeza atrás,
al estilo de tu hermano,
dejaste que vayan las horas,
una tras otra,
santamente.

Tema y variaciones
para guitarra.

Un bajo
- seguro y lleno -
da consistencia armónica
en lo profundo,
tresillos encantadores
saltan aquí y allá
y llevan una luz vivaz
al corazón del tema,
mientras arriba,
delicada, asertiva,
una melodía
poderosa en su simpleza
dice melancolía, dice anhelo,
dice esperanza,
así como sólo una guitarra
sabe hacerlo.

Hermano,
tú aquí también, pensaste,
en este extraño lugar
del alma solitaria,
expresando
la primavera necesaria
después de un invierno
de sufrimiento y carencia,
cantando la verdad
de un sentir joven e inocente
a pesar del pasado,
diciendo ingenuamente
quiero.
Y las variaciones.

Escribió ocho variaciones -
el hermano bien dotado.

En la primera
bajó el tema a los tresillos,
ahora más fuertes,
más locos tal vez,
creando un ir poderoso,
más seguro de sí.

En la segunda
llevó los tresillos arriba,
los hizo jugar
infantil, graciosamente,
luz y danza
regalada al entorno.

En las próximas dos,
solemnes y lentas,
recordó momentos
de uno de sus inviernos,
el frío y el perseverar,
la melodía preciosa
trastocada y diciendo
sufro.

En la quinta
bajó la melodía,
dejó los tresillos
al centro, más lentos,
y arriba acompañó
lo que el canto,
grave, buscando,
decía en lo profundo.

La sexta variación
fue una explosión
de fuerza y luz,
agitada, acelerada,
excesos de vida
dichos por una guitarra
completamente loca.

En la séptima
dijo armonía de mil maneras
bellas y distintas,
un paseo por los dones
de un músico maduro
y desprendidamente generoso.

La octava variación fue
integración en el corazón,
el bajo
siendo seguro y pleno,
los tresillos graciosos
bailando inocentes
y arriba
la melodía exquisita
mostrando de nuevo
la validez
de su delicadeza encantadora.

Dejaste el original
sobre la mesa,
te reclinaste
pensativo, conmovido,
creyendo
que ninguna escultura,
ningún dibujo,

puede traducir
lo que tu hermano
escribió aquí un día
años atrás.

Una cosa es el oficio,
otra cosa el otro oficio,
dijiste para ti,
el oficio del corazón.
Reconociste
que habías confundido
oficio con oficio meses atrás
al aceptar el encargo,
y que uno te negó el otro
mientras no mostrases maestría
en este más difícil
y que era la esencia de tu hermano.
¿Podré ahora, pensaste,
si voy al taller
y me largo despreocupadamente?
Quizás, pero no será hoy, sentías,
hoy no querías,
confiado que todo tiene su hora,
así como las embarazadas
un día van y dan a luz.

Hoy no, pensaste,
hoy no.

Volviste a sentarte
en su sillón preferido,
miraste a tu alrededor,
el piano a dos pasos,
el cello apoyado contra el librero,
las partituras reposando
en todas partes,
su presencia impregnada
en cuanto veías,
y anhelaste una vez más
tenerlo vivo a tu lado.

Recordaste una escena de niños.

Él jugaba con unas bolitas,
tú con un camión
que cabía en tu mano
y con que él quería jugar.

Le propusiste
cambiar todo de dueño,
él te daba bolitas,
tú le dabas el camión.

Te las dio todas.

Le enseñaste
que todas las bolitas valían
más que el camión,
que bastaban tres bolitas.

Se sorprendió
y casi avergonzado
de ser injusto
dejó sólo tres.

Claro, te dijiste,
aún me gusta ser así.

Fuiste al taller.
Te encerraste.

Hiciste bocetos
en papel, en greda,
unos chicos, otros más grandes,
sabías que estabas cerca,
la frente en luz,
mandíbulas, orejas,
todo hacía cada vez más sentido,
paulatinamente se convertía
en una sola línea en torno
a hombros, cuello, pelo, cara,
el carácter único
del hermano músico,
su última osadía
inspirando tu trabajo
serio y fuerte.

Saliste a caminar otra vez,
a recorrer tu avenida querida
de árboles altos.
La tarde inundaba
con su luz madura
el paisaje tranquilo.

Ahora sabías.

Aún no había busto,
pero en tu alma había
bondad y quietud,
confianza en tus manos,
y algún día
lo harías sin más.

Lo recordaste
sentado frente a ti,
mirando derecho a tus ojos
como acostumbraba,
la piel de su cara
pronta a sonreír
en luz y alegría,
entusiasmado
con las mil cosas
que le entusiasmaban:
niños, arte, flores,
bosques, animales,
bondad y honradez,
osadía y confianza.
Fue un privilegio conocerlo,
pensaste,
conocerlo tan bien
como tuve ocasión,
tener su música,
poder comprenderla
a mi avanzada edad,
poder ir al pasado
y traerlo al presente,
al hermano músico,
al hermano querido,
y aprender de él
lo que por mí mismo
no hubiese sido capaz.

Claro,
sentiste,
gracias.

Durante la misma semana
hiciste la figura,
la greda se entregó
a tus manos rápidas,
y en los días siguientes
dos estudiantes ayudaron
con el yeso y el bronce,
con los muchos detalles
antes de la entrega.

Las autoridades
programaron la ceremonia,
hubo invitaciones
y mucha expectativa,
prepararon discursos
y secuencias de protocolo.

En el proscenio
casi no cupiste,
estaba repleto
con la gente importante,
los aplausos seguían
a los discursos
y finalmente
repartieron champaña
y hubo ovación.

Te fuiste a casa
sonriendo para ti,
pensando en la gente,
en tu trabajo,
y en lo que harías a futuro
en tu taller, en la escuela,
y cómo ya nada volvería a ser
como antes lo fue.

- página en blanco -

El Escultor

- página en blanco -

I

Entré al taller
en silencio y respeto,
no quiero alterar la paz
de este luminoso espacio.

Espátulas hay aquí y allá,
papel, greda,
lápices, tintas, carbón,
lienzos, un atril.

Todo es sencillo,
la ventana, las cortinas,
la silla, el mesón,
la tetera y la taza.

Ya afuera me sorprendieron
los geranios, la hortensia,
y el jazmín subiendo
junto a la entrada.

Respiro profundo.
La sede de tu arte.
Luz derrama
riqueza y sentido.

Cuando trabajo,
me dices,
no estoy lejos de mí,
eso es todo.

No quieres hablar,
temes o desprecias
ideas y conceptos,
suspiras.

Me cuentas
de tu infancia,
de los juegos,
del correr,

y cómo te gustaba
ir y descubrir
los senderos
dentro del bosque.

Que eres el mismo,
otros caminos ahora, sí,
pero asombrado y atento
como antaño.

Mi trabajo, dices,
va hacia abajo,
cuido la tierra,
riego y nutro.

El arte, después,
brota solo,
no es necesario
mucho esfuerzo.

En lo que hago
no hay piruetas
sino
obediencia y cariño.

Mira aquí,
sensatez, paciencia,
la luz de la vida
en lento giro.

Respetando,
observando,
y las manos
lo hacen.

No sé hablar
del arte o de la vida,
me dices,
sólo sé trabajar.

Y agregas lo del yoga,
que meditas,
que vas callado
cruzando las horas.

Claro, me agregas,
hay días sin trabajo,
pero entonces
observo más.

Algo se asienta,
demora o
vuelve después,
todo sin prisa.

Algún día
es greda o dibujo,
y yo lo entiendo
recién más tarde.

Crecemos, murmuras,
no nos resulta
ir hacia atrás,
des-crecer.

Sentimos distinto,
entendemos
de otra manera
día a día.

Más complejo
se te hace lo visto,
y con menos líneas
lo quieres trazar.

Ganas hoy -
y mañana está perdido,
olas siempre nuevas
de un mar invisible.

Incluso el lápiz,
el cincel,
se sienten nuevos
en la mano.

Me has contado
de tu vida,
cosas íntimas
y otras no tanto.

De tu familia,
de tus hijos,
de trabajos varios
y de un perro querido.

Un día recordaste
años de violencia
y de gente cómplice
que dormía bien.

Me has confiado dudas,
errores
más que los que querías
haber hecho,

y las veces
que no te detuviste
a ver
y a ser generoso.

Hemos conversado
y tomado té,
hemos reído
y hemos callado.

Más de una vez
he olvidado la razón
que me trajo aquí,
mi propio trabajo.

Me he adaptado
al ir de tus horas,
al estilo
de tu sentir.

Lejos parecen estar
las preguntas,
las estrategias y las normas
de mi oficio rutinario.

Quienes me enviaron
no saben
que todo eso
aquí no sirve.

Lo que quieras hacer,
me sugieres,
lo tienes que observar
curiosamente.

¿Sabes
cómo es una oreja?
¿Labios?
¿Una mano?

¿O los ojos?
¿Cómo cambian
de paz en pregunta
en alegría?

¿Más aún, qué ves
si tú cambias
de paz en pregunta
en alegría?

Trabajas
papel o greda,
pero antes trabajas
aquí lo tuyo.

Sí,
trabajo
como si estuviese
solo.

Quisiese
que fuese distinto,
pero
es así.

No hay
con quien compartir,
de quien aprender,
a quien mostrar.

Dialogo
con lo difícil,
con lo no visto,
con lo nuevo.

Y de noche
suelto los lápices
cansados como yo
de tanto hablar.

Es
un flujo de vida
el arte,
un ir.

A cada persona
su propio arte,
agregas,
su propio ir.

Un mirar
hacia adelante,
sin saber
pero intuyendo.

Un expresar
hoy
- quizás inseguro -
lo posible.

Claro,
sin mucho tiempo
para perder
estacionado.

De riqueza en riqueza,
me dices,
según el corazón
haga su clima.

Estaciones, cambios,
semanas, días,
tiempos
llenos de noticia.

Aprehendes
la realidad cambiante
en tu corazón
también cambiante.

En medio,
siempre en medio,
que no pierdas
el equilibrio.

Dibujes o hagas -
cierras el ciclo
de un entero
sólo tuyo.

Me da risa pensar
en lo que dejé atrás
allá en la calle
afuera.

La liviana comodidad
saltando
entre apariencias
llamativas.

Tanta astucia
desplegada
para evitar
la realidad.

Aquí adentro
frente a esculturas
rebosantes
de sentido,

a dibujos
plenos
de creación
y fuerza.

Es mi vida,
me dijiste,
mi naturaleza,
así soy yo.

Paciente,
trabajador,
inmerso en algo
más grande.

Lo que hago
es como soy,
vivo o dibujo,
es igual.

O crece
dentro de mí
o con mis manos hago
fuera de mí.

Leal
a lo que soy,
a como soy,
eso es mi arte.

Entonces
crear
es ser más uno,
dijiste.

Admiramos
los bosques,
afuera,
los preciosos.

Pero aquí adentro
hay otros,
naturales
y grandiosos.

Hay que salirse
de en medio
para verlos
y conocerlos.

Bosques
llenos de vida,
de pájaros, sombras,
fieras y aromas.

Suspiraste,
creo que está en todo
- callaste -
en todo.

Con empeños
tapamos
bosque y realidad,
luz y sombra.

Como niños ebrios
corremos
hacia adelante,
sin ver.

Día a día
trato de despertar,
de abrirme,
de percibir.

Para que el lápiz
no engañe
y trace líneas
de verdad.

Mis maestros,
me contaste,
quitaban
de la roca.

Saca y muestra
la figura
que adentro se esconde,
decían.

Sé osado,
descubre la imagen,
tráela
a la luz del día.

Y yo creo eso,
quito de mí
lo que sobra,
lo que esconde.

A veces entonces
logro mostrar
lo que hay,
la figura real.

Casi con pudor
me contaste
de tus días
de soledad.

Que son grandes,
grandes como un mar
cuando estás parado
en la playa.

Grandes
como los aires
que van sobre
las olas.

Que la greda
está impregnada
de la soledad
de muchos días.

Que también
lápices y carbones
trazan su signo
junto a la línea.

Me contaste
de las estaciones del año
que cruzan tu intimidad
lentamente.

Otoños llenos de presagio,
dulzura mutando en viento,
el recogimiento en todo,
quieras o no.

Inviernos
eternamente blancos,
quizás aúllan lobos
en el alma.

Primaveras
de colores vivos,
felicidad porque sí,
alegría regalada.

Y los veranos
maduros, serenos,
sus frutos suficientes
llenos de contenido.

Te acostumbras
a la inquietud:
ya casi lo logras,
pero no - no aún.

Arte
es paciencia
hoy día
todos los días.

Quieres más,
quieres mejor,
no sabes bien,
pero no se da.

Es la escuela
del mármol,
del papel,
de tus manos.

Cruzas las horas
insatisfecho,
como con hambre,
trabajando.

Sí, dijiste,
trabajo también
en cosas
alejadas del arte.

Me da
perspectiva,
distancia,
una visión distinta.

Y me ayuda
en lo mío,
en mejor valorar
lo que es el arte.

Entro y salgo
según el día
indique
vía y sentido.

Así el trazo
serio y maduro
abarca más después
sobre el papel.

Mientras
me cuentas de tu vida
voy pensando
para mí.

Recorro mi pasado,
voy hacia mañana,
giro, vuelvo,
y sigo pensando.

Comparo
el mundo que habito
con el mundo
de tu arte.

Cuestiono y sigo,
abierto a tu relato
dejo que esto sea,
mañana quizás sé.

Te ofrezco un té -
agradeciendo
para mí
el estar aquí.

Otro día
quisiste mostrarme
la bodega
con la greda.

Había
yeso también,
cajones, trapos, palas,
una carretilla.

Estaba oscuro y húmedo.
Murmuraste algo
que no entendí.
Quizás qué fue.

Revisaste tus gredas,
masas grandes
tapadas
con trapos húmedos.

Dos piedras blancas
en el suelo
parecían esperar
con toda paciencia.

Nunca
muy lejos de mí:
esto es mi vida,
mi arte.

Es todo
lo que puedo decir,
me confías
resignado.

No tengo teorías,
no tengo palabras
que podrían ayudar
en tu trabajo.

Es lo que aprendí
en la infancia,
y más tarde
de maestros queridos.

Sentir
lo que madura
y llevarlo
a la greda.

Quizás de dónde viene,
me dijiste un día,
a veces siento
algo muy grande.

Armonía en el flujo -
o algo así,
energía espiritual,
concordancia natural.

Una entrega
devota y admirada
a fuerzas inmensas
que nos llevan.

Es como llegar a casa,
al lugar de origen,
donde todo está bien
y tú puedes entrar.

Algo muy animal,
cálido, sano,
y el mundo va abierto
infinitamente.

Soledad
es la verdad,
¿sabes?,
me preguntaste.

Actor y público
en el mismo corazón
según avanzan las horas,
los años.

Vertiente a veces,
mar en otras,
nube o río
en tu propia intimidad.

Y esto es arte:
agrandar lo uno
y agrandar lo otro,
creciendo.

Más profundo,
más honesto,
que se muestre
lo cierto.

Competimos,
me dices,
unos contra otros,
y no vemos.

Por al lado
de nosotros
pasa tranquila la vida
y nos pierde.

Año tras año
quieren los nuevos
ser héroes
inolvidables.

Se inflan
y caen
sin gloria
ni vida.

Árboles saben,
animales, aves,
luchan
por lo propio.

Es cierto,
me dices,
no ves más
que lo que puedes.

Como paredes
por delante
llevamos
las ideas.

Y el corazón
va aparte,
según logra,
palpitando.

En mi taller
desarmo las ideas
y trato de sentir
el pulso.

Entonces recién
pueden
mis manos
crear.

No te puedo ayudar,
aseguraste de nuevo,
no puedo meter palabras
donde hay admiración.

Sino
obediencia devota
de manos diligentes
en horas creativas.

¿Qué ideas tienes
cuando bailas?
¿Te sirven
para algo?

Esto es el arte,
parte de un baile
llamado crecer,
llamado ver.

Y eso son las gredas,
los muchos dibujos:
luz, gratitud,
el silencioso homenaje.

Arte
es devolver
al afuera
lo vivido.

Los espacios del sentir,
las experiencias maduradas,
flores de intuición,
frutos de dulzura,

ganancias y pérdidas,
la luz de la esperanza
en medio de tinieblas,
la devoción sin fin.

Esto es arte,
la gratitud en cada trazo,
en cada curva de la greda,
el sentido de las manos.

Que somos capaces,
que volviendo la mirada
sabemos qué es,
cuán bello es.

O te cuento
de mis herramientas,
de lápices, espátulas,
de gredas o papel.

Sus historias,
dónde y cuándo
las compré,
o alguien regaló.

¿Te sirve saber
del cariño
que a ellas
les tengo?

¿Qué podrías escribir
doctamente
para bien de qué,
para bien de quién?

Mira
cuán simples son,
cuán honestas,
así como las quiero.

Estuviste preocupado,
me parece,
y mi trabajo
no te hacía sentido.

Yo ya tampoco veía
cómo seguir postulando
algo de otro mundo
que aquí no calzaba.

¿Cómo me devuelvo,
me pregunté,
si tampoco esto cabe
en ese otro mundo?

Miraba las paredes,
la puerta hacia la bodega,
bajaba la mirada -
y tú me estudiabas.

Muy generoso
guardaste silencio -
y más tarde me ofreciste
una taza de té.

La historia
va de caudillo en caudillo,
me dijiste un día,
sangre sobre sangre.

Los buenos de alma
van por el lado,
los torturan y matan
los unos o los otros.

Los poderosos nada entienden,
pero ordenan
que el arte les decore
sus mundos repugnantes.

La gente prefiere
este estado de cosas,
temen ser autónomos
y vivir en plenitud.

Algunos tenemos suerte.
Vivimos enamorados,
cerca de nosotros,
percibiendo y creando.

De niño era alegre,
me contaste esta mañana,
juguetón, maldadoso,
y apenado a veces.

Me puse serio
mucho más tarde
al arremeter con mi alegría
contra engaños y daño.

Y esto está también
en lo que hago,
todo es más serio
que lo que quiero.

Pero de fondo
sigo siendo alegre,
el niño confiado y feliz
de siempre.

Los lápices lo saben,
espátula y carbón,
tiñen lo que hago
con luz y cariño.

Como mis maestros, dijiste,
camino de noche
alrededor de mis cosas
y aprendo.

Me invitaste a venir
muy tarde al taller,
a la luz de una vela
paseamos callados.

Acercaste la llama
a una sien,
a la caída del pelo
de una mujer,

a una espalda,
a labios cerrados,
a mejillas, a ojos,
a unas manos cruzadas.

En el silencio de la noche
se me abrió un mundo
de diligente cariño,
de significado y sentido.

Fue muy fuerte lo de anoche,
te dije,
quiero asimilar lo vivido,
pero me cuesta.

Sonreíste.
Lo hago para aprender,
y a mí también
me cuesta.

A cada uno lo suyo,
pensé para mí,
y te pedí repetir
la experiencia.

Sí, contestaste,
lo haremos más adelante.
Por ahora estoy ocupado
con lo que vi ayer.

Claro, entendí,
esto es parte del crecer,
el ver y el sentir,
la fuente de tu arte.

Me dejaste estar
mientras hacías una greda.
En la mesa, al lado,
había unos dibujos.

Mi nieta, me dijiste.
Trabajabas con soltura,
aplicabas más greda aquí,
quitabas allá.

En unos instantes
estaba la cabeza infantil,
el pelo suelto,
la pequeña nariz.

Va a sufrir, murmuraste,
es sensible y generosa,
va a soportar
más allá de sus límites.

Pero ahora corre, juega,
comparte y aprende.
Me gusta su voz, agregaste,
su voz es dulce.

Días más tarde
volviste al busto de tu nieta
y durante horas
trabajaste detalles.

Quise saber
lo que pensabas,
pero no te interrumpí,
concentrado como estabas.

Yéndonos del taller
me contaste
que meditas,
que eres uno tú y la greda.

Que gozas estos momentos
de íntima cercanía,
que no hay tiempo
sino la riqueza del vivir.

Un hacer feliz,
casi un descanso
entre tiempos bravos,
una bendición.

Mi taller es
como un templo de luz
en medio del bosque,
me dijiste.

Me muevo
de admiración en espiritualidad,
de asombro en gratitud,
todo el tiempo es regalado.

Mis manos se hacen
parte de la santidad,
trabajan sin empeño,
van libres y limpias.

Dejo que todo sea
según quiere ser,
y lo que se expresa
se alegra de ser.

A veces cuando despierto
a mitad de noche
quiero venir aquí
a mi templo-taller.

El taller
también me es escuela,
me contaste,
escuela de la vida.

Es difícil
no perderse allá afuera
en las cosas prácticas,
en el afán de ganar.

Hacen mal
las astucias y los triunfos,
impiden ver lo importante,
lo exquisitamente sagrado.

Aquí en el taller
aprendo a no perderme,
a ser eficaz en lo que hago,
a crear lo necesario.

A no ser desleal,
a centrarme mil veces,
a volver a la imagen
entera y bella.

Leales a la tierra,
ser leales a lo que somos,
cuánto nos cuesta,
me dijiste.

Como si fuese poco
o faltase algo,
vamos y tapamos todo
con artificios e ideas.

Unos pocos pillos
dominan a los muchos,
pero a los miles les gusta
ser dominados.

Maltratados y dominados.
No lo entiendo.
Hay tanto
que no entiendo.

Pero aquí en el taller
puedo intentarlo a diario,
este ser leal
a lo que me debo.

Al crear
te recorre un gusto
a limpio por el cuerpo
¿lo has sentido?

Sí, a veces, te respondo,
lo he sentido
al hacer cosas
que me son importantes.

Claro, sigues,
cuando algo importante
quiere expresarse
en el corazón liberado.

Cuando es parte
de nuestra biología
y crece y florece
y sale al mundo.

Algo humilde y serio,
válido en su inocencia,
que ahora va y se dice
a la luz del día.

Hace días te veo
muy serio, hablas poco,
quizás te molesta
mi presencia.

Esta tarde
no iré contigo,
inventaré una excusa
y saldré a pasear.

Has sido muy generoso
todo este tiempo,
me has hospedado
casi un mes ya.

Quizás deba
pensar en devolverme
a la ciudad,
al trabajo rutinario.

Me cuesta sólo pensarlo.
Caminando luego
pensaré qué hacer,
qué decidir.

¿Quieres que me vaya ya?
Suspiras, piensas, callas.
¿Y qué es de tu trabajo?,
me preguntas.

Viniste a algo
y yo te he defraudado,
te mostré que aquí
no hay lo que buscas.

Te puedes ir
cuando quieras,
sin apuro,
sin presión.

Es más, me acostumbré
a tu presencia aquí,
he gozado mostrándote
lo que me es caro.

Decide tú.
Pero me temo
que te debo eso
por lo cual viniste.

Acordamos
una semana más.
Seguiste serio y callado
los siguientes días.

Quizás qué
te tenía ocupado
en la intimidad
de tu arte.

Salí más a menudo
a caminar por el campo,
conocí lugares naturales,
simples y bellos.

Y en mí
descubrí esto distinto,
una sed de más,
un anhelo de algo

que no supe nombrar,
tal vez cambiar mi vida
y comprometerme,
ahora, mañana, no sé.

Ahora ando yo también
serio y callado.
Algo cambió dentro de mí
sin que yo me percate.

Tú lo sentiste,
me preguntaste
¿cómo te va?,
y escuchaste atento.

Me alegre,
dijiste con voz ronca,
cosas serias están pasando
dentro de ti.

Ansioso
miré esculturas, bocetos,
dibujos a lápiz, a carbón,
buscaba señales.

Y de noche
me he despertado
con mil imágenes
haciendo mil cambios.

Estoy preocupado,
me dijiste un día,
todo me sale fácil -
desde hace tiempo.

Y la vida
no siempre es fácil,
continuaste,
quizás me perdí.

Creo
que llegó el momento
de renovarme,
de iniciar algo.

¿Beneficencia? ¿Clases?
¿Un viaje largo?
¿Qué crees tú?
¿Estudiar?

Conversamos un rato,
pero no querías
respuestas mías.
Estabas inquieto.

Y yo con lo mío
no estoy menos inquieto.
Busco y no encuentro.
Imágenes giran.

Algo muy profundo
me tiene tomado,
me parece preguntar
¿y ahora qué?

A mi trabajo
vuelvo con manos vacías,
un mes para nada,
dirán.

Pero no importa.
Ya veré,
Es esto otro
lo importante.

Quién sabe.
La tarde
es bella y tranquila,
me da la bienvenida.

Me invitaste
a quedarme otros dos días,
querías conversar
y pasear conmigo otra vez

de escultura en escultura
en la penumbra,
viendo, sintiendo,
dejando que sea.

Yo también
quiero quedarme aún
y en un momento adecuado
darte las gracias.

Mi vida no es la misma,
menos mi trabajo,
y lo que sea en el futuro
te lo debo.

Amistad se hizo
entre los dos,
sé que en el futuro
nos volveremos a ver.

Hoy, como la otra vez,
nos paseamos callados
en torno a bustos,
caras, manos.

Acercaste la vela
aquí y allá
para ver detalles
con toda paz.

Algo en mí
iba abierto de par en par,
como resonancia
iba fuerte mi pulso.

Admiración, respeto,
cercanía, espiritualidad,
una mezcla de emociones
subía a mi conciencia.

Nos dimos mucho tiempo,
volvimos a esta y esa pieza,
mirando, sintiendo,
viendo íntimamente.

Almorzamos festivamente.
Reímos, conversamos,
gozamos la comida
y bebimos un té de hierbas.

Parco de palabras
como soy a veces
no dije mucho,
pero entendiste.

Tú también
diste gracias,
feliz a tu manera
de conocerme.

Sabíamos los dos
que esto era un inicio,
que volveríamos a vernos
en algún momento.

Con inmenso respeto
cerré afuera
la puertecilla del jardín
mientras tú mirabas.

II

Me sorprenden unos arbustos
ahora muy crecidos,
y los árboles están grandes,
hay más sombra.

Delante del ventanal
hay impatiens rojas y blancas
y violas en el borde,
se ve todo muy alegre.

Tu cara brilla
mientras sales a saludarme,
y yo no puedo creer
estar aquí de nuevo.

Me haces pasar,
deja ahí tus cosas,
después ordenamos,
toma asiento.

Miro alrededor,
herramientas, atril, cortinas,
la bella simpleza en todo,
y tú, apenas más viejo.

Sí, te cuento, una mujer
que tenía una escuela
me pidió que le ayude
y al año se fue.

Atendemos niños
que son especiales,
les enseñamos cosas
y hacemos que se expresen.

Juegan, aprenden, crecen,
maduran a su manera,
son generosos
y ríen mucho.

Las chicas, las profesoras,
son casi de otro mundo,
más que madres,
más que hermanas,

están ahí para ellos,
día a día esforzadas,
empujando el límite
mil veces de nuevo.

¿Y tú?
Callas
- como es tu costumbre -
y respondes de a poco.

He seguido haciendo
lo que siempre hago,
cuido, nutro, crezco,
maduro, expreso.

Con más calma
que antes,
más profundo tal vez.
más amante.

Soy feliz,
¿sabes?
voy agradeciendo
a toda hora.

Y lo difícil
siempre es más difícil,
ya casi te acostumbras,
lo invisible.

¿Estás tú a cargo
del jardín?
Sí, contestas,
yo lo cuido.

Los árboles
están grandes, te digo,
y hay arbustos
muy crecidos.

Me convidas a un asiento
bajo un álamo inmenso,
la brisa juega
con mil hojas sonoras.

Y hay conejos,
agregas amistoso,
salen a comer
en unas horas más.

Es un paraíso, pienso,
la luz entre las sombras,
la humedad, los aromas,
la paz llena de vida.

Me has mostrado
tus muchos dibujos,
tus esculturas,
como a un hermano,

como que todo esto
fuese mío
o yo supiese su origen
tan bien como tú.

Veo, percibo,
de a poco me transformo,
pero no sé nombrar
lo que me pasa.

A veces
me nace una palabra,
una idea,
pero no sirven.

De noche, al dormirme,
me siento más serio,
pero también más liviano,
sí, más gracioso.

He trabajado
hacia la luz,
hacia la infancia,
hacia lo nuevo.

La vida está llena
de todo lo posible,
como esperando
que lo hagamos.

Te sumerges
en un largo silencio,
quizás qué pasa
dentro de ti.

Repentinamente
te ríes fuerte
y me preguntas
¿me haces hablar?

Un té de hierbas
nos acompaña
durante una tarde
llena de amistad.

Hay de todo,
te cuento,
niños muy impedidos
y otros no tanto.

Pero en mis chicas
eso no importa,
se desafían
a crear puentes.

Y cuando los tienen
se largan:
juegan, educan,
pierden y ganan.

Y ellos también,
cómo negocian,
cómo estiran y doblan
y buscan la verdad.

Anocheciendo
todo parece un triunfo,
y años más tarde
algo es distinto.

Una niña
de ocho años
aprendió hace poco
a decir sí y no.

Asiente con la frente,
coqueta, casi sonríe,
y niega
haciendo un puchero.

Fue una fiesta
en la escuela,
todos celebramos
el precioso logro.

Pero para algunas
de mis chicas
es sólo un paso
en un largo camino.

Las admiro,
tan generosas como van,
las quiero proteger,
pero no me necesitan.

Me piden paz
para poder trabajar,
un sostén externo,
una estructura.

Todo lo otro
lo hacen solas,
como sabiendo
desde siempre.

Para todo
tienen una solución,
una sonrisa,
una paciencia.

Y en los niños
está la simpleza
con que cruzan
sus horas regaladas.

Crecen y son,
como árboles lentos
despliegan en el tiempo
sus dones queridos.

Nada
quiere la vida tanto
como ser amada,
murmuras feliz.

¿Has visto
que en el prado
aterrizan a veces
los queltehues?

He querido
aprender de ellos
lo que antes
seguro que supimos.

La cercanía
a todo lo importante,
a la realidad, a la comida,
a la familia y a los chicos.

La lealtad
a lo que nos es
- a toda hora -
la gran tarea.

De tanto poder
- uno sobre otro -
perdimos de vista
lo íntimo nuestro.

Vencimos
- los afortunados -
sobre frío, hambre
y fiera terrible.

Pero peligro
es ahora el vecino,
policía o vendedor,
sacerdote o doctor.

Y agregas, en el prado
de queltehes y conejos
hay un relato
que me gusta.

Aprendo
la lealtad última,
lo simple, lo reverente,
la realidad de fondo.

Años atrás,
te recordé,
querías renovarte,
viajar, estudiar.

¿Qué fue de todo eso?
¿Beneficencia, enseñanza?
Sí, dijiste, en esos años -
cómo pasa el tiempo.

Hice todo eso
y otras cosas más,
me enriquecí
con caras y paisajes,

con ideas extrañas
y gestos generosos
de alumnos o ancianos,
pero volví a lo mío.

¿Sabes?, me preguntaste,
hay cosas
que si no las hago
nadie las hará.

Aquí estoy
entre gredas, yesos
y espátulas discretas
haciendo mi parte.

Es la presión interna,
proseguiste,
la necesidad de decir
lo que madura.

Tú tienes la escuela
y ayudas a ayudar,
yo en mi taller
abro caminos del alma.

Aunque se te ocurra,
no puedes alejarte
más que días o semanas,
lo sabes, dices,

vuelves a la verdad
de tu vida,
obedeciendo,
como agua río abajo.

Estás fascinado
con una escultura
a punto
de terminar.

Es abstracta:
dos superficies
curvas y sinuosas girando
una en torno a la otra,

como dos amantes
bailando su sentido
y en las caderas
apenas unidos.

Pero tú quieres que siga,
que vea otras cosas,
que no está lista aún,
mira allá.

Y pienso para mí,
dentro de ti
no está lista -
dentro de ti.

Hiciste un gazapo
en piedra grisácea,
sus orejas largas
sobre los hombros.

Los veo a menudo,
me dices,
juegan, saltan,
se corretean.

O comen pasto,
avanzan un poco,
huelen, miran, escuchan,
siguen comiendo.

No temen
a los muchos pájaros
que vuelan o caminan aquí,
se confían.

Excepto
cuando ven tiuques
o escuchan perros,
entonces corren veloces.

Esta gente de las estepas
al sur de Rusia, me cuentas,
los proto-indoeuropeos,
fueron prácticos.

Y en nuestras lenguas
quedó lo mismo,
la visión práctica,
externa mil veces.

Pero la vida
es más que el afuera,
es encanto y devoción,
un entusiasmo enamorado.

Por eso me expreso
en papel o piedra
o en largos silencios,
el corazón primero.

Que ahora sea válida
más que la astucia
la visión completa,
reverente y agradecida.

Fueron unos maestros
en dividir, aislar, vencer,
me sigues contando,
en conquistar su fama eterna.

Mas la vida
va por otro lado
humilde y segura,
sin fama ni pretensión.

Y esto son mis gredas,
mis dibujos, mis piedras,
respuesta a toda la belleza
desplegada hoy aquí

en la luz del día
o de noche atenuada,
el desarrollo y la mutación,
la claridad y la fuerza,

mi respuesta intentada
con lápices obedientes,
con espátulas o cincel -
la respuesta comprometida.

Claro, pienso para mí,
es lo que hacen mis chicas,
el diario quehacer
mil veces reverente.

Te lo menciono.
Sonríes ancho
y pones la mano
sobre mi hombro.

No demoraste mucho,
dices,
el amor a la vida
diciendo su verdad.

Tomamos té verde
sentados en bancos
frente al amplio jardín
a ver el viento jugar

con ramas, copas,
con enredaderas colgantes,
a veces fuerte,
suave en otras.

Hemos construido
tanta seguridad
en todas partes
que ya no vemos.

Tememos
ser vulnerables,
pero la vida
está en lo incierto.

Son los gazapos
antes de escapar,
los huevos del queltehue
puestos en el prado,

los anhelos
apenas emergentes
a una conciencia
adormecida en rutinas,

lo liviano,
la creación preciosa
lentamente emergiendo
de una sombra.

Tenías ganas
de expresarte,
de comunicarme
tus cosas.

Como restitución
después de años
de soledad, de silencio
y de trabajo devoto.

Con entusiasmo
compartías tus ideas,
tu experiencia
de artista.

¿Sabes?, me dijiste,
la verdad
está en lo vulnerable
y sólo ahí.

En lo que nace,
en lo que se desarrolla
sin saber
si lo logrará.

En algún momento
mencioné la generosidad
y asentiste feliz,
más entusiasta aún.

Claro, dijiste,
y la confianza,
nacen de sus contrarios,
de penurias y angustias.

En realidad
esto es arte y nada más:
el dar a luz
desde lo oscuro.

Es haber vencido
la contracorriente
y contar ahora
del camino.

Es cantar
admirado y agradecido
mil veces de nuevo
el poder hacerlo.

Lo dijo un músico:
belleza es la verdad,
y eso es arte, claro,
la belleza de la verdad.

Dibujar
la ingenuidad,
una curva de entusiasmo,
un sollozo de pena.

Decir aire
en un mármol,
o baile
o esperanza.

En vez de ir
inventando mejoras
como que algo aquí
estuviese mal.

Sino este ser leales
a esto que somos,
a esto que nos posibilita
y nos refuerza.

Ir enamorados
por la vida
viendo y escuchando
toda la noticia.

Ir recogiendo
las experiencias
de esfuerzos
en la incertidumbre.

Ir copiando
las gracias del viento
o las de sonrisas
en caras buenas.

Ir diciendo
las mil maneras
de vivir derecho
hacia la luz del ahora.

Ir compartiendo,
amigo,
compartiendo
hora y sentido.

Van al universo
o al espacio subatómico
- los curiosos -
y vuelven convertidos.

A semejanza
de fórmulas ingeniosas
crean oraciones
subidas y abstractas.

Pero no saben,
los pobres,
que rezar
es en el alma.

Que la oración
se hace a diario,
en el corazón, con las manos,
la vida entera.

Que la verdad
es sin lenguaje,
y mide la altura
de tu porte.

Un día
estabas sentado
debajo del álamo
con ojos cerrados.

Al acercarme
me dijiste: escucha,
se están diciendo
muchas cosas.

Tres o cuatro grupos
de pájaros distintos
tenían un concierto
de opiniones.

¿Establecían jerarquía?
¿Anhelaban atraer?
¿Señalaban?
¿Jugaban?

Como niños,
dijiste en casa,
son tan ingenuos,
tan naturales.

El álamo
está rodeado
de otros árboles
y hay mucha sombra.

Es casi
un pequeño bosque,
sentarse en la banca
es una delicia.

Claro,
están los pájaros,
hay humedad
y brisas suaves.

Un lugar
que visitan
los conejos
a horas seguras.

Quizás cuántas
esculturas y dibujos
tienen su concepción
aquí.

Y te lo pregunté.
Quizás, me dijiste,
no lo sé,
pero sí, quizás.

Sí sé
que cuando entro
al taller
voy inseguro.

Tomo
cincel o lápiz
y a veces no sé
si quiero hacer algo.

Tiento,
casi juego,
y abandono
o comienzo.

¿Qué lugar
tiene el entusiasmo?
¿La presión
por decir algo?

El esfuerzo en lo fácil,
me dijiste,
o al revés,
lo fácil del esfuerzo.

Deben ir juntos
o pierdes la gracia,
mira la naturaleza,
está en todo.

Lo serio y lo bello,
devoción y luz,
rigor y amplitud,
cariño y libertad.

En la presión
con que sujetas
el cincel
y el martillo.

En el corazón -
jugando
la seria belleza
del vivir.

Te comparé
de nuevo
con mis chicas
en la escuela.

¡Cómo hacen
lo difícil
con manos ligeras
y todo sonrisas!

Incluso
cuando se rinden
ante la frustración
y lloran:

nada es terrible
o que caiga el cielo
sobre el mundo
en señal de fin.

(Un niño
gatea donde ella
como si nada
y la abraza.)

Los queltehues
que aterrizan en el prado
pertenecen
a una misma familia,

desde años
vuelven y vuelven
y ponen sus huevos
en distintos lugares.

Las hembras, me cuentas,
están enfermas,
retraen el pie izquierdo
y cojean,

de madre en hija
y después en nieta
siempre lo mismo,
las pobres.

Pero no les falta
dignidad
al caminar o volar
o al cuidar su nido.

Y tú mismo,
siento,
pareces un pájaro
así como vives.

Comes semillas
todo el día,
vives en paz
y te cuidas de la gente.

Eres un pájaro
serio y solitario
con mirada profunda
que sabe lo que quiere.

Vuelas
sobre lo nuestro
viendo lo que a nosotros
nos cuesta ver.

¿Habrán pájaros
tan artistas
como tú
allá en el aire?

Somos distintos,
pájaros y hombres,
te digo,
y tú sonríes.

Claro,
me ofreces un té,
distintos -
y tan iguales.

Leyes grandiosas
rigen nuestras vidas,
nacimiento, juventud,
adulterio y muerte.

Queremos y cuidamos
nuestra descendencia,
nos gusta verla
crecer y prosperar.

Y el lugar
donde todo esto ocurre
nos es caro
y cordialmente único.

Sí, el arte,
me confieres,
el arte es algo
tan humano.

Quizás - ¿qué sabemos
cuando los queltehes lanzan
un grito enorme
a través de la tarde?

Tal vez expresan
algo tan inútil
como cualquiera
de estas esculturas,

gritan la necesidad
de decir lo propio,
lo íntimo, lo cierto,
la verdad de sí.

Lo que adentro
maduró finalmente
y ahora sale
al cielo vespertino.

Me cuesta seguirte
a veces,
aunque sé que sí,
que tienes razón,

pero mi corazón
va lento,
se tropieza
en tonteras.

Me cuesta botar
las mil ideas
que me enseñaron
de niño.

Creo que debiera
tener un álamo
y mucha sombra
en mi propia casa,

y tiempo para ver,
para reconquistar
lo que fue mío una vez
antes de todo.

Mis chicas no piensan,
te cuento,
no necesitan
darle tantas vueltas

a lo que es obvio
en sus corazones
generosos y alegres
día a día.

Van, ven y ayudan.
Mil acciones
que no son noticia
para Roma.

A cada niño
su espacio de validez,
apoyos e incentivos,
recepción y luz.

Quizás son pájaros
ellas también -
volando y cuidando
a los débiles.

Suspiras enamorado
de mis chicas preciosas,
viejo bueno,
suspiras y callas.

Claro, me dices,
tus chicas son útiles,
pero de mis cosas
¿cuál lo es?

Muestras un camino,
te contesto,
eres osado con lo tuyo,
con lo íntimo, con la paz.

Lo haces más fácil
para nosotros,
encontramos antes
nuestras fuentes.

Ya, me dices,
pero me gusta
lo que cuentas
de tus chicas.

Estamos parados
frente al Caballo Negro.
Lo tomas
y me lo pasas.

Es muy pesado
a pesar del porte,
se sostiene
majestuosamente.

Lo devuelvo
a su pedestal
y lo admiro
sin palabras.

Sus piernas largas,
el cuerpo atleta,
su cola sensual,
la cabeza chica.

Me pregunto
qué habrá pasado
por tus manos
cuando lo hiciste.

Y vuelvo
a contemplar
una vez más
el Amanecer.

Tiene algo espiritual
que ninguna foto
podría expresar
como este carbón.

Cordillera, luz,
vahos en el valle,
todo está
lleno de comienzo.

El amor, el cultivo,
aromas y rocío,
aire en los pulmones,
sorpresa y devoción.

No me canso
de mirar, de sentir,
de saber en el alma
esta luz temprana.

Cada vez
que hablamos
de la gente
te da risa.

Es una tontera
sobre otra, dices,
poder sin piedad,
aplausos, credulidad.

Espacios de vida
angostos y tensos,
la rueda de ratas
para enfermar y morir.

La plutocracia
interpuesta
entre la naturaleza
y la intimidad.

Ríes,
pero sé que adentro
sufres
al ver todo esto.

Un día te pregunté
qué música
te gustaba más,
qué músicos querías.

Beethoven
dijiste de inmediato,
yang y yin
en cada frase.

Händel agregaste,
fuerte y alegre,
pero también Mozart,
Schubert, Chopin.

Y Brahms
tiene sufrimientos bellos.
Pero a veces
escucho otras cosas.

Me gusta descubrir
la devoción
frente a las leyes
que nos rigen.

Hay músicos
que decoran,
sonríes,
me cuesta tolerarlos.

Hay otros
que intentan lo serio
pero no pueden,
no han sabido sufrir.

Pero a veces lo logra
una mujer, un chico,
humildes y limpios
dicen una verdad.

Es más que la música,
agregas tranquilo,
es lo que cuenta
de nuestro ser,

eso me gusta,
oírlo una vez más
y saberlo
en el fondo de mí.

En la escuela
- te cuento -
hay música
a distintas horas.

Los niños
juegan y escuchan,
les gusta Mozart,
callan y perciben.

También tenemos
canciones infantiles,
y cosas contagiosas
llenas de ritmo.

Un día escuchábamos
algo de Schubert
y a un niño
se le mojaron los ojos.

Le pregunté
si tenía pena,
no, me contestó,
me gusta eso.

La tierra
está llena de noticia,
me dices un día,
está repleta.

Basta mirar
en dirección a ella,
hacia bosque,
lluvia o sol.

Está tan llena
de vida, de fuerza,
de la belleza
de todo inicio,

que me da vergüenza
ser un escultor
y estar creando
a su lado.

Quizás
eres parte de ella,
te digo,
haciendo lo que haces.

Has guardado silencio
por hartó tiempo,
y ahora intentas
decirme algo.

No es
lo que hacemos
lo importante,
lo bello, lo logrado,

sino eso otro
que a nosotros
permite el hacerlo,
trazo o relieve,

el origen escondido
de nuestras acciones,
de proyectos y anhelos,
eso es lo grandioso -

¿no crees?, me dices
mirándome a los ojos,
¿no es esto otro
lo fantástico?

¿Quién no ha tenido
la vista sostenida
sobre la ciudad,
como Gordon y Dudorov,

la esperanza en el corazón
después de sufrir años
la maldad del prójimo?,
te digo,

¿quién no ha vivido
la lenta vuelta?
Y ahora de nuevo,
¿no habrá esperanza?,

¿un fin
a poder y engaño?
Suspiras y callas.
Te levantas, vas, vuelves.

No sé responderte, dices,
pero mientras tengamos
escuela o taller
hacemos realidad.

Veo tus cosas
delicadas, ligeras,
nacidas de un trasfondo
de fuerza y seriedad.

Me sorprendo
sabiéndolas rodeadas afuera
de un mundo enajenado
y cruelmente plano.

Mujeres, hombres,
caras, manos,
gestos humanos
blandos y cercanos.

A nada
parece faltar algo
en tiempos
en que a todos algo falta.

Tus cosas
están a salvo aquí
en el silencio bendito
que les rodea.

Un niño y un perro,
acostados en el suelo
duermen
uno junto al otro.

¿Qué habrá de ti
en la imagen inocente?
¿O a mí,
qué me atrae?

Tal vez quisiste
mostrar la cercanía
que rehuimos
al ser adultos.

Quizás muestras
hacia un futuro
que con corazón incierto
yo no sé ver.

¿Animal y hombre?
¿Juntos?
Me miras
y sonríes.

Estuvimos sentados
en la banca
bajo árboles,
luces y sombras,

la brisa jugando
con hojas y ramas,
pájaros yendo, viniendo,
la riqueza desplegada

en momentos
de claridad y paz,
la vida expresándose
como juego jovial.

Te miré de reojo
a ver si querías conversar,
pero con ojos cerrados
estabas inmerso en ti.

Cuando volvimos
más tarde al taller
tomamos un té
en silencio.

Nos paseamos
en la oscuridad
por entre
tus muchas cosas.

Llevabas la vela
a un mentón,
a una espalda,
a una cara.

Estudiaste detenidamente
unas manos de niño,
más tarde
las cejas de una mujer.

Yo quise ver
el Caballo Negro,
lo contemplé largamente
y no podía dejarlo.

Y las superficies-pareja
me impresionaron de nuevo,
pero ya querías ver
unos yesos iniciados.

Al otro día
me contaste de los yesos,
querías hacer unos músicos
en bronce.

Lo estoy estudiando,
me dijiste, es difícil,
la música
es puro aire.

Y eso quiero mostrar:
aire lleno de música
y nada que tocar
con nuestras manos.

Algo
erecto hacia el cielo,
transparente y sagrado,
cierto y bello.

Y en la base
unos músicos emotivos
expresando
la verdad del corazón.

Quiero devolver
lo recibido,
me dijiste,
la experiencia auditiva.

Un homenaje
a mi amigo Beethoven,
claro, a Mozart,
y a tantos otros.

Un homenaje
a su osadía, a su entereza,
a la gracia inagotable
de sus almas generosas.

A ver si me resulta
así como lo intuyo,
así como quiero decir
este mundo lleno.

Bronce y aire,
este mi lenguaje,
y expresar
mi admiración.

Un día me dijiste:
quiero conocer
tu escuela,
a los niños, a tus chicas.

¿Hay niños
que puedan
jugar con greda,
usar lápices?

Sí, respondí,
unos pocos hay.
Quiero verlos, agregaste,
y estar con ellos.

Conocerás a mis chicas,
te sonreí.
Estoy enamorado
antes de conocerlas.

Pero voy
por los niños,
quiero contribuir,
dijiste.

Acordamos fecha
para tu visita
y nos alegramos
en adelantado.

Entonces te pedí
la carpeta con dibujos
de bosques, valles,
colinas, agua.

Pasé la mañana
viendo y pensando,
anhelando estos paisajes
para mis niños.

Saberlos sentados
en el aire fresco,
aromático, limpio,
¿qué les pasaría?

Cuando supiste
me dijiste
que los llevaríamos -
de todas maneras.

Esa noche
dormí muy bien,
soñé
con niños felices

mirando los árboles
con ojos grandes,
las cejas
altas y limpias.

Tú estabas hacendoso
con el desayuno,
algo pasaba
en tu intimidad.

¿Habrás soñado
con los niños?,
¿con las chicas?
¿Qué será?

Por ahí murmuraste
casi molesto
que habías soñado
con mi escuela.

Un muchacho
hincado y desnudo
besa el bajovientre
de su amada.

La Oración.
Los brazos envuelven
las nalgas
de la muchacha.

El mármol
parece agregar
su luz semitransparente
a la imagen sagrada.

Afuera en el jardín
la mañana luminosa
me atrae
a rocío y aromas.

Pero me devuelvo
al taller,
a ver una vez más
la oración bendita.

Da la impresión
que no quisiste
terminar esta pieza,
y así quedó.

Abajo hay herramientas,
cincel, martillo, trapo,
detrás una superficie
se va hacia arriba.

A la derecha
un trozo de piedra
ha sido preparado
para comenzar ahora.

El Arte,
el momento íntimo,
silencioso, solitario,
lleno de vida y fuerza.

Más tarde quizás
comiste o bebiste algo
o saliste afuera
a respirar profundo.

Me paseo
entre tus muchas figuras,
La Fuente, El Anciano,
El Estudioso, El Agua.

Hay
gredas, maderas,
mucho mármol,
algunos bronce.

La Joven, El Toro,
El Hermano, Las Dos Madres,
temas de tu vida
en estantes y mesas.

El sol de la tarde
las tiñe de amarillo,
paz y armonía
las envuelve en silencio.

En todas reconozco
tu carácter riguroso,
cariñoso, convencido,
tu asertiva simpleza.

Bajo el alto álamo
hemos conversado
de mi próxima vuelta
a trabajo y casa.

Te estoy agradecido
como ya no se puede decir -
te espero pronto
en mi escuela.

Quiero devolver
aunque sea sólo parte
de lo recibido aquí
en tu luminoso taller.

En tu cara expectante
leo que quieres
jugar con niños y
conocer a las chicas.

Como un niño
vas al futuro,
a enriquecerte de él
o tú a enriquecerlo.

Tal como años atrás
comimos, reímos
y festejamos la hora feliz
en amistad y aprecio.

Junté mis cosas
y guardé tu regalo,
el Caballo Negro,
en medio de todo.

Yo te había traído
las últimas sonatas
de tu amigo Beethoven
con el querido Arrau.

Sonreíste sorprendido,
y con ojos brillantes
nos deseamos
bienaventuranza.

Otra vez,
con inmenso respeto
cerré afuera
la puertecilla del jardín.

Las Cartas

He puesto la caja
con cuidado y cariño
sobre mi escritorio -
hace mucho tiempo
que quería hacer esto:
leer de nuevo
todo esto que escribimos
años atrás.
No me había parecido
el momento adecuado,
faltaba la paz,
la intimidad,
la luz tranquila,
en fin,
cosas del corazón
congruentes con la lectura
de nuestras cartas
allá en ese tiempo
de tanta amistad y cercanía.

Miro la caja
y me sorprende
de su bello barniz,
de la terminación fina,
de su cierre justo,
del contenido
que sé que guarda
a través de los años.
Respetuosamente
la abro.

Ahí están
- con algunas omisiones -
ordenadas por fecha
las hojas queridas,
casi como esperando
que alguien las saque
y las exponga
a la luz del día.

*Los días donde ti
fueron importantes para mí,
llevo imágenes de los niños
en mi alma,
sus sonrisas cuidadosas
intentando comprender
o a veces
abiertas y contagiosas
diciendo alegría
limpia y convencidamente,
sus manos suaves,
sus lentos intentos
quizás aprendiendo algo,
el tiempo
yendo calmado
por sus corazones.*

*Y tus chicas,
claro,
más maravillosas
que lo que me dijiste
aquí en el taller,
sus acciones generosas
en medio
de paciencia y claridad,
de nuevo y de nuevo,
intuyendo ya el cambio,
la respuesta esperada -
lindas en su hacer
mil veces.*

*Gracias de nuevo
por tu hospitalidad,
tus muchas atenciones*

*y la música
que ubicaste para mí.*

*El viaje de vuelta
fue hermoso,
más sobre esto
en otra ocasión.*

Saludos cordiales.

Las chicas te recuerdan
con respeto y admiración,
las conquistaste el primer día
al jugar con los niños,
todavía ríen
recordándote en el piso
uno más entre varios,
como que siempre
hubieses estado aquí,
tan natural y jovial
que te mostraste con todos,
quizás
suspiran a mis espaldas
al recordarte,
pero sí miran a la cara
al preguntar
si algún día
vas a volver a vernos.
Fue un privilegio
mostrarte la escuela,
a nuestros niños especiales,
a las chicas dedicadas
a sacarlos adelante,
el jardín,
los juguetes,
la piscina de ejercicios -
y ver en tu cara
comprensión y sintonía.
Quizás soy yo
el agradecido,
pues parece que la escuela
es distinta
después que pasaste
por aquí. Saludos.

*El otoño
me deprime.
Nada malo en esto,
al contrario,
es una fuerza distinta
que he aprendido a querer.
La creciente oscuridad
me lleva a retraerme,
a apreciar otras cosas
que no calzan
con el esplendor del verano.*

*Me sobreviene
una profundidad del alma,
una resonancia aumentada
a todo cuanto ocurre
adentro y afuera,
una lentitud majestuosa
que va abriendo
espacios de reverencia.*

*Casi hipnotizado,
casi sonámbulo,
cruzo los espacios,
sólo obedezco.*

*Todo es grande,
espiritual,
incluso mis propias cosas,
las esculturas, los dibujos,
me parecen más serios,
como llenos de vida.*

*El sentido de ser
me lleva
a través de las horas,
me hace hermano
de cuanto me rodea.*

*Los lápices, las piedras
me invitan a trabajar
en el silencio grande,
que diga lo no dicho,
que muestre lo nuevo,
sin prisa, sin maña,
y se sepa muy bien
cuánto pesa el pulso
en la sangre.*

Tu exposición itinerante
está de paso aquí
la semana entera.
Fui con dos amigos,
pero me encontré también
con dos chicas
de nuestra escuela.
Vi gente
caminando lentamente
y con ojos grandes,
tal como nosotros,
sin mucho hablar,
respetuosamente
ingresando al alma
tanta cosa
seria y bella.

Me impresionaron
Los Amantes,
El Anciano,
La Madre -
y de tus dibujos
no me podía ir,
hay unos paisajes
que quitan el aire,
tan solemnes y tranquilos
que los trazaste,
una vida en ellos
como para siempre.

Afuera había gente
que no se iba,
conversaban sin alarde,
y nosotros tampoco

nos íbamos,
queríamos compartir
y hablar de ti.

Una de las chicas
se acercó a mí
y me dijo
todo lo que te quería.

Camino a casa
te fui agradeciendo.

*En tu carta mencionas
La Madre.
Sí, eso fue muchos años atrás,
en las afueras aquí,
entre gente muy pobre.
Viene esta mujer
a saludarme,
a estrechar la mano,
se alegra de verme
y me pregunta cosas.
Yo le pregunto
también a ella,
me cuenta de su pareja,
de los niños,
y que estuvo en el norte
más de un año.
Una niña la llama,
finalmente trae un bebé
entre sus brazos
que apenas sabe sostener.
La mujer se da vuelta
y toma en brazos
a su hijo.
Esa es la figura,
Rosita y su bebé.
Barro y frío alrededor.
Pero ella está orgullosa,
me mira feliz a la cara,
quiere compartir
su serena alegría.

De vuelta en el taller
me arrepentí
no haberla abrazado*

*a ella con su hijo,
a ella
en medio de la vida,
a ella
la madre de luz.*

Hoy cierran.
Fui cada día,
no podía ver suficiente,
al otro día
estaba de nuevo
viendo y percibiendo,
abriendo el alma,
aprendiendo a ser,
transformando mi mundo
hacia más
y hacia más profundo,
un camino ancho
que me ha dejado
muy serio y callado.

Te vuelvo a expresar
mi admiración
por tus dibujos,
esos trazos rápidos
llenos de vida y experiencia
como si nada,
gracia y elegancia
a la pasada,
los encuentro geniales,
livianos,
pero igual
cargando esto pesado
que hay a veces
en nuestra intimidad,
contrastes preciosos
con que alimento
mi visión de mundo.

Gracias,

gracias,
gracias.

Fue una semana
preciosa.

Qué bueno saber
que te gustan mis dibujos,
a mí me pasa
algo parecido con ellos.
No quiero ser infiel
a mis esculturas,
pero los dibujos,
claro,
tienen eso liviano
que tú mencionas,
que me gusta a mí también,
algo involuntario
que sale así
y está ahí,
repentinamente,
con toda inocencia.

Entre mis maestros,
uno, Rembrandt,
sabía hacer esto
con gracia inigualable,
el viejo bueno,
como jugando.
Tantas décadas
que llevo en su huella,
algo va quedando
de tanto aprender.

Porque poner empeño
no cuesta mucho,
lo saben ya los niños.
Pero ir soltando,
dejando que sea,
nos asusta,

*queremos conducir,
controlar a cada paso,
nos cuesta confiar.*

*Lápiz y pincel
agradecen la libertad,
te lo devuelven
en expresión y gracia.*

Las chicas aquí
son muy ingeniosas:
siempre hay problemas
con algún padre
o una madre,
vienen a reclamar,
a descargar
sus muchas frustraciones,
a culpar,
a demandar,
y no escuchan,
no quieren entender
lo que se les dice,
pueden ser
una gran pesadilla
y distraen de las tareas
que hay que hacer igual.
Las chicas inventaron
técnicas diversas:
la encargada del niño
ese día
no vino a trabajar,
o salió a una reunión,
¿quiere un té, un café?
vamos a anotar,
dígame qué día,
las circunstancias, claro,
déme más detalles,
¿qué sugiere?,
sí, lo anoto,
esto hay que verlo - .
Descubrieron lo obvio,
que da lo mismo qué sea,
todo termina en lo mismo:

se van llorando
de rabia o de pena -
hasta la próxima vez.

Entonces las chicas
vuelven a trabajar
en lo que realmente
les importa.

*Me hiziste reir
con tu última carta,
con tus chicas ingeniosas.
La gente anda loca -
van chocando
con piedra tras piedra
y no se les ocurre
mirar
y levantar los pies.
Hace mucho tiempo
que dejé de vender
a cualquier desconocido
y exponerme
a reclamos diversos,
o peor,
a una demanda
por esto o aquello.
¿Te imaginas
cuán presa
estaría la naturaleza
si estos astutos
pudiesen demandarla?
Pero los malos,
los realmente malos,
andan sueltos
gobernando,
espiando, mintiendo,
extorsionando, guerreando -
la cadena de la historia.*

*Queltehues y conejos
- como tus chicas -
viven de una manera
que me gusta.*

Las chicas
me amenazaron
con una huelga general:
exigen que les hagas
una escultura-homenaje
al niño esforzado,
al niño
que quiere tragar bien,
que logra sentarse,
que toma en sus manos
cuchara o pelota.

Sus caras sonrientes
parecían pancartas,
pensé que cantarían himnos
o se encadenarían
a cunas o mesas
en demanda
de sus derechos
de petición y sentido.
Situación
que te comunico,
a ver si me ayudas
a evitar la huelga.

Quieren
ubicarla a la entrada,
sobre un pedestal
que represente el suelo,
con iluminación superior,
hecha en madera
- muy clara -
y de porte real.

Quieren además
tenerte aquí
en la fiesta de recepción.

¿Me ayudas?

*Adoro a tus chicas.
¿cómo
no se me ocurrió a mí?*

*No dormí casi,
imágenes giraban,
sonrisas brillaban,
manos de niños
avanzaban
para alcanzar
pelota o cuchara,
escogía maderas,
qué noche tuve, amigo,
buscando cómo evitar
esta huelga...*

*Te pido
que negocies
tiempo suficiente,
no sé trabajar
con apuro,
pero tendrás
lo que quieres
cuando esté listo,
dame unos meses
por favor.*

*Y más tarde,
en otros tantos meses,
será la contra-parte:
una escultura-homenaje
a las chicas esforzadas,
generosas, alegres.
No necesitas*

*decir nada, desde luego,
será sorpresa,
¿te parece?*

*Y la ubicas
en la misma sala,
pero a cierta distancia,
¿ya?*

Gracias.
Así se hará.

Las chicas
andan contentas,
parecen no creer
que todo les resultó
tan fácil.

Porque
están acostumbradas
a que pedir algo
a los padres
es golpear una muralla,
algo
para sus propios hijos,
un cambio de conducta,
una comprensión,
un apoyo desde casa
los fines de semana -
aunque hay excepciones,
afortunadamente.

Me da por recordar
el álamo,
quizás te vas a sentar
entre los árboles
a meditar
sobre lo que harás
para las chicas,
un niño sentándose,
o estirando la mano,
quién sabe lo que harás,
lo que irá por tu mente -

bajo ese álamo
que aprendí a querer
en ese lugar húmedo
y lleno de vida.

*Estuve muchos días
en un gran silencio,
incluso ahora me siento
parco y retraído,
pero no te quedarás
sin noticias mías.
Todo está bien,
salud, ánimo.*

*Del Niño
te contaré más adelante,
ahora
no puedo, no quiero,
son así las cosas
en el alma
cuando algo madura,
parece que uno no fuese
el dueño de todo
cuanto pasa ahí adentro
sino más bien
un extraño indeseado.*

*Pero confío
en que algún día
volveré a ser yo,
volveré a trabajar,
volveré a expresar
lo que al fin está listo,
aunque se muestre vulnerable,
inseguro, tímido.*

*He tenido
gran placer de nuevo
en las sonatas de Mozart,
tan limpio todo,
tan inocente.*

*¿Cuánta soledad
habrá encarado
día a día,
mes a mes?*

*El triste, el alegre,
el genuino
todas las horas.*

¡Qué bueno saber
de ti de nuevo,
de tu salud,
de tu ánimo!
Y del modo
como proteges,
como ayudas a madurar
lo que adentro
se toma su tiempo,
su propio tiempo,
y es -
claro, a su manera.

Mozart:
hay doctorados
en cada compás
de sonata o sinfonía,
pero ¿hay alguno
que dé cuenta
de sus sentimientos,
de sus renunciaciones,
de sus alegrías inmensas,
de ternura o frustración?
Creo
que una cosa
es conocimiento,
la otra es sabiduría,
es empatía,
es afinación del corazón,
y que los famosos
arrastran sus conocimientos
de sala en sala
y saben poco
de lo que hacen,

¿no te parece?

Las chicas bien,
los niños bien,
todo bien.

*Pasan las semanas
y algo madura
- invisible -
en este maldito silencio
que sé que debo seguir
cuidando y amando
día a día.*

*Voy
casi como sonámbulo
cruzando las horas,
las ganas en la sangre
pero la satisfacción
eludiendo mis pasos.*

*Salgo a caminar,
leo cosas nuevas,
paseo
por ámbitos del corazón,
infancia, adultez,
maestros queridos
hace tiempo ya idos,
me entretengo observando
queltehues o conejos,
en la noche
nubes y estrellas -
y nada del Niño.*

*Debiese ser ecuánime
con este proceso
tantas veces experimentado,
pero no,
aquí estoy
como joven inexperto*

*encarando
dificultad y paciencia
otra vez
sin paz de alma.*

*El Niño
está ya casi listo,
la próxima semana
lo tendrás.
Quince días preciosos.
Trabajo, goce,
fluir, meditación,
ojalá toda la existencia
fuese así.*

*Salí hoy
de mi encierro
a respirar
el aire de la tarde,
a ver árboles,
la luz del cielo,
a agradecer
momentos inolvidables
junto a un Niño
que quiere
y finalmente puede,
Niño
volcado hacia adelante
estirando su brazo,
de cejas altas
y boca entreabierta,
el vulnerable,
el precioso,
diciendo lo he logrado
a su conciencia sorprendida.*

*¡Qué buena idea
esta la de tus chicas!
¡Cuán agradecido les estoy!*

*Faltan detalles,
cosas menores,
y sale a tu escuela.*

Traté
de esconder la llegada,
pero las chicas
me sorprendieron,
pensé que ya se habían ido
pero quedaban varias.
Me ayudaron
a desembalar,
a limpiar y a preparar
la sala de la entrada.

Más se enamoraron de ti,
te quieren, te adoran,
les encantó la escultura,
quieren que sea sábado,
que se inicie la ceremonia,
que se descubra
entre luces y aplausos
el Niño
que les hiciste.

De noche,
ya solo,
he caminado
en torno a tu figura
admirando su carácter,
su íntima humanidad,
la luz clara del mañío,
la mano alzada,
la frente despierta,
he dado vueltas
descubriendo detalles
en espalda, cuello,
en la rodilla flectada,

en el torso inclinado,
he ido
cada vez más silencioso,
más sobrecogido.

¡Cómo agradecer
lo que has hecho!

*Sabes
que no soy de fiestas,
pero lo que organizaste
fue realmente grato.
Esa madre frustrada
que lloró
y se reencontró
con su hijo.*

*Padres
con ojos brillantes
y de pocas palabras.
Las chicas alegres
ahora conmovidas,
sintiendo el peso
de su labor maravillosa.
Sus muchas muestras
de afecto y cariño.
Sí, lograste
un clima acorde,
fue para mí
una reunión inolvidable.*

*Algún día,
sin apuro,
volcaré la mirada
hacia el futuro,
hacia la escultura
de la Educadora generosa
que comparte un lugar
con el Niño
en esa sala luminosa.*

*Te agradezco
una vez más*

*abrirme puertas
a tus niños especiales,
a chicas, ideas,
escuela y fiesta.*

*Estos meses
sin noticias mías
han sido no obstante
de mucha riqueza
para mi trabajo:
otoño e invierno
se unieron en sus efectos
para ofrecerme
amplitud y profundidad
a mi percepción.*

*He jugado
con lápices, con carbón,
con pigmentos y agua,
he buscado
cómo expresar
sensualidad de alma,
cómo decir
la riqueza
que se deja
visitar y admirar,
he girado la greda
evaluando
concavidad y volumen,
he tratado de decir
todo esto
en maderas dóciles,
han sido días
de osadía y pujanza
hacia lo nuevo:
a ver si soy capaz
y me resulta devolver
la experiencia intensa
de estos días
cortos y oscuros.*

*No me he olvidado
de mi promesa,
amigo,
pienso a diario
en cómo la he de realizar.
Creo que durante
la primavera próxima
habrá noticias.
Sé que escogeré
una madera oscura
y cuan noble pueda ser.
Sé que quiero ver
en la cara
la expresión práctica
de generosidad y paciencia.
Sé que quiero ver
la sonrisa alegre
de una buena hermana.
Sé que no me quiero quedar
- ojalá -
ninguna medida
por debajo de lo que vi
en las chicas
de tu escuela.*

*Pero no puedo
hablar de tiempo,
de fecha alguna,
me conoces.
Así que paciencia,
y silencio
frente a las chicas,
de veras
las quiero sorprender,*

*devolver tanta simpatía
que saben dar
a su alrededor.*

La primavera
está ya aquí
plena de luz y calor.
Tendremos noticias tuyas,
supongo,
muy luego ¿o no?
Como sea,
recibe este saludo
desde una escuela
feliz y radiante:
por la primavera,
desde luego,
y por la solución
de un amargo conflicto
que tuvimos por meses
con una de las chicas
que nunca se supo integrar
al mundo generoso y alegre
de sus compañeras.
Los niños
están más activos,
se mueven más,
molestan más,
da gusto verlos rebeldes,
quieren ganar,
salir con las tuyas
en cada interacción,
la vida preciosa
está en todas partes,
uno mismo,
parece a veces,
está más joven.
Tu jardín
debe estar glorioso,

me imagino,
y así el espíritu
de su dueño,
espero yo.

*La primavera
también llegó aquí,
esplendorosa,
dejó atrás frío y oscuridad,
todo crece y florece.*

*Escribes a tiempo:
quiero ir
la próxima semana
a entregarte
a mi amiga Educadora.
El embalaje
resultó más complicado
que lo que imaginé,
pero creo
que lo peor ya pasó.
El próximo viernes
quiero estar temprano allá,
tenemos entonces el día
para preparar todo,
¿quieres darles libre el día
a tus chicas?,
y el sábado
las invitas a una reunión,
¿te parece?
Se lo merecen así,
creo yo,
ojalá puedas hacerlo,
amigo,
una sorpresa grande
para las princesas
de tu escuela,
¿no crees?
Un tributo para*

*las mil acciones,
los esfuerzos y las paciencias,
las tolerancias
sonrisa en la boca,
para su generosa dedicación
día a día,
¿no es cierto?*

Nunca había visto
tanto llanto
de tanta alegría,
esta luz
de gratitud y pudor,
lágrimas corriendo
mejillas abajo,
pañuelos mojados,
miradas incrédulas,
sonrisas avergonzadas,
los muchos abrazos
y caras escondidas
en abrazos hechos
de refugio y amistad.

Tampoco había visto
a mis chicas
actuar con tal decisión,
- furias de la antigüedad -
aprovechar las flores
para hacerlas llover
sobre tu cabeza taciturna,
una venganza
de agradecimiento,
de cariño y respeto,
lluvia preciosa
en medio de la mañana
que espero no olvidar
en lo que me quede de vida,
escultor bendito
entre mis chicas felices.

Hoy lunes
hay más silencio

que otros días,
nada especial,
pero algo
está cambiado,
quizás qué es.

Y de nuevo:
muchas, muchas gracias.

*Con el calor primaveral
todo crece más rápido
de lo que quiero,
ando ocupado afuera
atendiendo esto y aquello,
me gusta ver mi jardín
transformándose de a poco
en un pequeño bosque
para sombras, pájaros
y hojas tiritando
en las brisas del mar,
y no quiero
que se me escape de las manos
tanto crecer.*

*Las ventanas del taller
tienen que quedar libres
en vista y luz,
los escondites de los conejos
no deben
transformarse en sus trampas,
malezas y pastos
hay que frenarlos
en su rápida expansión.
Y siempre hay algo nuevo
que plantar
No falta trabajo.*

*Y también el taller
parece llamarme
para que limpie, reordene,
bote cosas
y lo prepare para
ese otro trabajo.*

*El verano viene,
su dulzura y seriedad,
su luz inagotable.*

*Tuve un año fructífero,
muchas sorpresas,
algunos avances pocos
pero que me importan mucho,
sigo haciendo camino
ingresando en la selva
rica y tupida
que llevamos dentro.*

*Preguntas
por exposiciones,
actividades públicas,
no, nada, desde hace tiempo,
y me tiene bien todo esto,
paz para concentrarme,
para focalizar
en las cosas de peso
y no andar tironeado
de novedad en novedad,
de vacío en vacío -
como niño en el circo,
ansioso buscando
pero encontrando poco,
no,
lento y serio
mirando de frente
lo que quiera mostrarse
al corazón osado
- mi trabajo -
y madurando en el alma
lo que algún día es
trazo, volumen
o superficie
diciendo un sentido.*

*Nada nuevo, entonces,
dirás con razón.
Sí, visto así,
nada nuevo -
en medio de este torrente
de permanentes
cambios y desarrollos.*

Van ahí
de abstracción en abstracción,
cada vez más inteligentes,
los pobres,
y más vacíos de realidad,
ideas sublimes,
relaciones geniales,
más y más alto,
abstracciones de abstracciones
ya muy cerca
de la fórmula final,
los más famosos,
alejados de sí,
extraños a su intimidad,
sin lugar cuna,
sin hogar del corazón
sino
el universo en expansión,
los empobrecidos,
sin raíz
en lo propio ingenuo.

Lo dices muy bien:
los animales.
Claro,
cuánto podemos aprender
de ellos,
de nuestros compañeros,
a salvo como van
sin más peligro
que nuestras acciones,
íntegros
con su naturaleza -
así como cruzan

el año regalado.

*Y sus noches,
tal vez,
son más profundas
que las nuestras.*

*Me intranquilizó tu carta,
no sé decirte nada útil,
tan lejos estoy de la gente
y de sus torcidos destinos.*

*Tu queja
se justifica, claro, está
en la naturaleza de tu trabajo,
no puedes aislarte
tan fácilmente como yo,
están los niños, las chicas -
pero algo hay
profundamente sano
en eso que te lleva
a crear la queja:
la necesidad de limpieza,
de transparencia,
de vivir en forma honesta.
Andan todos locos
tratando de dominar,
de demostrar
que están en lo correcto,
que son importantes,
que lo que hacen
se justifica plenamente
aunque a ellos tampoco les guste
y toda esa basura que dicen.
¿Consuelo para ti?
De dónde - lo sé.
La riqueza
del corazón, del arte,
no dejan espacio
para ese mundo corrupto,
me aísla y protege,
trabajo sin interferencias.*

*¿Puedes sumergirte
en el trabajo de la escuela?*

*¿Puedes renunciar,
cortar lazos, distanciarte?*

¿Salvar tu vida?

¿Y así, tal vez, justamente,

la de los niños,

la de las chicas?

La reunión con los padres
terminó en un extraño silencio,
había discordia en el aire,
frustración,
muchos vinieron por lana
y salieron trasquilados,
la falta de esperanza
pesaba como nube oscura.

Dejé que sea,
cada uno a lo suyo.
Me acordé de una carta
que enviaste meses atrás,
de saber renunciar,
de salvar lo propio,
de proteger a niños y chicas.

No es mucho, parece,
lo que puedo proteger
en estas circunstancias,
pero no perdí lo principal:
la independencia,
sigo siendo libre
para crear lo necesario,
para caminar
en la dirección obvia,
para buscar cómo
cuidar de niños y chicas.

Sumergirme
en la confianza
que los niños dicen bien
lo que necesitan,
que las chicas no fallan,
que ellas también saben
lo que se necesita,
que la vida se las arregla

para salir adelante,
que este es su oficio,
salir adelante.

*Encontré días atrás
en un taller mecánico
una perrita muy bella
que le gustó jugar conmigo,
le hice cariño
y ya no me quiso soltar -
hasta que el dueño
le gritó ¡basta!
Acongojada se retiró,
orejas gachas,
caminar de preso,
hacia adentro de su casa.*

*Somos el juego
de piedra, agua y sol,
pensé para mí,
animales, árboles,
todos somos este juego
de vida y gracia
en medio del presente.
Se me dió
esta imagen de la perrita
que llevaré algún día
a piedra o madera,
juguetona, blanda, graciosa,
una bola de cariño
a media mañana.*

*Estará
sobre un pedestal alto,
a la altura de la vista,
como esperando cariño y calor,
o invitando a la chacota,
será mi homenaje*

*a nuestra cercanía,
al destino común,
al juego gratuito
que nos creó
así como somos.*

Nos asusta
tanta libertad, tanto juego,
queremos lo estable,
algo que nos acoja,
que dé sentido
a nuestras buenas intenciones,
a lo hecho en bondad,
inventamos, construimos
mundos superiores,
conceptos sublimes
a los que escapar
de tanta belleza inasimilable
en nuestros corazones
débiles e inmaduros,
a los que devolver
algo del aire que nos energiza,
que nos llena de más riqueza
que la que queremos,
cómo es posible, preguntamos,
que todo sea nuestro,
aire, bosque, cielo,
agua fluyente,
sonrisas de simpatía y amor,
queremos creer
que hay razones inteligentes,
consecuencias, deudas,
que esto se negocia
con monedas humanas,
con intención y pagos,
asustados
como vamos entre
lo bello y lo radiante,
defendidos contra
la armonía rebosante

*que se despliega
frente a nuestra vista
o en el alma enmudecida,
nosotros los pusilánimes -
y sólo algunos
apenas recién iniciando
el camino de reverencia,
de humildad y gratitud,
¿no crees?*

En la escuela
se han producido cambios,
tenemos menos niños,
hubo una selección natural,
padres neuróticos
retiraron a los suyos,
quedó gente normal
que nos apoya silenciosamente,
padres desde ya agobiados,
tienen tanto que cargar
con sus expectativas rotas,
no es mucho
lo que podemos pedir
para que colaboren
con sus niños especiales,
al contrario,
quieren aprender aquí,
observan a las chicas
y muchas veces
se admiran de ellas,
de estas mujeres
generosas y alegres,
se van con mirada grande
y labios más bien cerrados,
pensando, reflexionando,
y con paso lento.

Todo esto
está bien aquí con nosotros,
pero nos dan pena
los niños que se fueron
quizás a qué entorno,
hay que desacostumbrarse
del cariño desplegado,

pero no somos dueños
de nada y de nadie,
y las chicas se reponen
así como avanzan los días,
más atención y cariño
reciben quienes se quedaron,
los afortunados, los felices.

*Durante mi vida
he copiado varias veces
esta o esa obra
de mi maestro Rembrandt.
Así ocurrió también
en el último año.
¡Qué ganas
de conversar con él!
Hablar con él
sobre el silencio,
sobre sombras y luces
en el corazón,
así como este avanza
a través de los espacios
de la creciente edad,
sobre sociedad y soledad,
sobre arrogancia y temor
o renuncias y paz,
dejar que cuente
de sus noches profundas
o de sus días de trabajo,
escuchar el relato
de un hermano de alma
que vio más que lo que quiso
y no se perdió,
sino de nuevo armó su vida
sabiendo el norte
a cada paso -
compartir un té
al caer la tarde,
claro,
compartir un tiempo
con el amigo entrañable,
dejar que una verdad*

*se abra frente a nosotros,
mirarle a él a los ojos
para ver una vez más
lo que está en sus cuadros
dicho tan claramente,
pero ahora en directo -
hermano, maestro,
¡qué ganas!*

*El largo silencio
no es seña de distancia,
tengo tu escuela
muy cerca de mi corazón,
los niños inspiran a diario
mi visión del trabajo,
así tus chicas
y por cierto tus esfuerzos
en bien de todos.*

*He pensado
en salir de viaje
para ir a verlos,
pero pospongo todo
una y otra vez
con la sensación
que me falta aire,
que será más adelante
en tiempos más fáciles.*

*He disminuido
el ritmo del trabajo,
observo más, gozo más,
puedo estar sentado
horas sin fin
debajo del álamo
escuchando los pájaros,
esperando los conejos,
observándolos cuando salen
a comer o a encontrarse
con pareja o vecino,
puedo estar inmóvil
y dejar pasar el tiempo
sintiendo la brisa
mover las miles de hojas*

*en el pequeño bosque,
inhalando las señas de vida
que impregnan el lugar
y dejando que todo sea.*

*Te saluda
este anciano
con sus mejores deseos
para ti, tus chicas
y tus niños especiales.*

Recibí noticias
de tu estado,
salgo mañana a verte,
a llevarte cosas
y a ver
si puedo hacerte
la vida más fácil.
Las chicas
están contigo
en pensamientos,
preocupadas por ti,
se han ofrecido
a lo que yo quiera,
quieren asistir
en tu recuperación,
las bellas de corazón,
ahora no alegres,
la mirada desconcertada,
quieren acompañarme mañana,
de hecho,
una o dos irán conmigo.
Hemos juntando hierbas,
llevo las agujas
y buena energía
para convidarte
lo mejor que tenemos
para tiempos de crisis.
Di
que llegamos en la tarde
y que estaremos
cuanto tome
el verte de pie
otra vez,
lápiz en mano...

*Les echo de menos
todos los días,
cuán generosos han sido
que me tienen
todo mal acostumbrado,
no veo cómo agradecerles
de buena forma.*

*¡Qué días,
qué noches!*

*Me dicen
que estuvieron doce días
aquí conmigo,
yo no supe mucho
así como se fueron los días,
pero ahora
camino de nuevo
si bien no con el lápiz
presto a trazar líneas.*

*A veces pienso
si los pájaros
se dieron cuenta
de mi ausencia,
si los conejos
sintieron algo cambiado,
si la brisa del mar
preguntó por mí.*

*Dile a tus dos chicas
que me corren lágrimas
cuando las recuerdo
preocupadas por mí.*

Te agradezco todo.

*Saldré adelante.
Un día estaré trabajando,
viendo madurar algo,
llevando
a la greda, al papel,
lo que antes
no se veía
en ninguna parte.*

Me informaron
que haz terminado
de recuperarte,
que trabajas como antes,
que no has tenido
vueltas atrás,
y que a menudo
te sientas afuera
bajo los árboles.

Meses intensos,
para ti, para mí,
para las chicas
que quieren verte
sano y feliz.

Invitarte a vivir
aquí en la escuerla
me parece un sinsentido,
tendrías que abandonar
tu paraíso,
trasladar la escuela
donde ti
me parece un sinsentido
aún peor.

No sé
qué es lo mejor para ti.

Te enviamos saludos,
las chicas y yo,
y nuestros mejores deseos.

Que trabajo
como antes:
me hiciste reír.
He vuelto
a tomar el lápiz,
es verdad,
he trazado aquí y allá
alguna verdad del corazón,
a veces,
pero como antes,
claro,
eso es mentira.

Y todo esto
no está mal conmigo,
he vuelto a sentirme feliz,
a gozar
sintiendo la brisa
pasar por sobre mis manos
allá afuera
bajo el álamo grandioso.
He respirado
venerando y agradeciendo,
mis meditaciones
son más largas,
hay más plenitud
de nuevo
en cuanto acontece
en estas horas preciosas
de vida regalada.

Dale mis saludos
a tu gente querida.

Recibí noticias
que dos días
estuviste mal
y que ahora
estás bien.

No nos avisaron
a tiempo.

Da instrucciones,
estamos
para ayudarte.

Iré igual
la próxima semana.

*... y que igualmente
se transfiera esta propiedad
al director de la mencionada
escuela de niños especiales
para los fines
que éste estime pertinentes...*

- página en blanco -

El Vagabundo

- página en blanco -

Agradezco
las mil frustraciones
que me alejaron
día a día

del mundo perverso
en que viví
hasta muy pasada
mi juventud,

frustraciones
que sentí hirientes
cada vez
por frialdad o engaño,

sin saber ver
hacia adelante,
perdido, desilusionado,
la pena por delante:

hoy,
libre mil veces,
agradeciendo
tan buena suerte.

Camino
calladamente
por la periferia
del mundo.

Habito
calles y recodos,
bajo puentes
o sitios vacíos.

Perros
me siguen a veces,
gatos curiosos
se acercan,

quieren saber
qué vida llevo,
si hay algo también
para ellos

entre mis cosas,
o en invierno
calor
que compartir.

Me salí
de jugar
mañas de poder
años atrás,

hoy miro
de igual a igual
no importa
a quién,

voy generoso
con quien sufre
aunque no tengo
mucho que dar,

hago mundo
en la mirada
y les cambio
la cara,

que a veces
es mucho
para quien
algo no tuvo.

Un pobre
para quienes tienen todo,
novedad sobre novedad,
lujo sobre lujo,

camino
en medio de la vida,
pulso sobre pulso,
verdad sobre verdad,

mirando,
sintiendo, ponderando,
todo el tiempo
a mi lado.

Lejos
quedaron los afanes,
el esfuerzo eterno
por unas migajas.

Luz
ilumina mi andar,
benevolente voy
y sin apuro.

El útil
que fui antaño,
hoy no lo soy
para nadie.

Caro pagué
mi preciosa libertad,
mujer, amigos,
pertenencias queridas,

ni quiero recordar
lo que dejé atrás
para salir a la calle
sin carga.

Amistades tengo ahora
que no demandan,
perros, gatos,
pájaros queridos.

Y mujer tendré
algún día
tan loca como yo
que me querrá quizás.

Voy
por caminos laterales,
por huellas cruzadas
a todo ajetreo.

A cada paso
que tranquilo doy
emerge ante mí
algo inocente y gratuito,

un instante asertivo
que al aire circundante
proclama
su preciosa validez.

Escuchándolo
junto su mensaje
como quien arma
un ramo de flores.

En la tarde,
dejando de andar,
admiro los regalos
que he reunido.

Quién hubiese dicho,
yo vagabundo,
pobre y feliz
caminando

por aceras y caminos,
junto a cercos,
por plazas de abandono
y mercados antiguos,

mirando
anteparcos o entradas,
a veces hacia adentro
por puerta o ventana,

sintiendo compasión
por tanto destino
enredado en desdicha
o ciega desesperanza,

así como voy
a paso lento
por horas
llenas y felices.

Quizás
cuánta fantasía despierto
en los inseguros,
en hombres y mujeres,

al verme
caminar por el lado
de sus existencias
trizadas o rotas,

envidia, anhelos,
fantasías locas
incendiando sus corazones
apenas aún palpitantes,

y después la angustia
volcada como odio
hacia el hombre afuera
que pasa tranquilo

delante de sus vidas
para siempre destruidas
en los laberintos
de tanto empeño.

Un, dos, tres
y se nos fue el tiempo
de vivir
nuestras vidas,

de cruzar
las exuberancias
de cada emoción,
de cada sentir,

de amar,
de osar,
de ayudar
o donar,

el tiempo
para ser libre
de noche
frente a las estrellas

o de día
frente a sol o río,
a árbol, montaña
o a una muchacha cantando.

Los artistas,
los verdaderos,
son vagabundos,
quién sabe,

pero no lo dicen,
los sabios,
vagan y sienten,
los osados,

la riqueza
de sus corazones
rebasando
sus sentidos,

dibujan, pintan,
escriben poesía,
componen, cantan
de gracia en gracia,

vagabundos como yo,
los artistas,
quién sabe,
y no lo dicen.

Amasando
van los astutos,
doblando y girando,
estirando y apretando,

sí, amasando van,
amasan personas
para negocio
o poder,

una vez más,
dobla aquí, estira,
recoge en el borde
y guarda seguro,

de nuevo,
estira, dobla,
todos tienen más,
aprieta y recoge,

amasan destinos,
vidas enteras,
incluso la muerte
vale buen oro.

Felicidad
de madrugada
junto a los rieles
de la antigua estación,

tiritando de frío, sí,
escarcha en el terraplén,
pero hacia las montañas
la luz brillante,

viene un día
de radiante esplendor,
brillando
hacia las alturas,

inicio limpio
como nada más
en el mundo
que conozco,

grandeza
sobrecogedora y silenciosa
frente a mi cara
callada.

Camino
cada vez más lejos,
de a poco me voy
al campo.

La ciudad
está enferma,
la gente mal
y el cielo opaco.

No me gusta el aire,
no me gusta el ruido,
y los ratas roban
incluso al pobre.

Me gustan
las noches negras,
el viento limpio
y las tardes lentas.

Las huellas que sigo
crean hermandad
con quienes antes que yo
caminaron por aquí.

Deambulo,
me alejo, vuelvo,
me gusta ver mil veces
lo que dejo.

En cada vuelta
sé mejor
lo que soy,
lo que quiero.

En cada vuelta
fortalezco
mi corazón
hambriento de más.

Como círculos
desplazados
quedan en la memoria
los giros que hago.

Pero de a poco
se dibuja en la tierra
la ruta
hacia afuera.

A una mujer
con hijos
caí en gracia
ayer,

de su huerta
me dio
zanahorias,
cebollas, tomates,

mi bolso pequeño
se llenó
de aromas
y tanta bondad,

incluso el perro
me siguió,
le gritaban
y seguía conmigo.

Algún día
volveré por aquí,
a ver si doy gracias
por tanta amistad.

Me viene bien
la pobreza
si ella significa
no negar lo mío,

lo libre y asertivo
que mi corazón
quiere afirmar
en cada palpito,

la vista abierta
que mis ojos
quieren tener
al saludar el día,

la inocencia
con que mis manos
quieren tomar o dejar,
dar o recibir,

la amplitud
con que mi mente
quiere abrazar la vida
en devota admiración.

Voy más harapiento
que lo que quería,
pero eso puede cambiar
según quiera la suerte.

Paso más frío
que el que me gusta
y más hambre
que lo necesario.

Pero mi paso
es digno y feliz,
y no negocio
con mi alma.

No falta agua
con que lavar
mis manos, mi cara,
los ojos queridos.

Y quizás construyo
con mi callado caminar
la imagen que niños
aprenden a querer.

No
depredo nada
ni a nadie,
menos a mí.

Hice hermandad
con niños curiosos,
con perros y gatos,
con pájaros incontables.

Enderezo
a cada paso que doy
el respeto por la vida
que venero y adoro.

Enamorado
de tanta maravilla
cruzo los días
regalados.

De noche
recojo lo sembrado,
un sentir en el alma
la paz, la limpieza.

El parque
es largo y bello
bajo tanto árbol
a cada lado.

Me he sentado
en un banco
a descansar
mis fatigados pies.

Una paloma
frente a mí
picotea nerviosa
migas y semillas.

Camina y gira,
quiere acercarse,
guarda distancia,
de a poco se atreve.

Así fue mi vida,
de a poco más y más,
probando, tentando -
y ahora soy.

En mis pasos
van unidas de nuevo
las dos hermanas,
pobreza y vida.

Mi aspecto desastrado
y mis ojos vivaces
muestran al mundo
la antigua verdad.

Niños y animales
se acercan a mí
en sorpresa
e interés.

No reparan
en mi ropa gastada
pero en mi cara ven
a un amigo nuevo.

Para tomar contacto
bastan manos ligeras
dispuestas a querer
y a jugar alegremente.

Me he alejado
de toda maldad,
de ver gente bondadosa
sufrir sus vidas,

de ver gente sensible
exponer sus riquezas
sin más recompensa
que sufrimiento y enfermedad,

todo para bien
de quien exige y amedrenta,
de quien depreda
al que le tiende la mano,

de sentir
que algo muy grave
asola hijo tras hijo,
hija tras hija,

me he alejado
para no tener cerca
esta brutalidad
y a quienes la sufren.

Lejos voy
de toda morbosidad,
de todo ballet amanerado
con que se destruyen

mujeres a mujeres,
hombres a hombres,
sonriendo y hablando,
envenenando y quebrando,

sosteniendo
las reglas del juego
como mantra supremo
entre sus dientes,

año a año,
cruzando generaciones,
que nadie escape
del sino conocido,

que nadie ose liberarse
como yo lo he hecho,
o tire dudas
sobre su juego perverso.

Con frío y hambre
pago mi liberación
de ese encierro
que llaman cultura.

Y la soledad
hiere también,
pero sé lo que gano
a cada paso.

Y quién sabe al fin
cuán solo voy
merodeando
por huella o camino.

Quizás en dos días
encuentro para mí
una mujer llana
de manos simples

con quien crear hogar
sin demandas
ni retorcidos usos
de mala bondad.

Bailo.
Me ha dado por bailar
en mañanas de luz
y alegría desbordante.

A pie desnudo
suelto mi energía
al aire claro
de mi fresco entorno.

En mi intimidad
hay una gracia exquisita
que aprendo a expresar
en piernas obedientes.

A veces viene
algún perro
a observarme,
piensa, se queda.

O el cielo sonrío
desde las alturas
acorde con mis vueltas
abiertas y felices.

La ingeniería del dinero
creó estrategias
que los astutos
colgaron al cuello

de la gente incauta,
lógicas perfectas
a las que mejor adhieres
o te vas de aquí,

una maquinaria inmensa
que se va comiendo el mundo,
tragando todo lo depredable,
bosque, río, aire,

esfuerzo, corazón, alma,
buena voluntad
y la salud de otros,
salud renovada cada año

en una juventud confiada
que hunde
su preciosa ingenuidad
debajo de la gran rueda.

Me alejo
para salvar
lo que de mí
aún queda sano.

Camino en silencio,
adorando, reverenciando,
dando gracias
por cada momento.

En mi respirar
día a día más limpio
se mece
la vida bendita,

hacia dentro,
hacia afuera,
el ritmo natural,
el ritmo sagrado.

De noche mido
la distancia caminada
como gracia regalada
a quien soy.

Renuevo mis zapatos,
la ropa que uso,
de bondad en bondad
según pasan los días.

Cuando llueve
y hace frío
junto cartones
para techo y frazada.

Nunca falta la suerte,
el gesto feliz,
la mirada bondadosa
o una mano amiga.

A veces me sobra,
doy pan
a otros caminantes
con menos que yo,

o a un perro amigo
que comprende
y acompaña
en callada lealtad.

Nostalgia
inunda mi corazón
por todo aquello
que no fue,

pero que mañana
tal vez sí será,
los potenciales muchos
que intuyo

tan cerca ya
de realizarse al fin,
posibilidades, ganas,
acciones postergadas

que un día
llevarán a otras más,
una marea poderosa
haciendo, creando,

sumando su verdad
a la que parece esperar
desde siempre
que así sea.

En mi andar
maduran de a poco
cosas reservadas
del corazón.

A veces es un pudor,
en otras una alegría,
o una pena abandonada
y apenas discernible.

Camino
y se acercan,
tientan su presencia
junto a mis pasos,

se devuelven
o insisten,
se toman más tiempo
o irrumpen,

liberadas por fin,
a la conciencia sorprendida,
asertivas e inocentes
como este andar.

No más
transformo
sangre en dinero,
alma en seguridad,

sino voy
como algún animal
en bosque o sabana
atento respirando

la realidad frente
a mi cara despierta,
cada paso una realidad,
cada realidad mi vida.

Transformo
existencia en plenitud,
y cada plenitud
en un río bendito.

Como un círculo
natural y limpio
que nutre
y se deja nutrir.

Los anarquistas
de vida y naturaleza
pregonan
que nosotros lo somos,

que su orden
es quebrantado
por nuestra autonomía
libre y soberana,

que molestamos
en medio de su artificio,
que mejor no,
que nos alejemos,

o que enfrentemos
las consecuencias
ridículas pero autoritarias
con que coaccionan

a los pusilánimes,
a los temerosos,
ellos, los renegados,
los anarquistas de la vida.

Un vago.
Otro vago.
Varios vago
caminando.

Espíritus autónomos
imposibles
de someter
al juego morboso.

Vamos por ahí
con nuestras verdades
a medias verdaderas
pero nuestras.

Vamos por ahí
con nuestras emociones
amplias y profundas
y veraces siempre.

Libres, auténticos,
sufriendo o felices,
naturales íntimamente,
vagando.

Lo que un día
fue frustración,
desencuentro
o error sin explicación,

lo que fue motor de cambio,
el comprender el sinsentido,
la maldad subyacente
o la maldad abierta,

y el quiebre finalmente,
la desesperanza
hacia un adelante
eternamente igual,

eso hoy
es esta luz
en medio de mí,
la energía de vida

que me empuja
con entusiasmo
hacia un adelante
brillante y contagioso.

¿Somos
unos enamorados,
así como vamos
de día en día?

¿Somos
amantes perdidos,
sin razones
amantes de la vida?

¿Somos
los ebrios de luz
caminando seguros
por huella o campo?

¿O somos
nosotros
los regalados
sin límite?

Quizás
somos de la vida
la apuesta
al fin lograda.

Que mi llama
no se extinga:
de eso soy
responsable.

Que un viento
de dinero o poder
no sople
y la apague.

Que trampas
de dependencia
no encierren
sonrisa o bondad.

Que artificios
no envenenen
la inocencia
que va por la sangre.

Responsable
como pocos
cruzo las horas
preciosas.

Juego
con perros,
con gatos esquivos,
con palomas.

A veces
hay niños confiados
que cruzan
preguntas conmigo.

O una mujer
se acerca
y tiende una mano
generosa:

y me he preguntado
si ha perdido ella
padre, marido o hermano
a esta vagancia,

y ahora ve en mí
a quien querría ver
cerca de sí,
de costumbre y hogar.

En una huerta
ayudé a una anciana
a sacar agua
del pozo.

Acarreé
sacos pesados
y acerqué leña
a su cocina.

Los perros
me seguían de cerca,
confiando
y no confiando.

Me fui tranquilo,
cerré la puerta
junto al maíz
y giré la cabeza:

ahí estaba, seria,
sin comprender
al extraño generoso
que ahora se iba.

Me pasan cosas
cuando camino
por los senderos
que cruzan el campo.

Pasan en el alma,
sentimientos
que afloran de a poco
y se muestran.

Emociones profundas
que tiñen todo
con su gusto
a sentido y verdad.

Quizás los artistas
saben qué hacer
con estas corrientes
en el fondo de uno.

Crean música tal vez,
pintan con colores,
trabajan la greda
o dibujan a carbón.

Entre harapos
florece el futuro
para miles de niños
aún en camino.

Quizás para ellos
vamos los vagos
por las afueras
de pueblo y ciudad.

Juntando experiencia
damos pasos
de frío o de hambre,
solos, temidos.

Pero mañana
mucha cosa
será certeza
para ellos.

Y crecerán
confiados
en una hermandad
sana y natural.

En ellos confiarán
los futuros niños,
en ellos mismos,
en lo propio.

No en otros,
ni en cosas
ni herramientas
ni estrategias.

De cara
a lo natural,
de cara a bosque y río,
cordillera y mar,

irán enfrentando
lo difícil,
lo limpio, lo precioso,
la ilimitada belleza.

Y después
de caída o quiebre
se levantarán
más fuertes y sanos.

Somos los enamorados
así como vamos
por entre los cercos
de sitios ajenos.

Colores
vuelven a ser colores,
aromas aromas,
y el sol la verdad.

Vamos inmersos
en el mar de la vida,
peces mudos
del mundo maravilloso.

Enamorados
pertenecemos
a lo que nos es -
íntimamente.

Somos
la iniciada muestra,
el tímido presagio
del majestuoso mañana.

Desarrollas
conocimiento y maña,
tretas del vivir
y cómo aprender.

No olvidas olla,
cuchara, cuchillo, cordel,
una bolsa, la manta
y mucha paciencia.

No pretendes
doblarle la mano
a destino o persona,
no tiene sentido.

Pero te adaptas
a lo que quiera venir
y buscas mejoras
para un buen vivir.

Valoras
clima y hora,
caras y tonos de voz
y tu buena intuición.

En primavera
camino al sur,
en otoño al norte,
todos los años.

Quizás hay lugares
donde me conocen
y saben de lejos
que vengo.

Sonrisas
me parecen conocidas
aquí y allá
o perros amigos,

así también
guardadas para dormir,
vertientes
y vistas hermosas.

No me faltan las novedades
ni los cuentos de moda,
sino la vida es
mi gran noticia.

Un hombre
me atajó ayer
y me dijo a la cara:
cómo te envidio.

Nos dimos la mano
como viejos amigos,
seguí mi camino
y él se quedó.

Quizás qué pasó
a media mañana
en su corazón
despierto y vivaz.

¿Sufrió su mujer
cuando él le contó
que habló conmigo
frente a la casa?

¿Sufrió él
al no contar
para no herir
a quien quiere?

Me sentaron
en silla aparte
lejos de la entrada
y me dieron de comer.

Sopa de entrada,
un plato de fondo
sabroso y caliente,
fruta de postre.

Gozó la mujer
quebrando mi rutina
y mostrándome
abundancia y placer,

que recuerde
para siempre
lo que pierdo
siendo vagabundo.

Mareado, agradecido,
le besé las manos
y ella sonrió triunfante
con cara sonrojada.

El caminar
me lleva a veces
a orillas del mar,
a un acantilado,

o a una playa solitaria
entre rocas mojadas,
y entonces miro
hacia lo lejos.

Pienso muchas cosas,
a dónde ha llegado
la gente con sus sistemas
tontos y crueles,

los juegos de poder,
los negocios del dinero
y los negocios del alma,
la falta de luz,

lo que se bota
día a día
y lo que a diario
se deja de ganar.

No cabe duda,
la vida es dura
en el frío
de cada invierno.

Apenas duermo
de noche,
tengo miedo
de no despertar.

Mucho antes
que amanezca
sobre la cordillera
ya estoy en pie.

Comparto
camino o prado
con queltehues
siempre atentos

o con conejos veloces
que huyen
a sus madrigueras
protegidas.

Camino
por el lado
de los templos
erigidos al dinero,

por el lado
de las mil rutinas
que a diario
se realizan

para bien
de la avidez,
de la avaricia,
de la seguridad,

por el lado
de todo el orden
creado en mundos
enajenados -

camino
soñando para todos
el desorden bendito
de una vida auténtica.

Y entonces resulta
que la pobreza es riqueza,
la inseguridad desafío
y la tierra hogar.

Callado como voy
percibo
lo que antes apenas
sabía que estaba ahí.

Recibo
el discurso de las cosas,
la opinión de animales
y el secreto del niño.

Nubes y viento,
el avance de la hora
en sol o estrellas,
todo el entorno

se desarrolla
como la sinfonía
más amplia y armónica
que haya escuchado.

Ni el frío
aquí o allá
ni el hambre
han silenciado

mi esperanza
de una hermandad
amplia y sincera
algún día.

Donde la bondad
valga más
que el negocio
o el miedo.

Donde la belleza
vaya de la mano
con la empatía
y la transparencia.

Una hermandad
libre y fuerte
intercambiando
riquezas del alma.

He vuelto
donde una mujer
generosa
a dar gracias.

El perro me saludó
con cola alegre,
los niños me miraron
con ojos grandes.

Ella sonrió
y partió de nuevo
a la huerta
canasto en mano.

No tiene arreglo,
pensé,
no sabe recibir
mis gracias.

Lejos, comiendo zanahorias,
pensé para mí,
quien no tiene arreglo
tal vez no sea ella.

Tres meses demoré
en volver
donde la mujer
con niños y el perro.

Amplíé la huerta,
ahondé el pozo,
construí más piezas
y un galpón.

Vivo con una mujer
casi tan loca como yo
pero todos los días
más generosa que yo.

La luz al amanecer
o al caer la tarde
me es tan sagrada
como siempre,

y lo que de vago
conquisté en libertad
ahora es verdad
de a dos.

Los Pinos

- página en blanco -

Me impuse yo mismo
allá lejos en la infancia
esta difícil tarea
de nombrar el ser.

En la ladera del cerro
cavaron un terraplén
para construir nuestra casa,
y olía a tierra.

Mi padre comentó
de los pinos cercanos:
tienen la misma edad
que mi hijo.

Miré los pinos y dije,
cuando sea grande, hermanos,
seremos de lo mismo
y lo sabré decir.

Me avergüenza
a esta avanzada edad
no saber expresar la esencia
de árboles y de mí.

Los pinos ya no están,
yo estoy lejos del lugar,
por el Biobío fluyó
mucho agua.

Mirando aquí alrededor
veo una red de mañas
entrelazando los destinos
de las personas adultas.

Y mi vista infantil
sigue leal a sí misma
amando lo que crece
en silencio.

Me enamoré de la vida,
pero por entre la gente voy
temiendo sus sistemas
de dominio y sumisión,

sus trucos para ganar
trozos de prestigio
que muestran ansiosos
al vecino rezagado.

Busco señas
de lo otro, de lo natural,
en animal o bosque
o en personas calladas.

Y a veces lo encuentro:
una luz en la mirada,
un saber porque sí,
un gesto confiado.

Aspiro profundo
y boto con fuerza:
algo se transforma
y se aquieta.

Inhalo y exhalo paz
a través del presente,
algo se expande
y se hace profundo.

Como las olas
se repiten en la playa
así repito mi vuelta
al centro de mí.

Arena, mar,
adentro, afuera.
Soy.
El tiempo me regala.

Esto que soy
está envuelto
en dinámicas
que me cuidan.

Leyes
que saben
lo que hacen
desde milenios.

Me permiten
alejarme y jugar
pero más sabio
es volver.

Es el hogar
en que vivo
mi propia vez
devotamente.

Lanzo
sobre mi mente despierta
mil imágenes
coloridas y entretenidas.

Como niño
construyo con ellas
edificios osados
llenos de novedad.

Quiero mostrarlos
y compartir,
pero a tiempo
me repliego sobre mí,

no sea
que todo se transforme
y sea útil
y no inocente.

Recuerdo
noches de tempestad
allá
arriba en el cerro.

El viento
zamarreaba del techo,
agua caía con fuerza
en medio de lo oscuro.

Trataba de dormir,
pero no podía,
los ruidos sacudían
mi confianza infantil.

Y afuera sabía
a mis hermanos verde-oscuros
cómo silbando
resistían toda la furia.

Crecí
cometiendo errores
y de adulto
sumé otros más.

Los pinos
no se equivocaron
y fueron
grandes y bellos.

Pero la sierra
terminó sus vidas,
yo duré más
y aquí estoy.

Tal vez
crecen otros
en la ladera aquella
y esperan mi voz.

Cuántas veces resbalé
bajo sus ramas,
jugando, corriendo,
buscando atajos.

Quedaron pegajosas
mis manos, mis rodillas,
o mi ropa
ya no era la misma.

Ese tiempo compartido
cimentó la unión
que a través de los años
dice lealtad.

Y ahora no sólo pinos
son mis hermanos
sino también perro y queltehue
y los coigües callados.

Somos.
La experiencia
sería y bella
todos los días.

Quieras
saberla o no,
respetarla o no,
agradecerla o no.

Hora tras hora
nos expone la vida
al presente
abierto de par en par.

Ahora, aquí.
A la libertad
de ver y de amar
o de no hacerlo.

Nuestra vida
parece distinta
a la del pino
sedentario en la ladera.

A nosotros nos bota
o recoge a su antojo,
nos arrastra o empuja
sin consideraciones.

Fuego en la sangre,
atardecerec inciertos,
brotes de ira
o dulzura inconmensurable.

Mas cruzamos
cambios de estación
en savia o sangre
de igual manera.

Es una acción
en la oscuridad del ser
la que nos expone
a la luz del sol.

Un hacer
callado y serio
en el trasfondo
de todos nosotros.

Un juego
de opciones abiertas
a más y más riqueza
cada día.

Te llames
pino o huiña,
zorzal o persona,
somos sidos.

Me enseñaron
de niño y de adolescente
que cuando grande
todo sería de verdad.

Pero mirando atrás
veo ahora
que entonces ya
todo era de veras.

Quise pensar
así como me enseñaban,
pero yo ya *era*
y así mis hermanos los pinos.

Y lo que no supe expresar
en mi infancia
tampoco lo sé
ahora de adulto.

Genuina
fue la resina pegajosa,
genuino
el aroma del humus ácido.

Y mis cosas
no lo fueron menos,
el mirar asombrado,
el correr, el resbalar.

Pinos y niño
desplegándose
como opción
de su única vez.

Y en este despliegue
la vida expresando
su ser
poderoso y serio.

Nos gusta mirar
hacia la lontananza,
hacia la plenitud
de un mañana feliz.

Mientras proyectamos
lo mejor de todo
hacia nuevos escalones
de aptitudes y logros

todo lo veraz
pasa a nuestro lado
silenciosamente
y nos deja atrás.

Ser
es siempre ahora
sin nada más -
plenamente.

Pensando
nos alejamos del ser,
de profundidad y flujo,
de cercanía y lealtad.

Como hojas
que levanta el viento otoñal
vuelan las ideas
y se pierden lejos.

No es menos
el perro que nos mira
sin poder decir
algo que entendamos,

no es menos
el pino silencioso
creciendo en la ladera
de un cerro de la infancia.

Medimos
poder contra poder,
quién tiene qué
y calculamos.

Pero la vida
va por el paisaje
ocupada y seria
haciendo lo suyo.

Quizás la estorbamos
con nuestras cosas
interpuestas
en su camino.

Anhelando
gloria imperecedera
envejecemos sin ver
lo que vamos perdiendo.

Ser
es un hacer
contra lo disperso
mil veces,

es
crear una figura
con sentido
a partir del desorden,

es
participar
de todo lo que muta
aquí alrededor,

es
construir
caminos y túneles
entre las raíces del pino.

Jugué
bajo sus sombras
oscuras y frescas
tantas veces.

Fui
al pequeño tranque
que ellos rodeaban
majestuosamente.

Miré
por entre sus ramas
hacia el río ancho
allá abajo.

Supe
su cercanía callada
en cuanto paso di
allá de niño.

Crecimos
nuestras vidas paralelas,
ellos arraigados,
yo corriendo.

Y en este crecer
fuimos intensos,
cada uno expresando
su carácter.

Mañanas de sol y luz,
tardes lentas, muy lentas,
noches estrelladas
o de lluvia interminable,

juntos
fuimos viviendo,
hermanos más altos que yo,
la experiencia de ser.

Sobran
quienes quieren dominar,
inventan cosas
a ver si las crees:

que todo esto es
para ayudarte,
para ampliar tu saber,
para salvarte.

Piensan
y piensan más aún,
construyen edificios
más y más difíciles.

Pensar y ser
es lo mismo, te dicen,
a ver si caes
y te alejas de tu ser.

Costumbres
para nosotros eternas
rigen la vida
de todos nosotros.

La delicadeza
de todo amanecer,
esta luz fresca
que despierta los ojos.

Tardes de nostalgia
por algo que no es,
de anhelos dolorosos
o de placer incontable.

Días fuertes,
noches de paz,
el hogar bendito
de nuestro ser.

A lo que de niño
con pinos de igual edad,
la seña de hermandad
y promesa osada,

quiero hoy volver:
somos distintos
- camino, veo, pienso -
pero en el vivir tan iguales,

de célula en célula,
esta maravilla de ser,
compartimos climas,
agua y luz.

Y lo espiritual
- que a mí sí se me da -
a ellos quiero dedicar
comprometidamente.

Siento a menudo
la distancia enorme
que me enseñaron a guardar
entre los pinos y mí.

A veces no quiero
estar lejos
de su luz oscura
y del aroma de su resina,

sino abandonar
ciudad y costumbre
para ver pájaros
acercarse a sus ramas,

lagartijas correr,
o en la tarde prepararme
para una noche grande
junto a ellos.

Extraña mezcla
de cascajo y greda
fue el fundamento
de su existencia.

No menos extraño
fue el fundamento
que sustentó
mi propia vida:

paisajes bellos
llenos de naturaleza
junto a discordias
y pequeñez humana.

Hicimos
porte y recorrido
expresando lo propio
según pudimos.

Fallé a mi promesa
de nombrar el ser
de pinos y de mí
con simpleza y claridad.

Pero quedó
la experiencia maravillosa
de compartirlo
junto a ellos.

Cercanía
en el corazón convencido
que ellos y yo
somos de lo mismo,

ahora transformada en
homenaje, reverencia,
gratitud
por hermanos tan genuinos.

¿Qué sería de ellos
si estuviesen aún
ahí en la ladera inclinada
frente al río inmenso?

Claro, serían altos
como pilares del cielo,
anchos en la base
y arriba verde más oscuro.

Podría yo pisar
sobre un humus blando
y respirar un aroma
penetrante y exquisito.

¿Habría modo
de conversar con ellos,
con mis hermanos,
sin usar palabras?

Sobre el trasfondo
de un verde muy oscuro
vuela la melodía
de una vida enamorada.

Lluvias tormentosas
zamarreando los pinos
y a las pocas horas
luz primaveral y mil aromas.

Pinos sombríos
en la ladera resbalosa
y por ahí un niño
descubriendo el mundo.

Seriedad forjada más tarde
en sufrimiento e ignorancia
pero inundada día a día
por la belleza de ser.

Neblina se apoyó
en la ladera del cerro,
cubrió los pinos
como manta delicada.

Misteriosa experiencia
en el corazón del niño,
gotitas en la frente
y frío en las piernas.

Pero acercándose
ve de nuevo los árboles,
ahora más grandes
y tanto más silenciosos.

De vuelta en la pieza
se sienten distintos
paredes y ventanas
y el pequeño camión.

Claro, quién recuerda ya
la antigua creencia
que vivir es compartir,
convidar y ayudar.

Como jauría rabiosa
andan los triunfadores
quitando de los incautos,
de los pobres, de los futuros,

llenando cofres,
manipulando, controlando,
los avaros, los insaciables,
dementes mil veces.

Cortan pinos e inocencias,
va todo al mercado,
la angustia en las manos,
rápido antes de morir.

He meditado,
pero en vez de contar
he recordado
la corteza del pino.

Una cuncuna
quiso interrumpir
mi focalización
en la áspera madera.

Caminó
por delante de mi vista,
se estiraba sobre valles
y alcanzaba otras salientes.

Blanda, despierta, viva
buscó quizás qué
entre árbol y persona,
muy hacendosa.

Cuántas veces miré
con aprehensión infantil
hacia la lontananza,
hacia Ramuncho,

hacia la boca del río
perdida en el horizonte,
hacia la luz clara
allá lejos.

Mis hermanos pinos
lo supieron, ellos
los testigos mudos
de la emoción infantil.

Vista por encima
del espejo de luz
que iba lentamente
hacia el mar.

Y ahora,
mirando hacia el futuro
de hijos y nietos
¿qué me mueve?

El anhelo
que no les falte
río, bosque, animal
o tiempo para ver.

Que el ser
se abra en sus corazones
y les acerque
a cuanto vive.

Que haya pinos
para sus propios nietos,
y luz y agua y aire
para días preciosos.

Piensan el ser,
como si en la mente
la vida fuese más sublime
que de veras.

Quieren los astutos
descubrir con esfuerzo
lo que está aquí
delante de todos.

Quizás quieren
un retazo de poder
para enseñar o escribir
y conquistar gloria.

Pero el ser
va y los regala al día
sin importarle
el juego desleal.

No saben
que de sus palabras
nacen sus ideas
y de ahí más ideas.

No saben
que de sus anhelos
crecen sus verdades
hacia el cielo.

No ven
el origen
de cuanto perciben
allá afuera.

No son
una vez que salen
del centro
humilde y callado.

Como si esto
fuese poco
o sobrase criterio
frente al ser.

Pero porque
es más fácil jugar
a sentir dominio
en lo sabido,

y ser triunfador
en los ojos
de quien pueda ver
las piruetas,

que parar y abrirse
a lo nuevo, a lo distinto,
no admiran, callados,
el juego de veras.

En silencio
crece día a día
el pino verde oscuro
en la ladera.

No domina,
no delega,
no controla,
no depende.

Su ser
es obediencia,
es expresión,
es gracia.

Desde la punta
hasta sus raíces
es sólo
sí mismo.

Anhelar
nos sale fácil
a toda hora
todo el año.

Casi
no nos enseñan
a soltar
con paz en el alma.

Cuánto
más genuinos
seríamos hermanos
de los pinos callados,

si junto
a cada anhelo
ofreciésemos generosamente
una renuncia.

Van los pinos
cruzando las horas
centrados
en la verdad del ser.

Pero nosotros.
Cuán difícil
nos es volver
a lo propio.

Pero nosotros.
Cuán lejos
va nuestra mente
de nuestra verdad.

Pero nosotros.
Cuán solitario
está ahí el origen
de nuestras horas.

Los pinos y el niño
comparten antaño
la misma edad
arriba en el cerro.

Fue el signo externo
para crear
el lazo de amistad
en medio del ser.

Vidas paralelas
cada día
más singulares
en forma y acción.

Pero en el fondo
unidas
por la misma ley
callada y poderosa.

Incertidumbres de infancia
que hoy contraste
con la seguridad
que el niño sentía

propia de los pinos,
así como crecían
lentos y callados,
lejos de ideas y normas,

fuertes siempre,
en la luz del día,
de noche
o bajo tormentas,

incertidumbres
pesando sobre su corazón
en juego o escuela,
¿para qué?

Llueve,
la tarde es lenta.
El niño mira
por la ventana.

Las gotas
que caen del techo
forman piletas
aquí y allá.

A través del gris claro
hacia abajo al río
apenas se distingue
camino y línea del tren.

Los pinos
se ven oscuros y fríos.
El niño
no quiere jugar.

Esferas de influencias
intercambian fuerzas
unas con otras
como baile gracioso.

Introduces ideas
trancas los giros,
algo ahora no puede
desarrollarse.

Libre, liviano,
lo vivo quiere
moverse como música
de mutación en mutación,

trizando edificios,
corrompiendo conceptos,
ciclando, cambiando,
siempre activo.

Pinos hermanos:
el color verde oscuro
contrastando
con amarillos y celestes,

con greda, cascajo,
con el cielo abierto,
con las risas y el brillo
de un niño entretenido

en caminos, atajos -
y abajo la capa de pinojas
que hacía del resbalar
el placer del momento,

en este contraste
me quedó marcada
para siempre
la unidad del ser.

No me fue posible
como prometido
llevar a palabras
el significado del ser.

Porque de adulto
no se es más
que de niño creciendo
o que pinos silenciosos.

Sumergida mi conciencia
en las profundidades
se hace uno de nuevo
niño y pino.

Y bajo sonrisas
traigo aquel error infantil
como homenaje
a los pinos queridos.

- página en blanco -

El Yerbatero

- página en blanco -

Como un perro ovejero
da vueltas en torno a su gente,
uniéndolos, protegiéndolos,
cuidando que vayan juntos.

Busca que nadie se pierda
en el camino de la vida,
o, jugando despreocupado,
se quede atrás.

Él mismo es un don nadie,
pobre y desastrado como va,
a sí no se cuida, no se protege,
no le importa cómo se ve.

Es apenas un buen alma,
atento como va del débil,
de quien sufre,
mirando, sintiendo, respirando.

Cree que los engaña
con su mirada liviana,
con su expresión
aquí no pasa nada.

Pero todos lo conocen,
saben que le gusta velar
por quien pasa una mala hora
y extender su mano honesta.

A veces se enoja
con injustos, poderosos, truhanes,
no tolera el daño, se amarga,
grita, golpea el suelo.

Más de uno vuelca la cara
y sonrío a escondidas,
tan ingenuo como lo ven
y bien puesto el corazón.

Cuando joven trabajó en libros,
era vendedor para editoriales,
pero más tarde puso un negocio
y vendió libros usados.

Leyó más que vendió
y los años lo alcanzaron,
fue de mal en peor
y un día cerró.

Hoy trabaja aquí y allá,
visita a amigos y familiares,
se presta libros para leer
y dicen que escribe cosas.

Pero en la calle habla solo
y a veces escuchas nombres,
Usatovo, Washoe, Orfeo,
Francisco de Asís.

Yendo un día al almacén
se le cruza por delante
con paso lento, casi triste,
un perro grande, negro,

de orejas caídas
y ojos con melancolía,
camina por delante
sin apurar el paso.

Él se detiene y le habla,
pero el perro apenas
gira un poco la cabeza,
como dudando:

entonces recibe cariño
entre sus orejas desganadas,
sobre su lomo largo
y en su pecho viril.

Es un hombre curioso,
lee, busca, averigua,
se asombra por todo
o se mete en cosas desconocidas.

Zorba le dicen sonriendo algunos,
pero él no baila
sino hace camino callado,
no quiere ser tema.

Tenía sus ideas antes,
las defendía con firmeza,
igual hoy las tiene,
pero deja que sea.

Y ahí va por las horas,
generoso aquí o allá,
uniendo, cuidando,
los ojos bien abiertos.

Hace de todo,
jardines, muebles,
receta hierbas,
siempre mirando,

siempre callado,
saliendo de la vista,
está ahí
pero casi no se le nota.

Hacendoso va
por las horas del día,
manos ocupadas,
corazón dadivoso.

Se retira luego,
se va a su casa
con cuerpo cansado
y vuelve temprano.

Con una pala
arregla la tierra
al pie de árboles
en una plaza abandonada.

Trae mangueras,
riega aquí y allá
lo que aún muestra
señas de vida.

Con el agua
vienen pájaros,
toman agua
y se mojan.

A los meses
llega gente,
abuelos, niños
y perros leales.

Va mirando a quien sufre,
a mujeres diligentes,
a hombres mansos,
hay tantos, según él,

tantos que no se cuidan,
tantos que otros dominan
para sus tonteras de poder
o para floja comodidad.

Va mirando por ahí
a ver si puede hablar
dos palabras o tres
y liberar la carga,

estimular lo propio,
lo espontáneo en cada uno,
la felicidad de la libertad
en sus corazones generosos.

Se acerca a las achacadas,
a quienes se les va apagando
la luz de los ojos,
las ganas de vivir.

Cariñosamente
va dos pasos con ellas,
las molesta con preguntas
y les toma la mano.

Quiere verlas alegres,
sanas, entusiastas,
quiere arrancarlas
del lugar donde están.

Hacia lo claro, señala,
hacia lo despierto,
y las abraza callando -
el buen hombre.

Ahí va
cabeza gacha,
parece cargar el peso
de toda la maldad

que truhanes prepotentes
sueltan al paso del tiempo
sobre mujeres y vecinos
casi sonriendo.

Camina y piensa,
no entiende, se enoja,
y más camina o piensa,
claro, más se enoja.

No pagan el precio
de ser sinvergüenzas, dice,
no pagan y siguen,
impunes, dañando.

Hablando con un hombre
tan viejo como él le dice
¿y qué te parecen los ricos,
cómo roban y quitan

para tener más poder
con que quitar y robar?

Matan aquí y allá
y tienen paz otros años.

El otro asiente en silencio -
ambos miran hacia abajo
casi sin derecho a esperanza
tan avanzada la experiencia.

¿Y la juventud? agrega,
¿se retrajo, duerme, no está?

Por ahí va jugando -
juega, le dice el otro.

Un día lo ven sentado
en la vereda,
los pies en la acera
tal como un niño.

Observa hormigas,
su diligente ir y venir,
el acarreo de comida
a una pequeña entrada.

Quizás qué piensa,
qué compara callado,
ensimismado como está
al borde del camino.

Le cuesta erguirse
- la edad pesa -
pero hay luz
en sus ojos generosos.

No somos hormigas,
se dice
camino a su casa,
no somos hormigas.

Sino libres,
libres para dar,
libres para ser,
libres a cada paso.

Pero ahí andan
los malditos
quitando el aire
de los mansos.

No somos hormigas,
reclama,
hermanos somos,
libres, libres.

Su andar
es tan simple
como su pensar,
así sin vueltas.

Y tiene buen humor.
Un día se acercan
unos niños
listos a molestarlo.

Se ríe,
los invita a sentarse
y durante horas
los entretiene

con maldades
que él hizo de niño,
sólo, con amigos,
de día o de noche.

Camino a su casa,
en una casa con antejardín,
viven dos muchachos
músicos y enamorados.

Ella tiene una guitarra
y una voz muy bella,
él la acompaña
con su pequeño bongó.

A veces tiene suerte
y los puede escuchar
cantando sus vidas
a la tarde estival.

Quizás qué pasa
cuando prosigue su andar,
si recuerda o piensa,
si anhela o agradece.

Hay que armar,
lo escuchas murmurar,
hay que volver a armar
después de tanto daño.

Enojo va en su voz,
o dolor o ronquera,
pero en su andar
está la esperanza.

De tanto ganar
perdemos lo básico,
el aire, el agua,
la mirada cercana.

En ese su andar
ya casi de anciano
lo ves resuelto, seguro,
sí, claro, casi juvenil.

Sembrar, regar,
dar y no pedir,
murmura con cariño
y la vista clara.

Paz y sosiego,
tiempo para ser,
para madurar y decir,
para ir juntos.

Se sienta,
mira los pájaros,
las palomas hambrientas
cerca de sus pies.

Saca pan
de un bolsillo
y se entretiene
tirando las migas.

Hierve agua,
en un tazón
deja caer hojas secas
y vierte el agua.

Te ordenará,
le dice a la mujer,
la energía fluirá
sana y poderosa.

La acompaña callado
mientras el té enfría,
y una vez ella lo toma
suspira hondo.

Le mira a los ojos,
le aprieta las manos
como es su estilo
y se marcha.

No han descubierto
la maravilla de la vida,
balbucea caminando,
no tienen idea.

Se entretienen
con las cosas inventadas,
con ingenios pasajeros,
con la basura de mañana.

Su mirada atenta busca
niños, animales, árboles,
señas de lo vivo
aquí y allá,

intoxicado como va
de la belleza del cambio,
del crecer y del desarrollo,
del despliegue inagotable.

Quienes lo conocen
gozan compartir
sus andanzas, sus dichos,
sus extravagancias.

En bares o plazas,
durante almuerzos
o al atardecer
preguntan ¿supiste?

Le tienen simpatía
a sus locuras bondadosas,
a sus críticas y reclamos
que apenas les rozan.

Se saben a salvo
en medio de todos,
pero les gusta lo que ven
en este hombre.

Tener la razón
no sirve, asegura,
impide ver la sinrazón
de todo prepotente,

de quien roba,
de quien domina,
de quien crea infiernos
a su paso,

impide ver la fuerza
con que estos truhanes
se empeñan cada segundo
en dejar la marca

de su trastocado sentido,
así como se pasean
atemorizando y paralizando
con su fama malnacida.

El futuro está
en el porte humano,
le dice una tarde
a su viejo amigo,

en lo que hacemos
tú o yo
con nuestras manos -
lo otro es mentira.

Asiente el otro
pero piensa,
busca algo que sabe
pero demora.

Son como niños,
dice, no asumen,
quieren vivir
en un jardín infantil.

Salen a caminar
los dos viejos amigos,
a estirar las piernas
dicen sonriendo,

hacia la avenida
con los árboles antiguos,
a respirar el aire
de la tarde asoleada,

los dos viejos
ya de otro tiempo
van ahí callados
por entre la gente,

y vuelven a conversar
allá lejos, sentados,
comparando
ayer, ahora y mañana.

Es la pesadilla
del negocio,
del billete endiosado,
comenta uno,

la pesadilla
que inundó el país,
que ahogó
interés y creatividad,

coraje y alegría,
que se robó
confianza y bondad
del diario vivir.

Claro, contesta el otro,
y ahora andan
como sonámbulos,
en otra realidad.

Eres un náufrago,
se ríe uno de ellos,
recordando el barco
que se hundió -

mejor agradeces
estar vivo
y aprendes a vender
algo atractivo.

Sí,
contesta el amigo,
y te doy trabajo,
náufrago dos,

que con tu sueldo
puedas ir al mall
por fin, comprar
y ser alguien.

Ser alguien, amigo,
a la usanza de hoy,
comprando, teniendo,
frente a todos.

Muestro,
creo envidia.
Tengo, luego soy.
Pertenezco.

Tontera
sobre tontera,
maldad
sobre maldad.

Y no se cansan,
no se avergüenzan,
cómo es posible, amigo,
cómo es esto posible.

Te lo dije:
juegan,
niños, jóvenes, adultos,
da igual.

El rebaño
de crédulos,
uno más inseguro
que el otro.

Mas
qué te importa,
amigo,
son sus vidas.

Claro,
sus vidas -
pero,
¿no te dan pena?

Pena o no,
es nuestra vida
la que podemos,
debemos, enderezar.

Claro pues,
y esta pena es parte
del enderezamiento,
amigo.

Silencio
cae sobre los dos,
miran a la lontananza,
están de acuerdo.

Pero si no quieren,
agrega uno,
no sacas nada
con tu pena.

Avanza la tarde,
se paran, vuelven,
caminan lento
los dos amigos.

¿Tus hierbas, bien?
Logran
sólo lo que pueden,
pero es algo.

Dame algo
para el estómago.
Claro, y te daré
para el corazón,

a ver
si sueltan tu sentir
y me ayudas
a ayudar.

Se separan.
La noche
se anuncia
en oscuridad y paz.

Se van caminando
cada uno a su estilo,
uno piensa en hierbas,
el otro en lo difícil.

Cerca de casa
un perro amigo
sale a saludar
al yerbatero,

recibe palmotazos
y cariños,
y con su cola
da respuesta.

En la frente
ya lo adivinas,
viene enojado,
denostando:

Superficies,
es todo superficies,
papeles al aire,
los debiluchos.

Se prestan risas,
reprimen sus sufrimientos,
arriendan almas
y muestran que tienen.

Va ahí con su letanía
por la vereda,
buscando la sombra
de árbol en árbol.

¿Quién sabe sufrir?
Muéstrenme uno,
uno, uno no más,
que intente ser

como los que hubo,
esos enteros, valientes,
dando la cara al sufrir,
sintiendo,

sufriendo y anhelantes,
renunciando y sabiendo,
los Mozart, los Beethoven,
¿dónde están?, ¿suprimidos?

Míralos, temen y negocian,
pero la vida
les niega el acceso
a su amplio centro.

Parece
no tener vergüenza,
así como va reclamando
a media voz.

Mueve a veces
una mano, el brazo,
parece no mirar
pero observa todo.

Humilde y enojado
recorre calles,
se sienta a descansar,
juega con pájaros,

pero con perros
es cariñoso,
se cree hermano
de quienes van como él.

¿Se les abrirá la mirada
alguna vez, una vez,
frente a lo grande,
a eso que nos es?

Dominan sus mundos,
sus miniaturas
de poder y costumbre,
los sedientos de seguridad.

Pero no toquen
a los niños, a los salvos,
dejen que crezcan
sin toda la basura.

Déjenlos inocentes
ir hacia lo poderoso,
hacia la maravilla
de cada instante.

A más de uno
le da ganas
de acercarse a él,
de ser generoso

con el hombre solitario,
de suavizar su discurso,
de estrechar su mano
en cálida cercanía.

Pero es difícil,
emite un aire de hirsuto,
una barrera invisible
que cuesta vencer.

Y verlo alejarse
es una tarea en el corazón,
quererlo, pero igual
respetar su modo.

Dañan y gozan,
cómo es posible,
murmura,
cómo es posible.

Mira hacia la luz
de la tarde estival,
luz y fuego
en sus ojos.

Y así como la vista
se abre hacia lo inmenso
así su ánimo
de a poco se transforma.

Respira profundo,
se suelta, sonríe,
retoma su camino
feliz de andar.

Se sorprende de sí,
la sonrisa en los labios,
siempre el serio
y quebrando mitos.

Pensando va
si fuese joven
cuánto más generoso
sería con los viejos,

con los perros del camino,
con gatos, con pájaros,
cuánto más tiempo
daría a los niños.

Luz del cielo
ilumina sus pasos,
sus recuerdos,
sus anhelos ardientes.

¡Niños!
¡Lo mejor para ellos,
libertad, confianza,
amor fecundo!

Nosotros nutriendo
sus muchas posibilidades,
que sus dones
florezcan y den frutos.

Y no repitamos
en ellos
nuestros viejos errores
otra maldita vez.

¡Niños!
Luz en mi alma,
murmura sorprendido,
luz y más luz.

En sus juegos
se muestre por fin
nuestra real naturaleza,
mesurada y generosa.

Den expresión por fin
en ideas y sentir
a la gracia de su edad
mil veces.

Se tiña el mundo
con sus ocurrencias,
su compartir,
sus bailes y canto.

Y los poderosos,
ay, su poder quede aparte
de comida
para los jotes.

Soñando, vociferando,
el cuerpo agitado,
casi cantando
camina a casa.

Un mundo nuevo,
por fin,
leal a lo que somos,
entusiasta, feliz.

Ayudemos a los niños,
dice ahora,
que confíen en lo propio
y lo logren.

Desde lejos ya
su casa le parece
más segura, -
claro, más querida.

Un día un conocido
se le acerca
y casi susurrando
le dice:

tu amiga del mar
perdió a su hija,
anda a verla,
luego, anda.

Parte el hombre
a paso lento
hacia la casa alta
de su amiga.

Frente a la puerta
respira, piensa, demora,
vuelve a respirar,
golpea fuerte.

Baja, le grita,
baja mujer,
cuéntame de tu hija,
cuándo, cómo fue.

Pestañas tiritando
relata ella los últimos días,
en el corazón desolado
hierve el dolor.

Ojos, cejas, frente,
voz y manos,
todo dice lo mismo,
el gran sufrir.

La abraza.
La vuelve a abrazar.
Le besa las manos.
La mira y calla.

Vuelve un día,
le dice ella, háblame,
cuando andes cerca
ven a verme.

Lentamente,
como es su costumbre,
se aleja,
y piensa y respira.

Largo
es el camino de vuelta
y ahora
doblemente largo.

Oscuro, de noche,
recuerda aún
los párpados, las cejas,
el tiritar desconsolado.

¿Quién dijo,
murmura para sí,
que estamos aquí
para divertirnos?

Quieren vender
sus porquerías
y ahí van engañando
a los crédulos sin fin.

Sino para madurar
cosas del alma,
quieras o no, para
ser quienes somos.

La piel vulnerable,
el corazón inseguro,
dice ya callando,
madurando de a poco.

Un perro amarillo
al costado del camino
lo mira tranquilo,
casi sin pedir.

Va el hombre,
la habla con cariño,
le pasa la mano
por el pecho.

El tiempo
se abre a media tarde,
parece dejarlos
entrar a ambos.

Un minuto
pleno de verdad,
después se cierra
y transcurre de nuevo.

Tengo pena,
le dice una mujer,
mis hijos discuten
y pelean.

Y tú, le contesta,
¿qué hay dentro de ti
que discute
y no es armonía?

Piensa para sí,
mira al aire, susurra,
estoy enojada,
antes podía más,

ahora no puedo.
Le toma la mano,
la abraza y le enseña
un camino sin pedir.

Niños, piensa,
niños ya sin tierra
para vivir
sus vidas terrenales.

Qué hacer
para que sin embargo
les resulte
esta preciosa vez.

Escuelas de aire,
de inocencia, de confianza,
que en ellos florezca
lo que en nosotros apenas.

Cómo ir y darles
tan tempranamente
la tierra en sus manos,
la tierra de ellos.

La cultura
de los dones infantiles,
de pudor, gracia,
inocencia y claridad.

Que en los niños
sea mañana verdad
lo que la tierra
viene anhelando.

Ni más ni menos
de lo que hay,
sin maniobras o trucos,
negocios o ventajas.

Tiempo de verdad,
cercanía acorde,
miradas generosas
y luz en el cielo.

Es un viejo
con andar lento
y mucho respirar
entre idea e idea.

Va por la vereda
sin llamar la atención,
cree él,
buscando la sombra.

En su casa, llegando,
se prepara un té
que goza tomar
sentado descansando,

madurando lo que fue
y dejando que todo sea -
los sorbos exquisitos
calentando la garganta.

Hoy
deja caer los brazos
ante la maldad del mundo,
la avaricia, la coacción.

No puedo,
parece decir,
no sé entender,
soy tonto.

Y los engañados,
por dios,
felices caminan
con sus ilusiones.

No puedo, reclama,
golpea el suelo
y vocifera
con ojos incrédulos.

Otro día está sentando
en un banco de la plaza,
mira tranquilo
palomas y niños.

El sol le baña
sus cabellos canosos,
la cara, el cuello,
sus manos relajadas.

Viene el atardecer
sobre la ciudad,
sobre árboles, techos
y sobre su corazón.

El tiempo se abre
calmadamente
delante de su vista
y lo emociona.

Parece un profeta
declamando en su ira
la maldad
del uno sobre el otro.

Le avergüenza la imagen,
apura el paso,
reclama contra sí mismo,
mira, busca, no encuentra.

Sentado bajo un árbol
logra por fin soltar
la aprehensión maldita,
respira profundo y suspira.

Pájaros vuelan,
niños juegan y gritan,
y en su alma de a poco
algo se aquieta.

Ando cuidando el paso
de los míos, de los queridos,
y no veo que me pierdo
yo mismo a mí.

Anhelo paz
para los días de mi gente,
me enojo y reclamo,
acuso la ceguera, la crueldad,

las trampas sádicas
y la pasividad masoquista,
pateo el suelo
y me falta el aire.

Les anheló un buen trato
pero no sé dármelo a mí,
enojado como voy
por las calles.

Soy un pobre alma, dice,
creo no merecer paz
para mi alma inquieta
o cariño para mis horas.

Deambulo pues ahora
mirando hacia adentro,
a ver si encuentro
la fuente de tanta frialdad.

¿Quién soy?, se pregunta,
¿qué hago, qué quiero?
Sigue su camino
siempre al amparo de la sombra.

Sentado en un banco,
soltando, renunciando,
busca transformarse
a tan avanzada edad.

Aceptar que el cariño
por mi gente no vale,
que sus mismos errores
crean las soluciones,

que el mundo sigue
como siempre ha seguido,
que los viejos
no cambiamos nada.

Respira, sopla,
mueve las piernas,
lentamente dejando caer
castillos de aire.

Y yo mismo, se dice,
¿sé cuidarme?,
¿sé cuidar
esto que yo soy?

Los días pasan
y el hombre camina,
camina en silencio
a penas observando.

Tormenta hay
en su pensar alterado,
pero de a poco hay también luz
en su corazón diligente.

Se siente liviano,
casi llevable por el viento,
todo es nuevo
y no se reconoce.

Incluso el té al atardecer
no le parece conocido,
toma agua sorprendido
y mira sin saber.

Está sentado en la plaza.
Hay niños, perros, palomas
y algunos adultos
mirando y conversando.

Ha traído un cuaderno
en el que dibuja cuanto ve,
pelota, carreras, risas,
troncos gruesos y sombra.

Apenas corrige,
le gustan las líneas veloces
llenas de carácter y contraste,
relámpagos de luz.

Vuelve sonriente a casa,
paz y placer en su alma,
sabiendo que hoy
comenzó una vida nueva.

- página en blanco -

El Perro

- página en blanco -

Me observa venir.
Está acostado casi de lado,
las patas traseras estiradas,
el hocico entre las delanteras.

Sufre con el calor.
Pero le tiritita una pierna,
levanta las orejas,
salta ahora, corre hacia mí.

Con ojos brillantes
busca mis manos,
apoya su cuerpo ágil
entre mis piernas.

Le hago cariño
en espalda, pecho, garganta,
se retuerce excitado,
quiere jugar.

Voy hacia los árboles
a buscar sombra y frescura,
pero él frena mi ir
buscando más cariño.

Da vueltas en torno a mí,
después se aleja un poco,
como buscando, oliendo,
pero siempre volviendo.

Una vez entre los árboles
se interesa por otras cosas,
sale a investigar
la nariz pegada al suelo.

Me senté sobre hojas caídas.
Sus visitas son
más frecuentes y largas,
finalmente se echa junto a mí.

La tarde está quieta,
apenas se mueven las hojas
aquí o allá,
una brisa va pusilánime.

Compartimos el tiempo.
Mi mano toca su pecho
o la paso lentamente
sobre su lomo oscuro.

Él deja que sea,
parece dueño del mundo,
paz y seguridad
va por su sangre.

Le hablo tranquilamente,
palabras suaves
para no interrumpir
lo que pasa por su mente.

Tiempos paralelos van
unidos en esta hora de la tarde,
silencioso flujo de vida
desplegándose lentamente.

En la quietud del momento,
en la falta de demanda,
en este ser sin propósitos,
algo se transforma.

El sentir se me abre
hacia un espacio alto y ancho
en que vibra la reverencia
como sacra transparencia.

Quizás es este espacio
el que habita día a día
mi amigo callado
aquí al lado mío.

¿Espacio alto y ancho,
sacro, sin propósitos,
mi amigo?
¿Día a día?

¿Y en este espacio
observa, respira,
o ladra, corre,
vida en la sangre?

Algo se asienta
en mi sorprendida conciencia,
paz, placer,
un saber de siempre.

Le hago cariño
con mano tranquila.
La tarde se abre
más y más.

Paso mi dedo índice
por su nariz levantada,
sigo entre los ojos
hacia la frente,

muy lentamente
por entre sus orejas,
recorro su cuello,
cruzo los omóplatos,

poso la mano
en su espalda juvenil,
sigo hasta el lomo
y vuelvo a la nariz.

Se deja atender.
Mira hacia lo lejos
como si yo no existiese.
Yo obedezco.

Tiempos compartidos
bajo un cielo inmenso,
toda la vida
a nuestro lado.

La belleza del ahora
tiñe lo que veo,
árboles, prado,
su pelo brillante.

Me sorprendo
de su amistad callada,
de su cercanía cariñosa,
de su carácter dócil.

Jugamos, corremos,
me gana en todo
pero me da tiempo
a ver si lo alcanzo.

Aprendo
de sus días sin afán,
de sus horas inocentes
y abiertas a lo claro.

Quiero dejar atrás
preocupaciones repetidas,
empeños yendo
de tensión en tensión,

y abrir mi vista
al mundo de mi amigo,
a lo nuevo
de cada minuto,

a la seriedad,
a la transparencia,
al ser y sentir
tan simplemente.

Lo llamo.
Gira la cabeza,
levanta las orejas,
corre.

Desperté una fiesta
de fuerza y alegría,
pasa a mi lado,
vuelve, se aleja.

Me invita a correr,
a salir, a alejarnos,
a pasear más allá,
a descubrir.

Clava su mirada
en mis ojos,
quiere saber qué haremos
juntos los dos.

Vamos a la playa.
Pronto descubrirá
las gaviotas descansando
junto al agua.

Y claro,
sale corriendo,
ellas levantan vuelo
gritando al viento.

Las persigue
hasta el agua, mira,
se sorprende otra vez
de su derrota.

Vuelve a mí,
me ronda inquieto,
sale trotando
hacia las olas.

Mientras camino
le lanzo un palo
muy alto
hacia las olas.

Corre al agua,
levanta la cabeza
buscando su presa
y avanza.

A veces nada,
en otras lo atrapa
en aguas bajas,
y vuelve triunfante.

Lo muerde,
lo suelta,
lo vuelve a tomar -
al fin me lo trae.

Un juego inútil
pleno de belleza
a orilla
de las olas.

Viento y luz
en la mirada
de ambos
así como vamos.

Se acerca feliz,
quiere que lo toque,
salpica
y corre de nuevo.

¿Qué es
esta alegría?
¿Qué es esto,
la vida?

Vamos de vuelta.
Su paso es distinto,
más libre, más gracioso,
me mira y corre.

¿Sabe que vamos a casa?
¿Distingue mundo y hogar?
¿Quiere llegar?
¿Qué le atrae?

Mientras busco su plato
y lo lleno con agua
pienso qué es casa
también para mí,

la banca del jardín,
la luz de la ventana -
el lugar del corazón
llamado nuestro.

Parece una esfinge
así sentado como está,
las patas delanteras estiradas
y la cabeza alta.

Le gusta
mirar contra la luz,
hacia lo lejos,
la nariz recta e inmóvil.

Qué pasará
por esa mente tranquila,
qué viento de alma
cruzará su conciencia.

Me acerco lento
a acariciar su pecho,
y él me tolera
sereno y generoso.

Le prestaron,
igual que a mí,
un trozo de tiempo
para vivir.

Y lo usa jugando:
incluso lo serio
- enemigo o hembra -
lo enfrenta inocente.

Sus días son limpios,
las horas abiertas -
riqueza llena su cuerpo
y luz su mirada.

Juega a ser él.
A veces va trotando
como si fuese
el dueño del mundo.

En su alegre seguridad
va sin miedos
cruzando las horas plenas
de luz y olores.

Su corazón se abre
a la abundancia
que le circunda
cerca y lejos.

Atento a las sorpresas
que le depara el momento
recorre de buen carácter
los espacios dados.

¿Qué soñará de noche?
¿Que encuentra pareja?
¿Que caza junto a otros? -
Quién sabe.

Comparo mi vida
con la suya,
pongo en la balanza
ingenio y naturaleza.

Veo que sustituimos
lo que él toma directo,
comida, bebida,
emoción y verdad.

Me consuela saber
de conciertos maravillosos
para violín, para piano -
y de palabras bellas.

Pero siento que algo hay
en él, en su vida,
que a mí me lo debo
en la mía.

Es como es,
el humilde,
no interpone sus ideas
en nuestra amistad.

Mira de frente
- cuando quiere -
y no busca
tener la razón.

Va con las ganas
hacia juegos de caza,
hacia chacotas,
o tarde hacia el descanso,

de verdad en verdad
en su corazón ágil,
siempre limpio, honesto,
todo un buen chico.

Esta mañana
anda interesado en algo
que no logro entender,
entre mañoso y ausente,

se levanta, busca,
se vuelve a acostar,
tiene las orejas levantadas,
no descansa.

Lo llamo:
mueve una oreja
pero no mueve la cabeza,
algo le tiene tomado.

¿Qué viento irá por su alma,
caza, defensa, pareja? -
Finalmente se rinde
y va a tomar agua.

Con un trote lento
se acerca a mí,
a mi llamado de amistad,
a ver qué hay.

Le hago cariño,
pero apenas mueve la cola,
quizás quiere decirme algo,
vaciar su corazón.

Dejo que sea
en quietud y silencio.
Repentinamente cambia,
es todo curiosidad y movimiento.

Le lanzo la pelota,
la alcanza y la trae,
veloz, feliz, transformado,
otro perro.

La tarde está abierta,
majestuosamente avanza
a través de las horas,
sin apuro, sin afán.

Aparté mi lectura,
la grandeza del momento
me tiene cautivo,
no quiero dejarla ir.

Él está acostado
aquí a mi lado,
vive su vida
pero me observa.

Respiro agradecido.
Ahora se ha levantado,
busca mi mano,
quiere cariño.

Está en nuestro ser
el hablar con cercanía,
con cariño mutuo
compartir el tiempo.

Es la belleza de la amistad
en un arco que va
desde su alma de perro
hasta la mía.

Es el gran sentido
que envuelve como trasfondo
o a veces de cara
frente a frente,

durante el plazo
que a ambos se nos dio
para sentir que somos -
qué juego maravilloso.

Vive su vida
hacia lo abierto,
no comienza
cerrando su corazón,

sino despierto
deja ir frente a sí
las imágenes,
las internas, las externas,

que la más interesante
conquiste su atención
y determine
dirección y paso.

Es el dueño sereno
de su vida solitaria -
esa vida que a veces
acerca a la mía.

Reconoce
cuándo estoy por llegar,
anda nervioso
y aúlla lastimeramente.

Desde lejos
escucho su voz,
como de lobo resuena
en mis oídos.

Expresa mil cosas:
estoy aquí,
te echo de menos,
veámonos, ven.

Lo imito.
Ahora agranda su aullido,
canta sus verdades,
anhelo, amistad, impaciencia.

Hace días anda distinto,
más lento, más distante,
me mira de lejos
pero sigue su camino.

Arruga la frente,
los ojos parecen chicos
debajo de cejas altas,
y la cabeza va gacha.

Quizás qué madura
en su corazón,
qué viento de alma
lo tiene tomado.

Un día será anhelo,
nostalgia por algo nuevo,
una ola volcando
hacia su futuro adulto.

Logré
que se eche a mi lado,
que apoye la cabeza
y se deje acariciar.

Pero me mira
como dudando
de mis intenciones,
de mi paz.

Se rinde de a poco,
se le cierran los ojos,
los vuelve a abrir,
los cierra de nuevo.

Mi mano va lenta,
se detiene aquí y allá,
una buena hermana
en su momento oscuro.

Dos días más
le duró la depresión,
poco a poco
restableció su modo.

Volvió a ser el de antes,
alegre, activo, desafiante,
con más energía
que tiempo para invertirla.

Gozó con los paseos
a lo largo de la playa,
el perseguir gaviotas
y el mojarse en las olas.

En su mirada resuelta
va un viento de alma
fogoso y entusiasta
que proyecta a su paso.

Millones de años
nos separan
de nuestro común ancestro
allá en el pasado,

pero reglas similares
rigen aún nuestras vidas,
anhelos, pérdidas,
calor en el corazón,

fuegos de acción,
soledades nevadas,
hambre y pensar,
fuerza y placer,

los tonos de la salud
que nos expresa,
la música compleja
que nos madura.

Lo llamo:
con orejas levantadas
y la vista clavada en mí
corre a encontrarme.

Jugando le enseño
a saltar una vara
que elevo cada vez
un poco más.

Odia tocarla,
quiere saltar bien,
se esfuerza
y se alegra al lograrlo.

Lo premio
con un largo paseo
a una libertad ampliada
y llena de novedades.

Sangre pesada,
sangre liviana,
ahí va fortaleciendo
su juvenil experiencia,

dando a cada viraje
su propio tiempo,
de a poco madurando
su sentir,

yendo
de vulnerable en seguro
y de vuelta
encarando lo nuevo,

haciendo lo necesario
en su corazón humilde,
decidido y fuerte -
el buen chico.

No sabe
de dónde viene
o a dónde va,
pero esto que es,

- aquí, ahora -
lo es plenamente,
de oscuridad a luz,
de anhelo a goce,

nada le desarma,
decidido a expresarse
como va
esta vez que se le dio,

respuesta a toda pregunta,
fuente de sí mismo,
quieto y satisfecho
o fuerte y alegre.

Ven, le digo.
Como torbellino
corre a mi encuentro,
me choca

y detrás de mí
gira y vuelve,
ansioso de contacto
salta a mi pecho.

Finalmente me escucha,
se sienta y me observa,
quiere saber
de qué se trata.

Le indico
hacia el portón:
entiende que es paseo
y allá me espera.

Estamos junto a un arroyo,
yo reclinado,
él loco con olores
buscando desenfrenado.

Excitado olfatea rastros,
va de allá a acá,
desaparece y vuelve más tarde
siempre con ojos vivos.

Le he regalado
un tiempo de sus antepasados,
historias guardadas
en su joven corazón,

capacidades cazadoras
que antaño alimentaron
a quienes fueron
sus ancestros.

Puedo elegir
miles de cosas
entre nuestros inventos
que él no puede.

Puedo ofrecer
mi tiempo terrenal
en el altar de la gloria
y él no.

Puedo crear
mundos sofisticados
y vivir en ellos
como si fuesen reales.

Pero quizás sabe él
mejor que yo
el lugar intenso y bello
donde de veras se es.

Está acostado
a unos pasos de mí,
pero no está tranquilo,
quiere jugar conmigo.

Se levanta
y me mira a la cara,
mueve sus patas delanteras,
la cabeza, la cola.

Me rindo,
busco la pelota - la nombro,
él la encuentra y me la trae,
delante de mí la bota.

Jugamos a la pelota,
después a que lo persigo,
y feliz me muestra
que él es más rápido.

Vengo de meditar,
la mirada tranquila,
la piel despierta
y el corazón sereno.

Quizás él vive
todos los días así,
centrado y en paz,
calidez en los ojos -

hasta que un estímulo
lo lanza a la acción,
al compromiso emocional
sin reservas,

una ola de vida
íntima e intensa
que lo expone
a la maravilla del
día.

Cuando me ve venir
con lápiz y papel
sabe que la tarde
será tranquila.

Me siento
a la sombra de los árboles,
él se echa
muy cerca de mis pies.

No sabe lo que hago,
pero me observa de reojo
a ver si hay algo en mí
que él debiese captar.

Nos gusta estar juntos
y compartir la hora -
un cariño de alma
para nuestras vidas.

Su vida es calma
en ciertos momentos,
en muchos otros no:
sino un torbellino

de fuerza desenfrenada,
corre, salta,
se va en contra mío,
choca y empuja.

Sus explosiones
me dan risa,
tan sin límite,
ingenuas, alegres,

que cuando duerme,
tranquilo, suave,
no podrías creer
que es el mismo.

No enreda su vida
con fines superiores,
con defensas, estrategias
o glorias eternas.

Expresa lo que es,
fuerzas, habilidades,
ganas, rechazos,
las mil posibilidades.

Va con trote liviano
a tomar agua,
a comer, a buscar
lo entretenido.

Oliendo, viendo,
sintiendo lo que le pasa,
abierto va por las horas -
inserto plenamente.

Me enseñaron
allá atrás en la infancia,
en juventud y hacia adulto,
el vestirme con ideas,

manejar conceptos,
abstraer
y sobre lo abstracto
construir mil otras ideas.

Doloroso fue el camino
de vuelta a la realidad,
pero ya, mejor fue
que seguir errando.

Y ahí va él,
inocente y liviano,
no intuye, el feliz,
cuánto no perdió.

Va en medio
de las costumbres
que rigen el mundo
de su esencia.

Juega su verdad
en intuición, chacota o silencio,
ladra o corre,
anhela o renuncia,

mezclando va
lo que siente
con lo que hace,
confiado de sí,

en medio del tiempo
va jugando
la maravillosa realidad
de ser aquí.

Es curioso
y se expone,
quiere conocer lo extraño,
quiere encontrar algo

como si saliese de caza,
dominar en su mundo
y dar contentamiento
a su corazón despierto.

En otros momentos
se acuesta tranquilo
y deja pasar las horas
sobre su piel brillante.

En su vida sin reloj
todo es válido siempre,
genuina la noche tanto
como la luz del sol.

Le traje su comida:
primero separa un hueso
y lo deja al lado,
después come con ganas.

Al terminar lame
y limpia el plato,
toma el hueso
y se aparta.

Quiere gozar
el preciado tesoro
con toda calma
y sin molestias.

Lo observo de lejos.
Me da risa
ver cuán serio puede ser
con sus cosas.

Viene hacia mí.
Desde lejos reconozco
en su andar sumiso
que quiere cariño.

Para delante de mí,
me mira a los ojos
y permanece sin moverse
esperando que yo entienda.

Lo acerco,
le digo que se siente,
le paso mi mano
sobre su dorso,

lento, fuerte,
dobla la columna,
siempre mirando lejos,
el niño grande.

Sabe estar solo,
pero goza
hacer cosas en equipo,
juntos,

corriendo en paralelo,
adelantándose
a movimientos e intenciones,
como cazando,

viendo, intuyendo,
siendo parte
de un flujo mayor
que nos envuelve,

alegre, activo,
mirándome a los ojos,
amistad en el aire,
el buen chico.

Me senté en la arena,
él se echó a unos pasos
en la dirección que va de mí
hacia la casa distante.

Mientras descanso
él está uniendo
presencia y lejanía
en su corazón alerta.

Lo llamo,
quiero que goce
este momento de paz,
finalmente viene.

Lo premio con cariño,
pero él está inquieto,
quiere regresar ya,
no le interesa ahora la luz.

Camino a casa
va apurándome,
se aleja y vuelve,
me ronda

y sale de nuevo
impaciente por mí,
por mi lento andar,
quiere llegar.

¿Sabrá desprotegida
nuestra casa?
¿Tendrá sed, hambre?
¿Qué querrá satisfacer?

Llegados a casa
se tranquiliza,
es el mismo de siempre
con toda ingenuidad.

Su vida va
sin demandas
más que las que nacen
de su intimidad,

va sin el afán
de fama redentora,
de riqueza
o de un status superior,

va de sentido en sentido
como quiera su corazón,
de ganas en ganas,
de acción en acción,

libre va
de riqueza en riqueza
según hora y luz
se muestren a su sentir.

El sol comienza
a entibiar la mañana
y él se echó
a gozar del momento.

Me acerco
y lo acaricio,
se da vuelta,
se acuesta de espalda,

quiere cariño
en el abdomen,
ahora lo recibe
con toda paz.

Cuando se vuelve
y se sienta
tiene los ojos
blandos y relajados.

Me observa de lejos,
quiere saber
si estoy disponible
para caza, chacota o cariño.

Pero yo estoy quieto
y lo observo a él,
quiero saber qué hará
con su curiosidad.

Termina irguiéndose
y viniendo a mí,
me huele, me mira,
se sienta.

Pelota, le digo.
Sale a buscarla veloz
y excitado la deja
a mis pies.

Mi amigo
sin dios
vive el ahora
sin rezar.

Va centrado
dentro de lo suyo,
buscando cazar
o gozando la paz.

Mantiene redes
de amistad y pertenencia,
defiende territorios
y se abre a lo nuevo.

Es todo un buen chico,
sano y feliz,
y sin vergüenza dependiente
de mi cariño.